

**La concepción de la paz en la obra de Nietzsche**

**Javier Andrés Herrera Santana**

**Trabajo de grado para optar por el título de Magister en Filosofía**

**Director:**

**Andrés Botero Bernal**

**Doctor en Derecho**

**Universidad industrial de Santander**

**Facultad de Ciencias Humanas**

**Escuela de Filosofía**

**Maestría en Filosofía**

**Bucaramanga**

**2018**

## Contenido

	<b>Pág.</b>
Introducción .....	7
1. Sobre la Guerra y la Paz en el Zaratustra.....	11
2. El concepto de Paz y Guerra en “Más allá del bien y del mal” .....	47
3. El concepto de la paz y de la guerra en la “genealogía de la moral” .....	109
4. Conclusiones.....	141
Referencias bibliográficas.....	146

## Resumen

**Título:** La concepción de la paz en la obra de Nietzsche\*

**Autor:** Javier Andrés Herrera Santana\*\*

**Palabras claves:** Nietzsche, Paz, Guerra, Filosofía política, Zaratustra, Genealogía, Moral, Hombre superior, Voluntad de poder, Fuerza activa, Fuerza reactiva.

### Descripción

Este escrito busca aportar a la filosofía una concepción de la paz en la obra de Nietzsche, ya que al leer a este pensador alemán en varias ocasiones se puede encontrar un culto a la guerra, es aquí donde se muestra la necesidad inmediata de aclarar este tema. ¿Es realmente Nietzsche un apologista de la guerra? Y si es así ¿No hay cabida para la paz en su pensamiento?

Para responder estas preguntas se tomaron como referencia inmediata las obras: Así habló Zaratustra, Más allá del bien y del mal, Genealogía de la moral como obras principales y como obras de ampliación, contextualización se utilizaron las obras: Crepúsculo de los ídolos, La voluntad de poder y Ecce Homo las cuales son del mismo autor. Como autores secundarios se consultaron como referencia a los filósofos Michel Foucault y Gilles Deleuze, siendo esta la estructura teórica de este escrito.

En cada uno de los capítulos se evidencia la búsqueda de los conceptos de paz y guerra, interpretándolos a la luz de los textos mencionados, en el Zaratustra se evidencia como estos dos conceptos hacen parte de la esencia del hombre mismo, siendo él el primer lugar donde la paz y la guerra tienen su primer encuentro; en Más allá del bien y del mal se logra observar como estos conceptos están cargados de prejuicios y como ellos son producto de la voluntad de poder; en la Genealogía de la moral se logra observar como en el origen de estos dos conceptos se encuentran en resentimiento, el miedo y la falta de fuerza.

---

\* Trabajo de grado

\*\* Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Maestría en Filosofía. Director: Andrés Botero Bernal, Doctor en Derecho

## Abstract

**Título:** La concepción de la paz en la obra de Nietzsche\*

**Autor:** Javier Andrés Herrera Santana\*\*

**Keywords:** Nietzsche, Peace, War, Political philosophy, Zarathustra, Genealogy, Moral, Superior man, Power will, Active force, Reactive force.

### Description

This paper seeks to contribute to philosophy a conception of peace in the work of Nietzsche, since reading this German thinker on several occasions you can find a cult of war, this is where the immediate need to clarify this issue is shown. Is Nietzsche really an apologist for the war? And if so, is there no room for peace in your thinking?

To answer these questions were taken as immediate reference works: Thus spoke Zarathustra, Beyond good and evil, Genealogy of morality as major works and as works of extension, contextualization were used the works: Twilight of the idols, The will of power and Ecce Homo which are by the same author. As secondary authors were consulted as reference to the philosophers Michel Foucault and Gilles Deleuze, being this the theoretical structure of this writing.

In each of the chapters is evident the search for the concepts of peace and war, interpreting them in light of the texts mentioned, in the Zarathustra it is evident how these two concepts are part of the essence of man himself, being he the first place where peace and war have their first meeting; In Beyond Good and Evil, we can observe how these concepts are loaded with prejudices and how they are the product of the will to power; in the Genealogy of Morality, it is possible to observe how at the origin of these two concepts one finds resentment, fear and lack of strength.

---

\* Degree work

\*\* Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Master of Philosophy. Director: Andrés Botero Bernal, Doctor in Law

## Introducción

Dentro del ámbito de la filosofía, y en especial el de la filosofía política, el trabajo sobre el pensamiento del alemán F. Nietzsche está lleno de varios prejuicios, por un lado, es creer que el filósofo alemán es un incitador del nazismo que dio lugar a la Segunda Guerra Mundial; por el otro, están los argumentos que quieren alejar a Nietzsche de una idea política propia del nazismo. Por esta razón, se hace necesario retomar el tema sobre la política en Nietzsche pero ahora partiendo de uno de los puntos más críticos en su obra, su concepción sobre la paz.

Teniendo en cuenta lo anterior cabe preguntarnos: ¿Cuál es la concepción de paz que Nietzsche aporta a lo largo de su obra?

Podemos entrar a tomar partido en contra de Nietzsche al leer en varias ocasiones un culto a la guerra, donde encontramos afirmaciones como: “¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: “La buena guerra es la que santifica toda causa. La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo” (Nietzsche, 2003). Estas afirmaciones nos muestran a un filósofo de la guerra que desdeña la paz, que la condena; parafraseando, “es mejor la paz corta”, como medio de una nueva guerra. Precisamente es aquí donde nace el problema: ¿es válida una teoría política que sobreponga la guerra a la paz? Y si es así ¿en qué sentido habla de guerra y en qué sentido habla de paz? Nietzsche nos deja varios sin sabores al leer en sus libros diversas afirmaciones de este tipo, sobre todo como personas del siglo XXI que buscamos, por encima de todo, un establecimiento de la paz.

Para salir de esta encrucijada se nos hace necesario determinar a profundidad, nuestro objetivo general, a partir de los textos de Nietzsche, en especial *Así habló Zaratustra*, *Más allá del bien y del mal* y *Genealogía de la moral*, qué se entiende verdaderamente como guerra y paz, y cómo estos conceptos se pueden dar como base de una teoría política, por tanto este texto cuenta con tres capítulos cada uno dedicado a las obras anteriormente nombradas y un cuarto capítulo donde se recoge las conclusiones finales. Cabe destacar que este proyecto interpretativo sobre la paz y la guerra se ha realizado como tesis final para la maestría en filosofía de la Universidad Industrial de Santander.

En cada uno de los capítulos desarrollados se rastrean precisamente los conceptos de guerra y paz, encontrándolos en algunas ocasiones de forma literal y en otras ocasiones de forma implícita, lo cual conlleva un ejercicio no solo de observación sino de interpretación de cada uno de los fragmentos donde se cree que se hace alusión a nuestros términos. Cabe resaltar que en cada capítulo se encuentran referencias a lo que aquí vamos a llamar como Paz y Guerra positiva y negativa, cada una de ellas con sus características propias dando a entender claramente cuál es el sentido en que Nietzsche comprende tanto la guerra y la paz. Igualmente, de forma general se ha de encontrar en cada capítulo una comparación entre la Paz de Nietzsche y la mujer; esta relación, aunque parece banal, nos ayudará a entender mediante una metáfora el papel de la paz y su utilidad para el hombre y las sociedades.

El capítulo uno dedicado al *Zaratustra* en primer término está orientado a la guerra y la paz que lleva el sujeto dentro de su interior, como un ser humano en constante lucha contra sus virtudes, pasiones y vicios, demostrando el papel del guerrero. Nótese bien que este libro está orientado a

la formación de un nuevo tipo de hombre que sepa llevar el espíritu de la pesadez y pueda superar grandes batallas para así alcanzar la paz anhelada. Igualmente, el Zaratustra está orientado a un nuevo tipo de sociedad donde debe prevalecer la paz y la guerra positiva, las cuales revelaran lo mejor y más grande del ser humano.

El capítulo dos se concentra en analizar el texto Más allá del bien y del mal y en el encontramos una herramienta para entender y aclarar la filosofía de Nietzsche en cuanto a sus ideas sobre la voluntad de poder, noción que gira en torno a los conceptos que aquí queremos desarrollar. Este texto de Nietzsche nos permite comprender de qué forma y en qué sentido se debe observar la paz y la guerra.

En el tercer capítulo, dedicado a la Genealogía de la Moral, podemos observar el origen tanto de la guerra y los sentimientos que la provocan como los principios de la paz, la cual solo podría existir entre seres iguales en valoración frente a la vida. Este capítulo se muestra más corto en extensión que los dos primeros debido a que ciertos temas ya se tocan en los capítulos anteriores y se caería en un parafraseo de lo ya mencionado, esto no les resta importancia a los puntos señalados y menos a las interpretaciones de este texto en cuanto a la paz y a la guerra.

Cabe mencionar que este escrito involucra otras obras de Nietzsche, como el crepúsculo de los ídolos, La voluntad de poder, Ecce Hommo, los cuales sirvieron para aclarar, complementar y contextualizar de forma precisa los conceptos nietzscheanos; de igual forma nos apoyamos en textos de Deleuze, Foucault, Rousseau, entre otros.

Las ediciones de los textos de Nietzsche a las que se refiere este escrito hacen parte de la colección de Alianza editorial donde la introducción y la traducción de los textos del alemán al español son realizadas por Andrés Sánchez Pascual, dichas ediciones son generalmente aceptadas precisamente por su traducción y para nuestro caso se hace necesario contar con textos de calidad reconocida por el ámbito académico. El texto “La voluntad de Poder” pertenece a la colección de la editorial Edaf ya que es la de más fácil acceso y de buena calidad en su traducción.

Para dar inicio al texto se hace necesario aclarar que los conceptos que se quieren analizar en el idioma de Nietzsche son precisamente “Krieg” (Guerra) y “Frieden” (Paz) de igual manera los conceptos que a ellos se familiaricen como, por ejemplo: “kriegerische Mensch” (Hombre Belicoso); “Unter friedlichen Umständen” (situaciones de paz); Las palabras en alemán que acabamos de referir son parte del texto “Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft” impreso y publicado por C. G. Nauman en 1886 en Leipzig, y la traducción de lo anterior precisamente pertenece a Sánchez Pascual y notamos la razón por la cual escogimos estas ediciones; pero esto no evita que las personas interesadas en leer este escrito no se remitan a los textos en alemán de nuestro autor ya que si lo hacen podrán encontrar nuestra interpretación de los conceptos aquí mencionados sin ambigüedad alguna. Para facilitar la lectura y la comprensión se evitará remitir al texto en alemán ya que como quedó demostrado las traducciones utilizadas son confiables.

## 1. Sobre la Guerra y la Paz en el Zaratustra

Para comenzar a desarrollar el tema principal de este escrito, sobre la conceptualización de la paz en la obra de Nietzsche, se hace necesario rastrear, en una de las obras más importantes, dentro de la filosofía de este pensador los conceptos tanto de guerra como el de la paz. Estamos hablando de su libro *Así habló Zaratustra* (Nietzsche, 2003). Este ejercicio se realizará en ciertos apartados donde podemos encontrar explícitamente las palabras que se buscan, pero se tendrá en cuenta que en ciertos lugares no se expresan directamente, sino que de alguna u otra forma hacen alusión a estos conceptos, como por ejemplo cuando el autor menciona las palabras guerreros, victorias, combates, luchas, entre otras expresiones que por su contenido se puede inferir que se está haciendo referencia a alguno de los conceptos que buscamos. Se debe tener en cuenta que no solo es un rastreo de los conceptos, sino que es también un análisis que busca dar a entender en qué sentido habla Nietzsche de paz y en qué sentido habla de guerra. Antes de empezar recordemos que este escrito lleva por nombre completo “Así habló Zaratustra, un libro para todos y ninguno” y que fue escrito en cuatro partes.

Dejándonos ya de rodeos, encontramos la primera referencia sobre el concepto de la paz, en el apartado *De las cátedras de la virtud* (Nietzsche, 2003, pág. 56) donde Zaratustra se detiene y escucha a un viejo sabio hablando sobre el buen sueño y de la virtud. Indica este que el buen dormir es necesario y que para ello debemos apaciguar las virtudes, para estar tranquilos y así estar dispuestos a descansar y que las mismas virtudes nos dejen tranquilos; ahora bien, para este viejo sabio la paz hace referencia a la tranquilidad, al poder descansar, es decir, la paz es el estado de la

no perturbación del sueño, ni por las virtudes ni por ningún otro deseo; dice, literalmente, la paz con Dios:

Y aunque se tengan todas las virtudes, es necesario entender aún de una cosa: de mandar a dormir a tiempo a las virtudes mismas. ¡Para que no disputen entre sí esas lindas mujercitas! ¡Y sobre ti, desventurado! Paz con Dios y con el vecino: así lo quiere el buen dormir. ¡Y paz incluso con el demonio del vecino! De lo contrario, rondará en tu casa por la noche. (Nietzsche, 2003, pág. 57).

Al terminar este apartado Zaratustra se ríe y pide alejarse de este anciano sabio, pero ¿por qué? Fácilmente se puede entender: tipos como este solo buscan adormilar sus virtudes y evitar que estas entren en riña, solo se adormilarán, es decir renuncian a la vigilia, a este estado consciente de la vida, el estar atentos a la vida misma; para aclarar un poco más, la paz que se invita y la guerra que se quiere, al parecer ya está destinada a un solo objetivo, las virtudes de los hombres pacíficos, aquellos que evitan que sus virtudes luchen y se encuentren en contradicción consigo mismas, y el hombre de la guerra al parecer es el que quiere que estas virtudes no descansen, que se mantengan en constante lucha. Cabe resaltar este pequeño fragmento sobre Del leer y el escribir: “Valerosos, despreocupados, irónicos, violentos, así nos quiere la sabiduría: es una mujer y ama siempre únicamente a un guerrero”. (Nietzsche, 2003, pág. 74).

Entonces ¿encontramos en el Zaratustra una apología de la guerra? Al ver este tipo de sentencias en Nietzsche nadie duda a que este pensador prefiere la guerra a la paz, pero debemos seguir el camino, tratando de encontrar en su libro atisbos que nos aclaren en qué sentido podemos ver en

el Zaratustra los conceptos de paz y guerra. Antes de continuar cabe realizar una advertencia que ayudara en la comprensión de lo que aquí queremos encontrar: los conceptos de guerra y de paz en los textos de Nietzsche están expresados en varias ocasiones en forma de metáforas; es decir, podemos ver que la guerra que invita Nietzsche es una guerra metafórica, que se diferencia mucho de las guerras armamentistas o de ejércitos. Así no lo hace ver Joan Llinares:

Y así es, en efecto, pero como dichos ejemplos demuestran, Nietzsche alude a la denominada «guerra» de los sexos y habla de la «guerra» al vicio, de la «guerra» contra el cristianismo, usando la palabra «guerra», o términos sinónimos, como metáfora predilecta para referirse a polaridades y antagonismos muy diversos, a conflictos sexuales, estéticos, morales, religiosos, etcétera. Conviene, pues, que subrayemos una primera diferencia en los textos nietzscheanos entre la conceptualización de la guerra propiamente dicha, el cruento enfrentamiento armado entre ejércitos enemigos, declarado por determinadas autoridades y razones, y llevado a cabo con diversas ofensivas y batallas, victorias y derrotas, y lo que no son sino analogías y metáforas, como la «guerra a la pasión», o la «guerra contra los sentimientos reactivos», sin que ello suponga pasar por alto la intrínseca metafóricidad doble que, según la filosofía del lenguaje de este autor, vive en cada una de nuestras palabras (Llinares, 2006, pág. 1).

Ya aclarado este asunto, cabe continuar con el rastreo. El siguiente apartado del Zaratustra que hace referencia explícita a la paz y a la guerra es en el que lleva por nombre De los despreciadores del cuerpo, allí Zaratustra se dirige a los que denigran del cuerpo, a los que ven en el cuerpo solo un obstáculo para alcanzar quizá la sabiduría, al estilo de Sócrates; en este apartado Zaratustra ve que estas personas, que no son puentes para el superhombre, no comprenden su propio cuerpo, no comprenden la lucha que de por sí el cuerpo ya es, una lucha por la existencia misma; es decir, una

guerra que el cuerpo tiene que llevar. Para entender un poco mejor, la lucha entre la dualidad de cuerpo y alma, estos denigradores del cuerpo no comprenden las palabras de Zaratustra:

Cuerpo soy yo y alma», así habla el niño. ¿Y por qué no hablar como los niños? Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo” (Nietzsche, 2003, pág. 64).

Como vemos el cuerpo que tanto denigran de por sí es uno solo y en él se lleva a cabo todo un combate entre las pasiones, entre las virtudes, entre aquello que quiere gobernar y entre aquello que no quiere obedecer, “Lo que el sentido siente, lo que el espíritu conoce, eso nunca tiene dentro de sí su final. Pero sentido y espíritu querrían persuadirte de que ellos son el final de todas las cosas: tan vanidosos son” (Nietzsche, 2003, pág. 65).

Siendo explícitos cabe mencionar aquí el apartado donde se hace referencia a la paz y a la guerra en el fragmento sobre los denigradores del cuerpo: “El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor” (Nietzsche, 2003, pág. 64). En pocas palabras observamos que Nietzsche a través de su Zaratustra ya menciona que el primer campo de batalla es nuestro propio cuerpo; él mismo es guerra y es paz, es rebaño y es pastor al mismo tiempo, el que se manda y se obedece a sí mismo.

Si observamos bien, encontramos que la guerra que se invita es una guerra personal, con nuestras pasiones y nuestras virtudes, y si lo queremos así, pronto encontraremos una paz, una que es con nosotros mismos, una que no nos haga rechazar nuestro cuerpo, sino decirle sí, afirmar lo

que es, una lucha constante; vemos entonces aquí que la guerra y la paz radican en primer lugar en nuestro cuerpo, en lo que somos.

En este punto, cabe preguntarnos: ¿es entonces la guerra necesaria de alguna forma para afirmar la existencia misma, para alcanzar la meta del superhombre? Nietzsche en su *Zaratustra*, especialmente en el apartado De las alegrías y de las pasiones nos muestra cómo la guerra, la lucha de las virtudes en el ser humano se hace necesaria; según el mismo *Zaratustra* nos hace ver que es mejor tener una sola virtud para ser seres alegres, tener una alegría, una paz consigo mismo,

Y ninguna cosa malvada surgirá ya de ti en el futuro, a no ser el mal que surja de la lucha de tus virtudes. Hermano mío, si eres afortunado tienes una sola virtud, y nada más que una: así atraviesas con mayor ligereza el puente” (Nietzsche, 2003, pág. 68).

En sí, el mal del ser humano radica en que dentro de él se encuentra una lucha, una guerra de virtudes contrarias, de pasiones, que al fin solo el hombre que quiere alcanzar la paz, atravesar el puente hacia un nuevo hombre debe tener una sola virtud, para lograr una gran alegría:

En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras. De tus venenos has extraído tu bálsamo, has ordeñado a tu vaca Tribulación; ahora bebes la dulce leche de sus ubres. (Nietzsche, 2003, pág. 68)

Esto es, una sola virtud de la cual el ser humano se sienta orgulloso, una virtud que le de la fuerza para seguir afirmando la vida, que no prometa sino el camino hacia algo más elevado; vemos

como la paz surge de la violencia aquí vista entre virtudes, la paz es el perro salvaje convertido en palomas, es la leche extraída de la vaca de la amargura. “Hermano mío, ¿son males la guerra y la batalla? Pero ese mal es necesario; necesarios son la envidia y la desconfianza y la calumnia entre tus virtudes” (Nietzsche, 2003, pág. 68). Para alcanzar la paz Zaratustra nos muestra como cosa necesaria la guerra entre virtudes, la batalla necesaria para alcanzar un ideal superior, una paz elevada por encima de la envidia y de la desconfianza, superar las virtudes que luchan entre ellas, perecer por ellas mismas, convertirnos en campos de batalla, batallas necesarias.

Cabe aquí una pequeña pausa para aclarar dos puntos; primero entender que la lucha entre las virtudes es la lucha de las fuerzas que habitan en el cuerpo, pero para ello debemos entender que se entiende como fuerza y más aún que se entiende como cuerpo. Para poder analizar estos dos conceptos nos remitiremos al texto de G. Deleuze Nietzsche y la filosofía (Deleuze, 1971).

Por concepto de fuerza, Deleuze interpretando al filósofo alemán, entiende la voluntad de poder, la que busca afirmar la existencia, la voluntad que se quiere imponer sobre las demás voluntades, una fuerza o voluntad que quiere imponerse sobre las más débiles, la que busca mandar lo que tiene que obedecer, pero no se tiene que entender esto como imposición, sino como el triunfo de lo fuerte sobre lo débil; es decir, vemos aquí la guerra de las fuerzas, el enfrentamiento de las voluntades, que solo encontrarán la paz cuando la una se sobrepone a la otra, y la más fuerte afirma la existencia:

El concepto de fuerza es pues, en Nietzsche, el de una fuerza relacionada con otra fuerza bajo este aspecto, la fuerza se llama una voluntad. La voluntad (voluntad de poder) es el

elemento diferencial de la fuerza. De ello resulta una nueva concepción de la filosofía de la voluntad; ya que la voluntad no se ejerce misteriosamente sobre músculos o sobre nervios, y menos aún sobre una materia en general, sino que, necesariamente, se ejerce sobre otra voluntad. El auténtico problema no se halla en la relación del querer con lo involuntario, sino en la relación entre una voluntad que ordena y una voluntad que obedece, y que obedece más o menos. (Deleuze, 1971, pág. 11).

Por lo que se puede observar encontramos, que, en nuestro interior, las virtudes representan cada una de ellas una voluntad, que quiere imponerse, subyugar las demás virtudes, pero como se dijo anteriormente, solo una virtud puede triunfar sobre las demás y esta es la que representa en mayor grado la alegría y la afirmación.

Continuando con las aclaraciones, pasamos a observar lo que Deleuze entiende por cuerpo, y así poder comprender con mayor profundidad cuando decimos que nuestro cuerpo es, en primer lugar, el campo de batalla. El cuerpo no es visto en la filosofía de Nietzsche como algo negativo, sino el conjunto, la posibilidad de ser afectado por el mundo exterior, es el que percibe la lucha entre las diferentes fuerzas, las diversas voluntades por la existencia, ¿por qué no ser entonces él también una fuerza? O mejor, afirmar que es la manifestación de la lucha de fuerzas:

¿Qué es el cuerpo? Solemos definirlo diciendo que es un campo de fuerzas, un medio nutritivo disputado por una pluralidad de fuerzas. Pero, de hecho, no hay «medio», no hay campo de fuerzas o de batalla. No hay cantidad de realidad, cualquier realidad ya es cantidad de fuerza. (Deleuze, 1971, pág. 49)

En pocas palabras, el cuerpo es manifestación de una voluntad, que en él mismo hay lucha de fuerzas, que él mismo es la afirmación de voluntades activas en contra de voluntades reactivas, es una fuerza que actúa, es él mismo una realidad. Hasta aquí esta intervención de aclaración para continuar hablando del libro Zaratustra; siguiendo con el análisis y rastreo de los conceptos de paz y guerra, es el momento de entrar en el apartado más significativo sobre el tema aquí tratado; estamos hablando del capítulo llamado Sobre la guerra y los guerreros.

Este apartado que se encuentra en la primera parte del Zaratustra puede ser interpretado como el culto directo de Nietzsche a la guerra, ya que se podría decir que incita a ella, hacer la guerra y despreciar la paz como un estado permanente; en este apartado comienza Zaratustra con una petición, que sus enemigos no lo miren con contemplaciones ni los seres queridos le tengan lástima, sino más bien pide decir dos verdades: en primer lugar, ama a sus enemigos como semejantes, como seres dignos de enemistades; y en segundo lugar, indica el odio y la envidia que radica en los corazones de sus enemigos e invita que no se avergüencen de ello, y que sean los guerreros del conocimiento. Cabe destacar en esta parte que la alabanza a sus enemigos apunta en la dirección de que deben ser seres grandes, seres superiores, que la guerra no les causa algún sufrimiento sino una oportunidad de elevarse, de vencerse a sí mismo, de quienes buscan superar su propio espíritu; en pocas palabras, Nietzsche ama a los enemigos que buscan superarse cada vez más a sí mismos, y que se le muestran a él mismo como la oportunidad de seguir luchando y alcanzar un ideal superior; vuelve y juega aquí el llamado a la guerra de Nietzsche, la cual, como hemos dicho, no es un llamado al encuentro belicoso sino es a la guerra espiritual, la guerra del y por el conocimiento.

Este panegírico de la vida dura y disciplinada del guerrero en campaña personal, de la dedicación sistemática a los combates espirituales, no indica un gusto preferente por las ofensivas militares y la reducción o el exterminio de los adversarios, sino que alude sobre todo al rigor y a la elevación en el modo de tratarse uno mismo; se refiere al mejor modo de acabar con las calumnias contra la vida, a la autoexigencia de vivir un espíritu en soledad, lejos de las masas, expuesto al aire frío de las alturas, síntoma de una salud fuerte. (Llinares, 2006, pág. 12).

Tratando de comprender este apartado seguimos con una de las frases quizá al parecer más intrincadas de este texto: “Veo muchos soldados: ¡muchos guerreros es lo que quisiera yo ver! «Uni-forme» se llama lo que llevan puesto: ¡ojalá no sea uni-formidad lo que con ello encubren!” (Nietzsche, 2003, pág. 83). Con esto notamos que Nietzsche no busca seres uniformados bajo una ideología, no busca soldados sino guerreros de verdad, ya que los soldados están sometidos a órdenes de terceros; en cambio, los guerreros solo se obedecen a sí mismos, buscan alejarse de lo que los determine como iguales a otros, es decir una guerra a la uniformidad del pensamiento, una guerra constante contra aquello que quiere someter bajo el nombre de una ideología; encontramos aquí una de las razones más fuertes para creer que Nietzsche nunca estuvo a favor de las ideologías absolutas ni dictatoriales, ya que estas solo buscan uniformar y rotular a los hombres bajo un solo nombre, encubrirlos bajo un solo uniforme, cosa que un verdadero guerrero aborrecería.

Bastan estas constataciones para darnos cuenta de que estamos ante una «guerra» eminentemente cognitiva o filosófica que rechaza ideologías de uniformidad, lo cual indica que el «pueblo guerrero» del título no se refiere a una nación, aún menos al Reich alemán, sino al grupo formado por pensadores insobornables que no cesan de cuestionar los problemas ni cesan de cuestionarse a sí mismos y a quienes acatan sus órdenes (Llinares, 2006, pág. 14).

Una guerra al pensamiento, una guerra al conocimiento, pero ¿por qué? Para superarse a sí mismo, para cantar una victoria sobre sí mismo, y esta victoria es la paz que busca Nietzsche, una victoria que dé paso a nuevas guerras, una paz que permita enfrentarse mil veces contra nosotros mismos y nuestros enemigos, una paz corta. “A vosotros no os aconsejo el trabajo, sino la lucha. A vosotros no os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Sea vuestro trabajo una lucha, sea vuestra paz una victoria!” (Nietzsche, 2003, pág. 84)

Según Nietzsche, en este apartado la buena guerra es la que ha santificado todas las causas y no al revés; es decir, es la buena guerra aquella que nos lleva a nuevos lugares, es más, es la buena guerra la que nos hace apreciar la verdadera paz, esa paz anhelada, no impuesta desde afuera sino invocada desde adentro de cada uno de los guerreros que dan la vida por superarse a sí mismos. Se pregunta Zaratustra “¿Qué es lo bueno para el guerrero? Ser valiente” (Nietzsche, 2003, pág. 84) no huir de la guerra. Es más, aquí para Nietzsche la paz por medio de la fuerza, a lo que Norberto Bobbio (2003) llama paz institucionalizada no es la adecuada, es solamente una paz impuesta desde fuera y no es la paz que Zaratustra quiere.

Si es ésta paz institucionalizada la que se impone llamaríamos a esto la paz de los cobardes, de los esclavos que se someten y se uniforman bajo una ideología y bajo el miedo de ser aniquilados, seres que niegan la vida y no dan la lucha, no convocan la guerra por defender la vida misma; esto es, la verdadera paz es aquí el goce de la victoria sobre las ideologías, es el goce de la vida misma, es la paz que se adquiere por ser superior y que se defiende con nuevas guerras las cuales harán que la paz sea cada vez más anhelada, la buena guerra santifica la verdadera paz, veamos esto en

las palabras de Zaratustra, las cuales manifiestan lo grande del guerrero, el amor a la vida, la verdadera paz por decirlo de alguna forma, la verdadera paz del hombre el cual busca superarse a sí mismo, aquel que obedece solo a su pensamiento luego de derrotar los pensamientos de decadencia y que busca ser tratado como un verdadero guerrero y que sus enemigos lo respeten igual como él respeta a sus verdaderos enemigos, los cuales son aquellos que se encuentran a la misma altura, que busca de igual manera superar al hombre.

¡Sea vuestro amor a la vida amor a vuestra esperanza más alta: y sea vuestra esperanza más alta el pensamiento más alto de la vida! Pero debéis permitir que yo os ordene vuestro pensamiento más alto, y dice así: el hombre es algo que debe ser superado. ¡Vivid, pues, vuestra vida de obediencia y de guerra!

¡Qué importa vivir mucho tiempo! ¡Qué guerrero quiere ser tratado con indulgencia! (Nietzsche, 2003, pág. 85).

Continuando con nuestro análisis observemos ahora uno de los tratados que podríamos llamar políticos, ya que se trata expresamente sobre el Estado y su función, Del nuevo ídolo, en el encontramos palabras devastadoras en contra de los Estados modernos, aquellos que buscan someter a los hombres a ideologías, aquellos que buscan hacer la guerra solo por apetitos de unos pocos y en su propio beneficio y no en búsqueda del hombre superior, el hombre de carácter que afirma la vida en cada momento de su existencia. Zaratustra anuncia aquí la gran mentira de los Estados: “Yo el estado soy el pueblo” (Nietzsche, 2003, pág. 86). Con esta gran mentira el estado arroja a los hombres a devorarse a sí mismos en una guerra mortal, a una guerra para imponer la moral del Estado a todos los pueblos, a llevar la ideología dominante y uniformadora a todos los

pueblos, olvidando que cada pueblo tiene su forma de entender el mundo, olvidando que cada pueblo tiene su propio lenguaje del bien y del mal; el Estado roba y se mantiene bajo la necesidad de imponer nuevas guerras, pero no es la guerra que enaltece Nietzsche sino es la guerra de la decadencia, y a este tipo de guerra la guerra misma es la que ha de enfrentar, la guerra a la uniformidad para alcanzar la verdadera paz. Se podría decir con Zaratustra que los Estados fueron creados para mantener una guerra constante con los demás pueblos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente, y posea lo que posea, lo ha robado. Falso es todo en él; con dientes robados muerde, es mordedor. Falsas son incluso sus entrañas. Confusión de lenguas del bien y del mal: esta señal os doy como señal del Estado. ¡En verdad, voluntad de muerte es lo que esa señal indica! ¡En verdad, hace señas a los predicadores de la muerte! Nacen demasiados: ¡para los superfluos fue inventado el Estado! (Nietzsche, 2003, pág. 87).

Para los cobardes fue inventado el Estado, para los que denigran de la vida y no poseen lo que Nietzsche llamaría la gran salud, en el prepondera la decadencia, en el pulula la mala guerra, la que busca perpetuar los valores del resentimiento, de la venganza, los valores de los miserables, contra el estado la buena guerra que busca rescatar y resaltar la vida misma, en el Estado es donde se pierden los grandes hombres.

Estado llamo yo al lugar donde todos, buenos y malos, son bebedores de venenos. Estado, al lugar en que todos, buenos y malos, se pierden a sí mismos. Estado, al lugar donde el lento suicidio de todos, se llama «la vida» (Nietzsche, 2003, pág. 88).

Es el lugar de los decadentes, Es el lugar donde todos sienten la necesidad del poder, acude allí la locura por el poder, la demencia de imponer sus apetitos por encima de los demás, solamente haciendo revivir en cada momento al hombre bajo y nunca busca engrandecer al hombre, superar al hombre mismo.

Todos quieren llegar al trono; su demencia consiste en creer, ¡que la felicidad se sienta en el trono! Con frecuencia es el fango el que se sienta en el trono, y también a menudo el trono se sienta en el fango. (Nietzsche, 2003, pág. 88).

En este apartado Nietzsche nos hace la invitación clara: apartarse de los Estados, donde prevalece la decadencia, donde se hace la guerra solo por apetitos y nunca por la vida misma, la invitación a alejarse de este monstruo de frías cabezas. Donde no hay un interés común, alcanzar el hombre ideal, como si lo tiene un verdadero pueblo, donde todos los intereses apuntan a esto mismo, por tanto, prevalece la paz. Norberto Bobbio nos aclara esta perspectiva:

Se tiene una situación de conflicto cada vez que las necesidades o los intereses de un individuo o un grupo son incompatibles con los de otro individuo o grupo y por tanto no pueden ser satisfechos sino en perjuicio de uno o de otro [...] otro motivo de conflicto, que puede degenerar en altercado o en guerra, según la gravedad del caso y la cantidad de los individuos involucrados, es la defensa del rango, de la preminencia, de la jerarquía que permite a quien ocupa los niveles más altos de gozar de ciertos privilegios. (Bobbio, 2003, pág. 4).

Como vemos dentro de un Estado prevalecen las diferencias, los rencores, los conflictos que pueden terminar en guerras decadentes, donde los hombres solo buscan mantener rangos por intereses particulares, para disfrutar de algunos beneficios, y no apuntan al bien común más alto, que en el caso de Nietzsche ya sabemos cuál es. Un verdadero Estado o un verdadero pueblo es donde todos los individuos comparten el mismo interés, superarse a sí mismos y abrir las puertas a un nuevo tipo de hombre.

Junto a este apartado encontramos el que recibe el nombre “De las moscas del mercado”, que hace referencia a los hombres públicos, a los que alardean de su grandeza en la plaza pública, los engañadores de hombres, que colocan sus intereses como los del pueblo; estas moscas son ágiles y venenosas según Nietzsche, “Lleno de bufones solemnes está el mercado, ¡y el pueblo se gloria de sus grandes hombres! Éstos son para él los señores del momento” (Nietzsche, 2003, pág. 91). Estas moscas colocan valores de decadencia, convocan a una paz llena de mentiras, una paz que solo es permanente si está de acuerdo con sus intereses, una paz mediocre; contra esto guerra y solo nuevas guerras, para alcanzar el verdadero ideal y una verdadera paz. El pueblo se impresiona fácilmente cuando es engañado y cuando le colocan la sangre de por medio, pero estas moscas son cambiantes, nunca perduran en sus ideas, solo son adaptables al momento, solo a lo que les conviene por el momento. Veamos un fragmento de este apartado:

El pueblo comprende poco lo grande, esto es: lo creador. Pero tiene sentidos para todos los actores y comediantes de grandes cosas. En torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo: gira de modo invisible. Sin embargo, en torno a los comediantes giran el pueblo y la fama: así marcha el mundo. Espíritu tiene el comediante, pero poca conciencia de espíritu. Cree siempre en aquello que mejor le permite llevar a los otros a creer, ¡a creer en

él! Mañana tendrá una nueva fe, y pasado mañana, otra más nueva. Sentidos rápidos tiene el comediante, igual que el pueblo, y presentimientos cambiantes. Derribar, eso significa para él: demostrar. Volver loco a uno, eso significa para él: convencer. Y la sangre es para él el mejor de los argumentos. (Nietzsche, 2003, pág. 90)

Teniendo en cuenta a quienes no se les debe prestar atención, ya que solo perpetúan los valores de la decadencia y del resentimiento, las moscas de la plaza pública, aparece el apartado Del amigo donde se observa la palabra Guerra explícitamente. En este fragmento se observa de nuevo a quien y contra quien se debe hacer la guerra y sobre todo encontramos, para nuestro análisis, a favor de quien se debe realizar esta guerra: “Si se quiere tener un amigo hay que querer también hacer la guerra por él; y para hacer la guerra, hay que poder ser enemigo” (Nietzsche, 2003, pág. 96). Esto nos indica la grandeza de espíritu a la que convoca Nietzsche, de igual manera como luchamos nosotros para alcanzar el ideal, esta lucha también le permitirá a nuestro amigo alcanzar el ideal; es más, con Nietzsche nuestro verdadero amigo es nuestro más fiel enemigo, ya que observamos en él las victorias sobre sí mismo, las cuales también son nuestras victorias.

Hay que hacer la guerra por él y de igual manera se alcanzará la paz también para él, pero recordemos que estos estados de paz solo pueden ser transitorios para nuevas guerras, las cuales se libran en nuestro y contra nuestro espíritu; recordemos lo que ya se ha mencionado hojas arriba: Zaratustra no quiere que sus enemigos lo miren con contemplaciones, y mucho menos sus amigos lo miren con lástima. “Nunca te adornarás bastante bien para tu amigo: pues debes ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre” (Nietzsche, 2003, pág. 97). Y cuando este ideal se alcance podremos decir que ha arribado la paz a la humanidad; en pocas palabras, nuestro amigo/enemigo es un medio para luchar nuevas guerras en contra y a favor de él: “¿Eres tú aire

puro, y soledad, y pan, y medicina para tu amigo? Más de uno no puede librarse a sí mismo de sus propias cadenas y es, sin embargo, un redentor para el amigo” (Nietzsche, 2003, pág. 97). Aunque en nuestra batalla no superemos y caigamos en la derrota ya nuestro amigo tendrá un sendero y un impulso para seguir el camino, esta batalla no es solitaria, pero aquel que nos acompaña es también nuestro más férreo contendiente; el triunfo o la derrota de un amigo es igualmente mi triunfo o mi derrota.

Ahora bien, en este punto encontramos uno de los conceptos más problemáticos en la filosofía de Nietzsche: La voluntad de Poder, que aparece por primera vez en el apartado De las mil metas y de la única meta. En el Zarathustra encontramos que todos los pueblos que apuntan a una única meta, tienen mil metas para llegar a ella, para Nietzsche en el Zarathustra la meta es abrir el camino para el súper-hombre; estas mil metas son impuesta por lo que se denomina voluntad de poder, y esta misma es la que ha permitido a los diferentes pueblos transvalorar e invertir los valores nobles en valores decadentes, es la voluntad de poder de los pueblos esclavos los que impusieron el valor a la guerra como un aspecto negativo y la paz como un valor superior, pero teniendo en cuenta que este concepto de la paz ya está invertido, se podría decir que es la paz de los esclavos, de los miserables y no es la paz de los grandes hombres que tiene la facultad de valorar.

Para conservarse, el hombre empezó implantando valores en las cosas; ¡él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano! Por ello se llama «hombre», es decir: el que realiza valoraciones. Valorar es crear: ¡oídllo, creadores! El valorar mismo es el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas. Sólo por el valorar existe el valor: y sin el valorar estaría vacía la nuez de la existencia. ¡Oídllo, creadores! (Nietzsche, 2003, pág. 100).

Cabe aclarar con la ayuda de G. Deleuze lo que se entiende por voluntad de poder:

La voluntad de poder es: el elemento genealógico de la fuerza, diferencial y genético a la vez. La voluntad de poder es el elemento del que se desprenden a un tiempo la diferencia de cantidad de las fuerzas en relación, y la cualidad que, en esta relación, corresponde a cada fuerza. Aquí revela su naturaleza la voluntad de poder: es el principio de la síntesis de las fuerzas. (Deleuze, 1971, pág. 59)

Esta voluntad de poder es la que le ha permitido al hombre valorar y colocar su fuerza por encima de otras fuerzas, pero ¿qué tiene que ver el tema que estamos tratando en este escrito, con la voluntad de poder? Precisamente es porque esta es la que impone a la guerra sobre la paz o, al contrario, es la que permite darle una valoración mayor a la una que a la otra, es la voluntad de poder que nos invita a realizar la guerra para alcanzar una paz, pero cabe decir que esta voluntad de poder nace desde los individuos. Recordemos lo que hablamos sobre el cuerpo, somos ya la manifestación de fuerzas, somos la manifestación de la voluntad de poder, es decir, la guerra o la paz depende de la voluntad de poder; de este tema volveremos hablar más adelante.

Continuando con el tema del rastreo de los conceptos en el Zarathustra nos encaminamos al apartado sobre del amor al prójimo, de la mano con el tratado anterior sobre del amigo, no se trata explícitamente aquí alguno de los conceptos, pero sí da unas pistas sobre por quien se debe hacer la guerra y para qué se debe realizar. Recordemos que dijimos que a favor del amigo, por eso en este apartado Nietzsche no invita amar al prójimo, sino únicamente como medio, como puente para el hombre superior: “Hermanos míos, yo no os aconsejo el amor al prójimo: yo os aconsejo

el amor al lejano” (Nietzsche, 2003, pág. 104). Este lejano es precisamente el ideal que busca Zaratustra.

Luego de hablar sobre el amigo y el amor al prójimo, encontramos de nuevo el concepto de guerra expresado de forma clara, esta vez en el capítulo llamado De viejecilla y jovencillas. En este apartado la referencia está atada al concepto de la mujer que tiene Zaratustra y lo que de ella se espera, quizá este sea uno de los apartados dedicados a la mujer más hermosos que se puedan leer en toda la obra de Nietzsche. En este se trata a la mujer como el juguete más peligroso, por eso le encanta al hombre, aquí se refiere también sobre la educación que debe recibir el hombre, el cual debe ser educado para la guerra y la mujer educada para recrear al guerreo, es decir para brindarle la paz; recordemos el apartado sobre el leer y el escribir, donde se hace referencia que la mujer solamente puede amar a un guerrero, pero ¿quién es este guerrero que anhela la paz en la mujer? Es el hombre creador, el que puede darle un sentido nuevo a la existencia, es el hombre que lucha contra el espíritu de la pesadez, es el hombre que se vuelve niño y juega con la paz con la que era niño, es decir la paz se nos muestra aquí como la oportunidad de jugar, de descansar en los brazos de una mujer. Podemos decir aquí que la mujer que anhelamos es La paz, una mujer amarga después de la lucha, una mujer en la cual se nos presta la oportunidad de jugar el juego más peligroso, por eso la paz ama solamente a un guerrero.

Dos cosas quieren el varón auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes. El varón debe ser educado para la guerra, y la mujer, para la recreación del guerrero: todo lo demás es tontería. Los frutos demasiado dulces, al guerrero no le gustan. Por ello le gusta la mujer: amarga es incluso la más dulce de las

mujeres. La mujer entiende a los niños mejor que el varón, pero éste es más niño que aquélla. En el varón auténtico se esconde un niño: éste quiere jugar.

¡Adelante, mujeres, descubrid al niño en el varón! Sea un juguete la mujer, puro y delicado, semejante a la piedra preciosa, iluminado por las virtudes de un mundo que todavía no existe. (Nietzsche, 2003, pág. 110)

Como podemos ver, la paz se nos muestra con máscara de mujer, en contraposición del actuar del hombre que es hacer la guerra, se nos abren los dos conceptos de forma poética; como toda mujer es la que permite dar a luz, y Zaratustra espera que esta mujer permita venir al mundo el hombre superior, la guerra y la paz se ven como el camino para permitir la llegada de este ser superior y que todo esté dispuesto para ello.

Siguiendo con el rastreo de los conceptos de guerra y paz, nos encontramos con el apartado “De la virtud que hace regalos”; aquí vemos claramente una analogía sobre la idea de la paz, a ella se llega en el momento en que el ser humano tenga la virtud más alta, la más inútil y las más resplandeciente, parafraseando el texto, esta virtud es capaz de hacer la paz entre el sol y la luna, entre dos antagónicos, entre la luz y la oscuridad; una paz que solo se puede obtener en el momento en que el hombre tenga la virtud de hacer regalos, que no espera nada a cambio; antes, al contrario, pretende dar todo de sí, que otro tenga la oportunidad de sumergirse en sus aguas y renacer con un nuevo espíritu, ese momento de renacer es la paz, pero solo es posible obtenerla en el momento en que el hombre tenga en su mirada ese brillo de oro que solo tienen los de la virtud que hace regalos.

Decidme: ¿cómo llegó el oro a ser el valor supremo? Porque es raro, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo; siempre hace don de sí mismo. Sólo en cuanto efigie de la virtud más alta llegó el oro a ser el valor supremo. Semejante al oro resplandece la mirada del que hace regalos. Brillo de oro sella paz entre luna y sol. Rara es la virtud más alta, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo: una virtud que hace regalos es la virtud más alta. (Nietzsche, 2003, pág. 122).

Vemos que uno de los regalos que puede brindar la virtud más alta es la paz. Solo el virtuoso, el que abre el camino al superhombre tiene el don de brindar tranquilidad de espíritu; este es el que abre el camino al ideal nietzscheano. Se hace una observación en este apartado, el que da también tiene que robar, convertirse en ladrón de los valores para ser transvalorados y otorgados de nuevo; el que posee la virtud más alta posee un egoísmo porque quiere todo para él, pero que quiere otorgarse hasta sí mismo. Zaratustra llama a esto el egoísmo sano y sagrado en contra posición de un egoísmo enfermo, que lo quiere todo para sí, pero que no quiere brindar, que todo lo oculta, que todo lo rapa y espera siempre algo a cambio cuando brinda lo más pequeño que tiene, es un egoísmo hambriento, codicioso y degenerado, en contraposición al de la virtud elevada, este es el único que puede brindar algo, la paz. El enfermo no brinda ni siquiera la oportunidad de lucha ya que toma y huye como un cobarde, al contrario de la virtud que da regalos, que roba pero que brinda lo mejor de sí, aquel que refleja en su espíritu la victoria sobre sí mismo, aquel que ha luchado batallas y ha alcanzado la paz dentro de sí, este es el creador el hombre que dice sí a la vida.

Esta virtud que da regalos y el hombre que la posee se asemeja al bastón que Zaratustra recibe en sus manos, el cual en su puño lleva un sol y una serpiente de oro:

¡En verdad, ella es un nuevo bien y un nuevo mal! ¡En verdad, es un nuevo y profundo murmullo, y la voz de un nuevo manantial! Poder es ésa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, un alma inteligente; un sol de oro y, en torno a él, la serpiente del conocimiento. (Nietzsche, 2003, pág. 124).

En pocas palabras, el hombre que quiere alcanzar una victoria debe ser como la serpiente, que se enrosca a la virtud más alta.

En este punto se ha llegado al final de la primera parte del Zarathustra; con este apartado, el hombre que brinda el camino, se devuelve a su montaña, solitario a esperar el momento del retorno, el momento de bajar otra vez a los hombres para seguir mostrando el sendero hacia el hombre creador, hacia el hombre que se vuelve niño; allí, en su montaña, Zarathustra encuentra nuevas verdades para poder descender y seguir guiando al hombre hacia una verdadera paz a través de la guerra contra el espíritu de decadencia, contra esas moscas de la plaza, contra ese monstruo de frías cabezas que solo quiere la uniformidad, quiere descender para mostrar la batalla contra las virtudes enfermas, quiere descender para descansar en los brazos de una bella mujer que le brinde el descanso, quiere descender para brindar una derrota y una victoria a sus amigos y sentirse orgulloso de sus enemigos.

En la segunda parte del Zarathustra encontramos un apartado relevante a la hora de comprender los conceptos que aquí analizamos, se trata “De la chusma”. Se hace necesario empezar el siguiente análisis con la frase que abre este apartado: “La vida es un manantial de placer, pero donde la chusma va a beber con los demás, allí todos los pozos quedan envenenados” (Nietzsche, 2003,

pág. 151). Debido a su contenido fuerte, Nietzsche nos indica que los conceptos utilizados por la chusma, esa gente de abajo, enferma, contamina todo incluso el lenguaje, los conceptos ¿Por qué no decir también que la chusma ha contaminado con su resentimiento los conceptos de la guerra y la paz? Esta gente comprende mal las nociones, alegando que su paz, que su quietud es santa y que sus guerras por procurar la prevalencia de sus virtudes enfermas también es santa, pero mentira, solo calumnias, son iguales a las moscas de la plaza pública, por no decir los mismos, mienten y todas sus mentiras van cargadas de resentimiento, en la boca de la chumas se pudre cualquier fruto, la buena guerra y la verdadera paz se pierde en ellos, y surgen una serie de malentendidos, los que aborrecen la guerra del espíritu y engrandecen las guerras de dominación, de usurpación, y su paz, es visceral, es el descanso eterno; esta chusma es peligrosa cuando toma el poder político en sus manos, todo lo invierte:

Y a los que dominan les di la espalda cuando vi lo que ellos llaman ahora dominar: chalanear y regatear por el poder - ¡con la chusma! Entre pueblos de lengua extraña he habitado con los oídos cerrados: para que la lengua de su chalaneo permaneciese extraña a mí, y su regatear por el poder. Y tapándome la nariz he pasado con disgusto a través de todo ayer y todo hoy: ¡en verdad, todo ayer y todo hoy hiede a chusma que escribe! (Nietzsche, 2003, pág. 152).

Esta idea del poder invertido, es la idea del poder de la chusma, en nuestros términos el poder de la mermelada, el poder del resentimiento, que solo busca dominar y no abrir posibilidades a un nuevo mundo. Ya Nietzsche nos dice cómo evitarlos, elevarnos a la felicidad, a la tranquilidad, alejarnos de la chusma; la paz para Nietzsche aquí sería precisamente este alejamiento del populacho, y la invitación clara frente a ellos, la guerra contra los que impiden que el hombre atravesase el puente hacia el superhombre:

¡En verdad, aquí no tenemos preparadas moradas para impuros! ¡Una caverna de hielo significaría para sus cuerpos nuestra felicidad, y para sus espíritus! Y cual vientos fuertes queremos vivir por encima de ellos, vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así es como viven los vientos fuertes. E igual que un viento quiero yo soplar todavía alguna vez entre ellos, y con mi espíritu cortar la respiración a su espíritu: así lo quiere mi futuro. En verdad, un viento fuerte es Zaratustra para todas las hondonadas. (Nietzsche, 2003, pág. 153).

De la chusma aún hay algo que decir, sobre todo en el apartado siguiente “De las tarántulas”. Aquí Zaratustra nos muestra lo que hay en el corazón de los que quieren envenenar los buenos valores, esos que apuntan a un ser humano superior; la venganza, es decir, ese resentimiento que quiere igualar, que hace la guerra y llama justicia a todo lo que consigue, con sentimientos egoístas, sentimientos de envidia contra todo lo alto, contra todo lo que se encuentra por encima de sus cabezas; estos son los que contaminan el termino Guerra, los que la llevan, luchan contra los espíritus fuertes, entonces para ellos también la guerra, una y mil veces la guerra, con el fin de abrir el camino hacia un hombre más fuerte, libre de venganzas, de envidias y resentimientos, “Pues que el hombre sea redimido de la venganza: ése es para mí el puente hacia la suprema esperanza y un arco iris después de prolongadas tempestades” (Nietzsche, 2003, pág. 155). Una paz después de un duro esfuerzo, luego de derrotar a estas tarántulas llenas de veneno, que solo buscan predicar la muerte en la plaza pública y que solo los siguen los que quieren renunciar a la vida, solo los siguen los que denigran el cuerpo, en pocas palabras, los vencidos, los de abajo.

Una característica de estos vengativos, es que se denominan a sí mismos los buenos, los justos; un lenguaje peligroso hasta en nuestros días ¿Cuántos no han muerto en manos de los justos en guerras proclamadas por la justicia y la igualdad de estos hombres vengativos? “Y si se llaman a sí mismos «los buenos y justos», no olvidéis que, a ellos, para ser fariseos, no les falta nada más que ¡poder!” (Nietzsche, 2003, pág. 157). El poder que tienen es para hacer la guerra por la decadencia, no buscan ideales más altos; al contrario, lo quieren igualar todo con lo bajo, predicadores de la igualdad.

Aquí recordemos algo referente a la igualdad. Para Nietzsche la igualdad solo es de los decadentes, de los uniformados bajo un mismo símbolo. Para Nietzsche lo que debe prevalecer es la desigualdad, pero esto no indica que unos pasen por encima de otros, sino la igualdad en la diferencia, que dicha desigualdad sea el origen para nuevos caminos, que la desigualdad obligue al hombre tomar nuevos senderos, nuevos puentes hacia un ideal superior. Guerra contra todo lo que quiere ser igualado, la vida quiere ser superada y para ello solo necesitamos armas contra la decadencia.

Bueno y malo, y rico y pobre, y elevado y minúsculo, y todos los nombres de los valores: ¡armas deben ser, y signos ruidosos de que la vida tiene que superarse continuamente a sí misma! Hacia la altura quiere edificarse, con pilares y escalones, la vida misma: hacia vastas lejanías quiere mirar, y hacia bienaventurada belleza, ¡por eso necesita altura! ¡Y como necesita altura, por eso necesita escalones, y contradicción entre los escalones y los que suben! Subir quiere la vida, y subiendo, superarse a sí misma. (Nietzsche, 2003, pág. 157).

La vida misma quiere ser contradicción en sí misma, quiere conflicto para alcanzar, con palabras de Zaratustra, las nubes, las alturas. Algo que llama la atención en este fragmento es la afirmación que hasta en la belleza hay conflicto, hay lucha, guerra. La vida en sí misma encierra la guerra, la vida es una belleza trágica; la lucha entre las desigualdades, pero esta lucha permite un ideal mayor, la afirmación de lo bello, la afirmación de la existencia, recordemos lo que se dijo paginas arriba, que la paz sea el descanso después de la victoria.

La vida es para Nietzsche una manifestación de lo que tratamos en el apartado sobre “De las miles metas y de la única meta”, la manifestación de la voluntad de poder; la manifestación de una lucha de fuerzas; en el tratado que continua, “De la superación de sí mismo” encontramos de nuevo este término, que nos ayuda a comprender un poco más lo que se entiende por guerra y paz en Nietzsche, ya que se puede observar claramente porque se hace la guerra y quienes son los que la promueven, aquellos que dicen tener una verdad, su voluntad de verdad, lleva a entender porque los individuos decadentes mantienen una idea errada de la guerra y de la paz, es bajo sus conceptos la verdadera paz, la verdadera guerra, quieren imponer su voluntad.

Ésa es toda vuestra voluntad, sapientísimos, una voluntad de poder; y ello, aunque habléis del bien y del mal y de las valoraciones. Queréis crear el mundo ante el que podáis arrodillaros: ésa es vuestra última esperanza y vuestra última ebriedad. (Nietzsche, 2003, pág. 174).

Estos sapientísimos entendiendo sus propios conceptos imperan, luchan contra los que niegan de su verdad, hacen la guerra para buscar un mundo de corderos, de uniformados, aquellos que pareciera que viajan en una balsa por un río y no detectan los peligros, consideran que es segura,

negando lo más grande, negando el devenir, negando la voluntad de vida, luchando constantemente, son los que determinan lo bueno y lo malo, olvidando que esto realmente son interpretaciones que parten de dichas voluntades. Para ellos la guerra nietzscheana la cual es peligrosa ya que invita a la victoria sobre sí mismo, arrojarse de la balsa y luchar contra la corriente, ser el guerrero que desea consolar la vida, ser el guerrero que lucha para alcanzar la verdadera paz, la paz del superhombre.

Para entender un poco más, Zarathustra manifiesta una verdad que para muchos puede dar lugar a malentendidos, hasta en el espíritu más bajo se encuentra la voluntad de poder: “En todos los lugares donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder; e incluso en la voluntad del que sirve encontré voluntad de ser señor” (Nietzsche, 2003, pág. 176). La voluntad de poder que se manifiesta en todo lo viviente, desea gobernar, desea ser el señor que manifieste la verdad, este señor impone valoraciones que atentan contra la vida, valoraciones de la guerra y de la paz que buscan empequeñecer a los hombres, contra esto, solo la voluntad de poder puede querer algo más grande, una verdadera valoración de la existencia.

Para un mayor análisis de este fragmento se tomará como referencia a un pensador francés que da cuenta de este problema muy acertadamente, la relación entre la verdad y la voluntad de poder que manifiesta aquel que dice tener una verdad. En el texto titulado Genealogía del racismo (Foucault, 1996), en la tercera lección del 21 de enero de 1976 titulada La guerra en la filigrana de la paz, se muestra claramente lo que Nietzsche de alguna manera pretendía con sus palabras en el último apartado analizado, hacer ver que la verdad de algunos está atada a una voluntad de poder: “La verdad es, en suma, una verdad que solo puede desplegarse a partir de su posición de lucha o

de la victoria que quiere obtener, de algún modo, en el límite de la misma supervivencia del sujeto que habla” (Foucault, 1996, pág. 49). El que habla está parcializado, entre más diga que tiene la verdad, más se refleja su voluntad de poder, él quiere imponer sus conceptos haciéndolo solo desde su perspectiva, en este caso la perspectiva es la de los de abajo, ellos con sus discursos de la verdad invierten los valores.

Este tipo de discurso toma espesor e introduce una laceración en el discurso de la verdad y de la ley el cual había sido proferido por milenios (...) Además invierte los valores, los equilibrios, las polaridades tradicionales de la inteligibilidad y postula, exige una explicación desde abajo. Pero lo que es bajo en esta explicación, no coincide necesariamente con lo que es más claro y más simple. Al revés: comporta dar una explicación a través de lo confuso, más oscuro, más desordenado, mayormente ligado con el caso (Foucault, 1996, pág. 50).

Estos que con una voluntad de verdad predicen solo la muerte del verdadero espíritu, para ellos la paz se muestra, como ya se dijo, como quietud, como la balsa que va por medio del río, y la guerra se les muestra como caos, en contraposición de Nietzsche que la guerra se entiende como el camino hacia la verdadera paz, la guerra contra el espíritu de la pesadez, contra los que dicen tener la verdad a su favor, descubriendo su verdadero instinto de dominación, de castigo y de venganza, dejando ver solo discursos que buscan empequeñecer la vida, la guerra de Nietzsche por el contrario busca engrandecer la vida, darle un nuevo sentido para poder vivir realmente en paz.

Estos hombres de verdades voluntariosas Nietzsche los nombraba como los hombres del presente, los actuales, claro está el filósofo habla aquí de los hombres de su tiempo, pero siendo

un poco atrevidos podemos comparar ciertas actitudes de esos hombres con los hombres de nuestro hoy. En el apartado que sigue Del país de la cultura nos muestra que estos hombres que dicen ser los hombres del presente solo están llenos de máscaras, hombres que dicen pensar su tiempo a partir de sus conceptos, pero se descubre pronto que son solo espantapájaros disfrazados:

Quien os quitase velos y aderezos y colores y gestos: todavía tendría bastante para espantar a los pájaros con el resto. En verdad, yo mismo soy el pájaro espantado que una vez os vio desnudos y sin colores; y me escapé volando de allí cuando el esqueleto me hizo señas amorosas. (Nietzsche, 2003, pág. 183).

Lo anterior es una invitación de Zarathustra para apartarnos de estos hombres del presente, que se dicen ser los dueños de la verdad, los dueños de la verdadera paz, los hombres reales, los hombres indignos, hombres que solo causan risas al espíritu.

Al terminar este párrafo, la invitación de Nietzsche es clara: buscar “el país de nuestros hijos, el que aún no existe” el que se tiene que construir, con un verdadero sentido de la vida, el país que después de tantas guerras ha alcanzado la dicha de la paz, es el país que falta buscar, el país de la bienaventuranza, el país que ha dejado atrás todo instinto de resentimiento y de odio:

Por ello amo yo ya tan sólo el país de mis hijos, el no descubierto, en el mar remoto: que lo busquen incesantemente ordeno yo a mis velas. En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres: ¡y en todo futuro - este presente! (Nietzsche, 2003, pág. 185)

Solo se puede amar el país donde pueda vivir el verdadero hombre, que no es una copia del pasado, ni es una copia del presente sino es el país que falta construir.

Con la búsqueda del país que represente el verdadero espíritu de la vida, donde la guerra solo es el significado de la victoria, se abre la oportunidad de analizar ahora la tercera parte del Zaratustra. Recordemos que lo que se busca en todo este escrito es revisar los conceptos de paz y guerra en esta obra, por tanto, el ítem que sigue es De la bienaventuranza no querida, aquí se observa de nuevo la palabra Paz. Luego de continuar el rastreo minucioso, se observa en este apartado su referencia; pero no sin antes recordar en el apartado anterior La visión y el enigma, el valor del hombre, el cual vence y quiere vencer sobre todo los obstáculos, el valor del hombre que ha vencido sobre todos los animales, el valor, aquel que se necesita para enfrentar lo más pesado, lo más doloroso, la insoportable verdad, que en este caso para Zaratustra es su eterno retorno, la repetición de los instantes, el retorno de la guerra y de la paz, esa rueda que gira sin cesar. Ahora bien, Zaratustra está de nuevo solo, aquí cabe destacar este asunto, ya que en sus momentos de soledad es donde la guerra de acentúa más en su espíritu, es donde la lucha se hace más fuerte, ya que obliga al pensamiento a estar solo consigo mismo, obliga a su espíritu a escucharse a sí mismo:

¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no he entregado yo a cambio de tener una sola cosa: este viviente plantel de mis pensamientos y esta luz matinal de mi más alta esperanza! Compañeros de viaje buscó en otro tiempo el creador, e hijos de su esperanza; y ocurrió que no pudo encontrarlos, a no ser que él mismo los crease. Así estoy en medio de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de ellos; por amor a sus hijos tiene Zaratustra que consumarse a sí mismo. (Nietzsche, 2003, pág. 234).

Esta es la victoria, esta es la guerra, la que se lucha contra el espíritu de la pesadez, en la soledad del pensamiento, en la hora más silenciosa de todas, esa paz que asusta, esa tranquilidad que solo

brinda la soledad. Es la paz que lleva consigo la guerra, es la tranquilidad aparente, es la paz que causa felicidad. Aquí paz y guerra se funden, se mezclan para otorgar una bienaventuranza.

Aquí Zaratustra debido a esta tranquilidad-intranquila, su quietud, su paz permite la batalla del pensamiento y le da la oportunidad a Zaratustra de encontrar la felicidad, una que solo llega de forma inesperada, una verdad insoportable pero que da paz, “¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad antes del anochecer! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!” (Nietzsche, 2003, pág. 236). Esta desconfianza permite a Zaratustra una felicidad, y como el mismo lo dijo, “la felicidad es una mujer que corre detrás de mí” y como se dijo páginas arriba, la mujer ama solamente siempre a un guerrero. El que soporta la soledad, las verdades pesadas, el eterno retorno, el combate consigo mismo, el que se desespera y desconfía de la paz, pero se siente feliz.

En esta tercera parte del Zaratustra nos encontramos con las enseñanzas sobre el amor a sí mismo, el amor que vence al espíritu de la pesadez el cual no deja que levantemos la cabeza para mirar hacia lo alto, este espíritu de la pesadez nos convierte en camellos, recuérdese la idea de las transformaciones del espíritu de Nietzsche, aquellos que llevan sobre sus hombros cargas pesadas que nos impiden reconocernos, que nos invitan a amar al prójimo ocultando el verdadero sentido del amor mismo, la enseñanza quizá más hermosa de la guerra que se tiene que llevar es vencer este espíritu de la pesadez para poder sacar la cabeza de la tierra semejante a un avestruz cuando se le ha pasado el temor. En esta tercera parte encontramos en nuestro rastreo sobre los conceptos de paz y guerra, uno de los fragmentos más significativos de esta obra de Nietzsche. Hacemos referencia a De tablas viejas y nuevas, donde encontramos lo que se debe romper, los conceptos

mal interpretados por los hombres decadentes sobre el bien y el mal, donde se puede observar varias referencias a el país que ya, en páginas arriba, mencionamos. El país de nuestros hijos, donde la guerra no es algo negativo sino la oportunidad de crear lo nuevo y de destruir o romper lo que ata al hombre y le impide sobre pasar con su voluntad al hombre mismo.

Falsas costas y falsas seguridades os han enseñado los buenos; en mentiras de los buenos habéis nacido y habéis estado cobijados. Todo está falseado y deformado hasta el fondo por los buenos. Pero quien ha descubierto el país «Hombre» ha descubierto también el país «Futuro de los Hombres». ¡Ahora vosotros debéis ser mis marineros, marineros bravos, pacientes! ¡Caminad erguidos a tiempo, oh hermanos míos, aprended a caminar erguidos! El mar está tempestuoso: muchos quieren servirse de vosotros para volver a erguirse. El mar está tempestuoso: todo está en el mar. ¡Bien! ¡Adelante! ¡Viejos corazones de marineros! ¡Qué importa el país de los padres! ¡Nuestro timón quiere dirigirse hacia donde está el país de nuestros hijos! ¡Hacia allá lanzase tempestuoso, más tempestuoso que el propio mar, nuestro gran anhelo! (Nietzsche, 2003, pág. 299).

Como se puede observar, la lucha es necesaria, enfrentarse a la tormenta, para alcanzar el ideal, ahora bien, es el momento de mostrar en esta parte la referencia específica de la palabra guerra y ello se muestra en el numeral veintitrés, donde Zaratustra nos menciona que el hombre debe estar educado, preparado para la guerra y la mujer para dar a luz, ser el descanso del guerrero, ser puerto de llegada al marinero luego de soportar duras tormentas y de atravesar el agreste mar.

De esta manera hemos abarcado la tercera parte del Zaratustra tratando de abordar los conceptos que estudiamos y lo que de ellos podemos interpretar. Para continuar y alcanzar nuestro fin en esta obra pasaremos a reflexionar y rastrear la cuarta y última parte de esta magnífica obra nietzscheana,

la cual nos muestra su siguiente referencia a estos términos en el fragmento titulado Coloquio con los reyes. Aquí se nos hace de nuevo la advertencia sobre los poderosos que solo quieren hacer la guerra por pasiones o deseos que solo interrumpen el camino hacia el superhombre, los hombres poderosos que no parecen ni siquiera hombres sino bestias, que no encuentran ningún ideal en la guerra ni en la paz, solo el placer de la guerra por el poder e imponerse con virtudes decadentes sobre los demás hombres:

No existe desgracia más dura en todo destino de hombre que cuando los poderosos de la tierra no son también los primeros hombres. Entonces todo se vuelve falso y torcido y monstruoso. Y cuando incluso son los últimos, y más animales que hombres: entonces la plebe sube y sube de precio, y al final la virtud de la plebe llega a decir: “¡mirad, virtud soy yo únicamente!» (Nietzsche, 2003, pág. 339).

Observando lo anterior en este mismo fragmento Nietzsche en la voz de Zaratustra vuelve y repite su enseñanza que ya en el apartado sobre La guerra y el pueblo guerrero mencionaba, sobre el amor a la paz corta y la necesidad de las guerras; aquí se nos muestra un poco más claro el asunto: la guerra a esos poderosos que vuelven todo lo grande en pequeño y lo falso como las grandes virtudes, la guerra se santifica aquí, ya que derroca a estos poderosos; es más, Zaratustra arroja una valoración moral en este apartado, indicándonos que lo bueno es ser Valiente, enfrentarse a la guerra sin temor, con la esperanza de que la paz llegará pronto, que el ideal se cumplirá. Cabe resaltar el aspecto positivo del amor hacia la paz, el cual no se debe pasar por alto. Este amor debe ser hacia la paz que, de paso a las nuevas guerras, que santifican toda causa. Según Zaratustra en este apartado el valiente anhela la guerra y siente sed de ella, pero como medio para lo más grande.

Cabe resaltar que en esta sección no encontramos más referencias específicas a la paz, la palabra no vuelve a surgir en alguna parte de los fragmentos de la cuarta sección del Zaratustra y por el contrario la palabra guerra surge de nuevo pero esta vez en el fragmento llamado El saludo, cuando se dirige a los que se encuentran en su cueva, a quienes ve todavía como hombres débiles, como hombres que aún esperan que se les marque el camino en vez de abrirlos ellos mismos. Zaratustra se dirige a ellos de la siguiente manera:

Más con mis brazos y mis piernas yo no soy indulgente, yo no soy indulgente con mis guerreros: ¿cómo podríais vosotros servir para mi guerra? Con vosotros yo me echaría a perder incluso las victorias. Y muchos de vosotros se desplomarían ya con sólo oír el sonoro retumbar de mis tambores. (Nietzsche, 2003, pág. 383).

A ellos Zaratustra interpela y les pide que no se enojen con los que vendrán después de ellos, que no se enojen con los que los utilizaran como escalones hacia el último hombre; la guerra se muestra de nuevo aquí como la lucha contra lo decadente, contra la plebe, para poder recibir con paz a sus nuevos hijos, a sus verdaderos hombres llenos de destinos para la humanidad, “¡esos hijos, ese viviente vivero, esos árboles de la vida de mi voluntad y de mi suprema esperanza!” (Nietzsche, 2003, pág. 385).

Seguidamente de este fragmento se encuentra la siguiente referencia explícita de la palabra guerra. Es precisamente en el apartado La cena donde Zaratustra indica que estas palabras de todos sus discursos, no son para todos, y que más bien muchos negaran de ellas, y hace precisamente la aclaración:

Yo soy una ley únicamente para los míos, no soy una ley para todos. Mas quien me pertenece tiene que tener huesos fuertes y también pies ligeros, deben gustarle las guerras y las fiestas, no ser un hombre sombrío, ni un soñador, debe estar dispuesto a lo más difícil como a una fiesta suya, hallarse sano y salvo. (Nietzsche, 2003, pág. 388).

Ser un hombre dispuesto a luchar ser un hombre dispuesto para abrir caminos y ser el que da paso a un hombre superior, el hombre que le da sentido a la existencia que no reniega de ella Seguidamente de este fragmento Zaratustra se concentra para hablar sobre lo que se entiende por superhombre, brindándole todo un capítulo a este tema, pero baste con decir que es aquel que ha superado las virtudes ruines, el que ha vencido en la guerra y ha alcanzado la pequeña paz, “el hombre tiene que mejorar y que empeorar esto es lo que yo enseño. Lo peor es necesario para lo mejor del superhombre” (Nietzsche, 2003, pág. 391), la guerra es necesaria para algo nuevo, para una paz verdadera y duradera.

Hasta aquí hemos encontrado y rastreado los conceptos que desde el principio dejamos claros, y podemos decir ya para ir terminando que el camino, las transformaciones del espíritu requieren de lucha, de guerras, que pasar del camello al niño es todo un camino de sufrimientos, de amarse a sí mismo, detestando lo bajo, pero preguntémonos quien tiene aún oídos para estas verdades, verdades que son para todos y ninguno.

### **Conclusiones parciales**

Ya terminado el análisis del libro *Así habló Zaratustra* cabe entrar a concluir este apartado, recordando que el objetivo de este capítulo era precisamente entender en qué sentido habla aquí Nietzsche de guerra y paz.

En primer lugar, se nos muestra que el estar tranquilos no significa estar en paz, ya que dicha tranquilidad impide la lucha espiritual del ser humano; es decir, los hombres que se dicen ser virtuosos y aspiran a estar tranquilos sin perturbaciones experimentan una falsa paz, ya que sus virtudes no entran en conflicto en sí mismo y solo apuntan a tranquilizarlas y ni siquiera a superarlas. Por tanto, el primer espacio o lugar donde se lleva a cabo tanto la guerra como la paz es el cuerpo mismo que experimenta la contradicción de las virtudes, la guerra y la paz que se nos muestran en este punto son precisamente espirituales, guerra y paz en el hombre mismo.

Vemos dos tipos de guerra y dos tipos de paz, unas que apuntan a falsos ideales y otras que apunta a un ideal superior de hombre. La paz positiva que se observa en Nietzsche es la que surge de la guerra interna entre virtudes quedando una sola virtud, el triunfo precisamente de la virtud con mayor fuerza es la que afirma la vida, la existencia, que no invita a quedarnos tranquilos sino precisamente que lleva a la superación constante, la paz de la superación de sí mismo. Una guerra y una paz que se muestran necesarias para alcanzar una meta superior.

Por lo que vemos, Zaratustra, llevando la voz de Nietzsche, más que hombres sumisos, tranquilos y pacientes quiere guerreros de espíritu, que se obedecen a sí mismos, que hacen la guerra al pensamiento uniforme, al pensamiento de rebaño, una guerra del conocimiento de sí mismo que lleva precisamente a esa paz donde el ser humano se tiene como meta, donde se

reconoce al hombre, pero que lo lleva constantemente a buscar nuevos horizontes, esta paz solo es momentánea ya que por ser el hombre un guerrero busca la lucha incesantemente; aquí hablamos de la buena paz y de la buena guerra, esas que santifican toda causa; la paz aquí nombrada es capaz reconciliar el sol y la luna es la que permite renovar el espíritu después de la batalla, es el renacer, es la virtud más alta.

La guerra y la paz nacen desde un único principio, la voluntad de poder, de ella precisamente dependen estos conceptos; esto es, son necesarios para la superación del hombre y alcanzar la meta del superhombre, la voluntad de poder pareciera que juega en su eterno retorno con estos dos conceptos imponiendo en la vida de los hombres la guerra sobre la paz o viceversa. Cabe destacar que en este juego de paz y de guerra no solamente se entiende al hombre en su aspecto masculino, sino también el femenino, ya que la mujer en el Zaratustra juega un papel importante en la consecución del ideal, ella se muestra como el descanso del guerrero; es decir, se muestra como paz, es ella la que le permite jugar, descansar y crear al guerrero, ella también de igual forma lo invita a nuevas batallas; pero a la par ella no es un objeto pasivo, ya que por medio de la mujer vienen al mundo nuevos guerreros dispuestos para la paz y para la guerra necesaria.

Zaratustra nos muestra que la vida es necesariamente lucha, tragedia, que se afirma después de la contradicción, es paz después de la guerra. Es esa belleza trágica de la existencia que invita al guerrero a luchar y anhelar la victoria, la paz que se alcanza por periodos cortos, pero que es deseada; esta guerra y esta paz son el amor del hombre hacia sí mismo.

La buena guerra es la que se lleva a cabo contra el espíritu de la pesadez que impide al hombre buscar un ideal superior; aquí el espíritu de la pesadez se muestra de diversas formas, una de ella

es la que se observa en los hombres que solo buscan la falsa guerra y la falsa paz, ellos también tienen una voluntad de poder, imponerse sobre los guerreros; ellos invierten el verdadero sentido de los conceptos, esta chusma dice que su paz es santa de igual manera su guerra (guerra santa) pero lo único que buscan es perpetuar la decadencia ellos aborrecen la guerra y la paz del espíritu y engrandecen la guerra y la paz de la dominación, de la domesticación del hombre, del apaciguamiento de sus fuerzas creadoras convirtiéndolo en un ser de rebaño con pensamiento uniforme, esta chusma regatea y husmea el poder, esta mala guerra se evidencia cuando los hombres poderosos no son los primeros, son los últimos, los decadentes, los que buscan perpetuar el gobierno de la plebe.

La buena guerra es la que se lleva a cabo en contra de esta chusma, que se escapa del pensamiento de rebaño, que busca la desigualdad de pensamiento, dando paso a una pluralidad de hombres, de igual manera la paz verdadera es la que se aleja de la chusma, es la paz del hombre de pies ligeros donde el odio y el resentimiento no tienen cabida, como si la tienen en el hombre actual, hombre de máscaras.

Nietzsche invita a buscar el país de nuestros hijos, el que aún no existe donde estos conceptos son valorados de forma superior, donde el ideal hombre se muestra como necesidad y no se queda solo en el ideal social o estatal, sino que precisamente busca el superhombre, aquel que es capaz de vencer y encontrar la verdadera paz, la pequeña paz que por ser pequeña es anhelada, es superior.

## **2. El concepto de Paz y Guerra en “Más allá del bien y del mal”**

Para el análisis, o mejor la conceptualización de la de “paz” y de la “guerra” en la obra de Nietzsche, se hace necesario ahora observar el texto llamado “Más allá del bien y del mal” (Nietzsche, 2007). Se utilizará la misma metodología que en el primer capítulo. Se tomará cada sección y se comentará cada apartado del texto donde se considere que el autor hace referencia a los conceptos aquí mencionados. Cabe entender que la estructura de este nuevo texto es muy similar al “Zaratustra”: está dividido en nueve secciones cada una de ellas en capítulos o aforismos. El subtítulo de esta obra “Preludio de una filosofía del futuro” nos deja ver primero que este texto es una crítica a la modernidad que vive nuestro autor, la cual muestra la decadencia del espíritu humano.

Este libro (1886) es en todo esencial una crítica de la modernidad, no excluidas las ciencias modernas, las artes modernas, ni siquiera la política moderna, y ofrece a la vez indicaciones de un tipo antitético que es lo menos moderno posible, un tipo aristocrático, un tipo que dice que sí. (Nietzsche F., 2005, pág. 119).

Cabe destacar que este libro ocupa un lugar importante dentro de la historia literaria del autor, ya que se encuentra en medio de dos de sus grandes obras: Así habló Zaratustra y Genealogía de la moral, sirviendo como un glosario de las ideas desarrolladas en el primer texto y siendo un preámbulo de la segunda obra.

Antes de empezar se debe hacer la aclaración que ciertas secciones nos ayudaran a conceptualizar y otras a contextualizar y lo que aquí buscamos, por tanto, en ciertas partes se profundizaran de forma directa, en otras solo buscaremos una orientación o una luz en el camino,

y en otras secciones solo se narrará lo que se considere de gran valor para alcanzar el objetivo aquí propuesto.

Sin más rodeos, en el prólogo de este texto lo primero que Nietzsche menciona y con lo que hay que tener cuidado es sobre el dogmatismo, el cual puede perjudicar toda verdad. Por él se cae en los prejuicios morales e intelectuales de querer pasarlos por verdades absolutas. Según la metáfora de Nietzsche, la mujer como verdad nunca se deja alcanzar de aquellos hombres dogmáticos, pues es escurridiza:

Suponiendo que la verdad sea una mujer -, ¿cómo?, ¿no está justificada la sospecha de que todos los filósofos, en la medida en que han sido dogmáticos, han entendido poco de mujeres?, ¿de que la estremeceadora seriedad, la torpe insistencia con que hasta ahora han solido acercarse a la verdad eran medios inhábiles e ineptos para conquistar los favores precisamente de una hembra? (Nietzsche, 2007, pág. 19).

Por tanto, la primera advertencia que se arroja en la introducción es precisamente esta, aún más, han vagado por la historia de la humanidad verdades que se consideran eternas y que necesitan precisamente del dogmatismo para poder sobrevivir. “Parece que todas las cosas grandes, para inscribirse en el corazón de la humanidad con sus exigencias eternas, tienen que vagar antes sobre la tierra cual monstruosas y tremebundas figuras grotescas: una de esas figuras grotescas fue la filosofía dogmática” (Nietzsche, 2007, pág. 20).

Especialmente el tema aquí tratado, la paz y la guerra, requiere de esta advertencia: no debemos dogmatizar ninguno de los dos conceptos, no debemos valorarlos como verdades dogmáticas y

eternas, las cuales aseguran que una es mejor que la otra, o que alguna se debe imponer sobre la otra; es decir, no debemos mencionar que el dogma político es la paz o la guerra, lo cual dentro de la filosofía de este autor no tiene cabida alguna, no debemos creer que si Nietzsche es considerado un filósofo de la guerra y evita la paz, y pone la primera como principio fundamental, no significa que esta deba aplicarse como dogma. Recordemos que ya en el primer capítulo se mencionaba que en algún momento es necesaria la pausa, la paz. En pocas palabras Nietzsche al no tener una verdad dogmática se mueve tanto en un concepto como en el otro. Precisamente nosotros, hombres del siglo XXI, debemos también tener cuidado con evitar moralizar los conceptos y creer que como dogma debe prevalecer la paz o que la guerra es necesaria o perjudicial. En su momento Nietzsche luchó contra la tiranía de la filosofía dogmática, ahora nosotros buscamos precisamente no dogmatizar los conceptos de la paz y de la guerra:

Mas nosotros, que no somos ni jesuitas, ni demócratas, y ni siquiera suficientemente alemanes; nosotros los buenos europeos y espíritus libres, muy libres - ¡nosotros la tenemos todavía, tenemos la tortura toda del espíritu y la entera tensión de su arco! Y acaso también la flecha, la tarea y, ¿quién sabe?, incluso el blanco. (Nietzsche, 2007, pág. 21).

Ahora bien, la sección primera titulada “De los prejuicios de los filósofos” (Nietzsche, 2007, pág. 22), muy de la mano con la introducción del texto, comienza a mencionar ciertas advertencias para tanto los filósofos como para aquellos que quieren conocer algo sobre algún asunto, en este caso nosotros, La voluntad de verdad es aquello que existe en los hombres que los impulsa a conocer, y es precisamente este impulso lo peligroso ya que el querer tomar algo como cierto o como verdadero a cualquier costo atenta precisamente contra la verdad misma ya lo mencionábamos arriba, el dogmatismo de la verdad por la verdad es el peligro y esto en asuntos

de paz y de guerra no deben tomarse a la ligera, no dejarnos llevar y determinar de una o la otra de tal manera que perdamos el horizonte sobre lo que aquí indagamos, que ese instinto por la verdad no termine colocándonos en un bando o en el otro dogmáticamente.

La voluntad de verdad, que todavía nos seducirá a correr más de un riesgo, esa famosa veracidad de la que todos los filósofos han hablado hasta ahora con veneración: ¡qué preguntas nos ha propuesto ya esa voluntad de verdad! ¡Qué extrañas, perversas, problemáticas preguntas! (Nietzsche, 2007, pág. 22).

Ya en el párrafo dos Nietzsche arroja una nueva observación sobre lo cual debemos tener cuidado: la idea de la dialéctica, la creencia que ciertos conceptos necesitan de una antítesis para poderse entender, la idea de que ciertos conceptos necesariamente están en contraposición, como el odio y el amor, el egoísmo y la bondad, el bien y el mal, la guerra y la paz. “La creencia básica de los metafísicos es la creencia en las antítesis de los valores” (Nietzsche, 2007, pág. 23). Aquí podemos observar una crítica a ciertos métodos filosóficos, en este caso uno de los más renombrados en la historia de la filosofía:

La obra de Nietzsche va dirigida contra la dialéctica de tres maneras: la dialéctica desconoce el sentido, porque ignora la naturaleza de las fuerzas que se apropian concretamente de los fenómenos; desconoce la esencia, porque ignora el elemento real del que derivan las fuerzas, sus cualidades y sus relaciones; desconoce el cambio y la transformación, porque se contenta con operar permutaciones entre términos abstractos e irreales” (Deleuze, 1971, pág. 222).

Bajo este supuesto de la advertencia de no tomar los conceptos como dialécticos, tomaremos la idea de la paz y de la guerra, ver en ellos precisamente su necesidad de estar el uno al lado del otro, y si lo entendemos de un modo político se debe entender que es necesaria esta dualidad y no su dialéctica. Las razones radican en ese fluir eterno de las sociedades, ese constante venir de un estado a otro, esos momentos de paz y de guerra que conllevan los cambios sociales:

Sería incluso posible que lo que constituye el valor de aquellas cosas buenas y veneradas consistiese precisamente en el hecho de hallarse emparentadas, vinculadas, entreveradas de manera capciosa con estas cosas malas, aparentemente antitéticas, y quizá en ser idénticas esencialmente a ellas. (Nietzsche, 2007, pág. 24).

Por tanto, observamos que a la hora de conceptualizar no podemos hablar de uno sin hablar del otro, por eso es que en este escrito se presenta la idea de la paz como la otra cara de la misma moneda, comparte su esencia con la guerra. Debemos pensar que tanto la una como la otra al presentarse siempre como objetivos de alguna especie de hombre, encubren instintos y razones suficientes para apelar a alguna de las dos disfrazando su finalidad y separándolas, convirtiéndolas en antítesis, haciéndolas luchar sin comprender su necesidad mutua.

Muy de la mano con lo anterior encontramos el párrafo seis donde Nietzsche nos menciona precisamente aquel que quiere imponer su verdad a pesar de todo, queriendo encubrir una voluntad de dominio. Lo mismo podemos decir con aquellos que hoy en día encubren sus razones particulares con la idea adecuada de la paz o de la guerra haciendo ver que estas se presentan como necesidad, pero deteniéndose a ver solo observamos intereses particulares nunca pensados para darle un valor a la vida, para darle un nuevo sentido al hombre:

¿A qué moral quiere esto (quiere él -) llegar? Yo no creo, por lo tanto, que un «instinto de conocimiento» sea el padre de la filosofía, sino que, aquí como en otras partes, un instinto diferente se ha servido del conocimiento (¡y del desconocimiento!) nada más que como de un instrumento (Nietzsche, 2007, pág. 28).

Una de las cosas que más se puede observar es precisamente esta voluntad de dominación que al pararse en uno u otro lado siempre entre deja ver ese instinto.

Recordemos un poco lo ya dicho en el capítulo anterior, sobre la buena paz o de la buena guerra. Para el hombre siempre debe ser aquella que aspire a un objetivo superior, “se refiere al mejor modo de acabar con las calumnias contra la vida, a la auto exigencia de vivir un espíritu en soledad, lejos de las masas, expuesto al aire frío de las alturas, síntoma de una salud fuerte” (Linares, 2006, pág. 46). Es decir, que, según Nietzsche, aquel que defienda uno u otro bando siempre debe tener como principio la meta superior del hombre.

Revisando el apartado diez, encontramos de nuevo el asunto del primer aforismo, sobre la voluntad de verdad, pero con la intención de hacernos ver, quizá, el impulso que de ella emana para alejarnos o acercarnos tanto a lo real como a lo aparente. Ya se dijo que es una advertencia por parte de Nietzsche, y más aún una advertencia contra aquellos que quieren imponer su verdad a cualquier precio. Estos, llevados por su impulso, quieren alejar la vida de lo aparente y llevarla a lo real, pero nace aquí la pregunta sobre qué es lo que aquellos ocultan con su voluntad de verdad.

El hombre que no quiere engañar quiere un mundo mejor y una vida mejor; todas sus razones para no engañar son razones morales. Y siempre tropezamos con el virtuosismo del que quiere la verdad: una de sus ocupaciones favoritas es la distribución de culpas, hace responsable, niega la inocencia, acusa y juzga la vida, denuncia la apariencia. (Deleuze, 1971, pág. 136).

Aquí como en el Zarathustra entrevemos la paz y la guerra en dos sentidos. En el primero la guerra válida contra esa voluntad de verdad que niega la vida, la guerra contra ella por la razón de empequeñecer la vida del hombre, por moralizarlo por no querer esa paz del superhombre, ese instante donde el hombre da cuenta de la vida; y en el segundo vemos la idea de no dejarnos llevar por dicha voluntad de verdad, afirmando de la paz o de la guerra cierta verdad. Pero vemos que los hombres solo se dejan llevar por ciertas certezas o pequeñas afirmaciones negando la posibilidad de un mundo de alternativas.

Tal vez en casos singulares y raros intervengan realmente aquí esa voluntad de verdad, cierto valor desenfrenado y aventurero, una ambición metafísica de conservar el puesto perdido, ambición que en definitiva continúa prefiriendo siempre un puñado de «certeza» a toda una carreta de hermosas posibilidades. (Nietzsche, 2007, pág. 31).

Hasta este punto lo que podemos observar de la primera sección sobre Más allá del bien y del mal son sus advertencias sobre los prejuicios de los filósofos a la hora de tratar ciertos temas, en este caso nos funciona para tomar precisamente las precauciones, para poder conceptualizar desde la luz de la filosofía de Nietzsche. Cabe destacar que no hemos encontrado hasta este momento referencia explícita de los conceptos de paz y de guerra y que solo hemos utilizado las ideas de Nietzsche para poder dar claridad a los conceptos. Esencialmente es en el apartado doce donde

encontramos por vez primera explícitamente la palabra Guerra refiriéndose a quiénes hay que hacer la guerra, aquellos que creen en apariencias. En este caso Nietzsche remite su ataque a los atomistas:

Pero hay que ir más allá todavía, - y declarar la guerra, una despiadada guerra a cuchillo, también a la «necesidad atomista», la cual continúa sobreviviendo de manera peligrosa en terrenos donde nadie la barrunta, análogamente a como sobrevive aquella «necesidad metafísica», aún más famosa: - en primer término hay que acabar también con aquel otro y más funesto atomismo, que es el que mejor y más prolongadamente ha enseñado el cristianismo, el atomismo psíquico. (Nietzsche, 2007, pág. 35).

Vuelve y retumba aquí lo ya aprendido en el Zarathustra: la guerra contra los prejuicios, las valoraciones morales de las apariencias, la guerra contra esas pretensiones de verdad que esconden sus necesidades metafísicas y sus creencias en otros mundos.

Continuando con nuestro trabajo llegamos al párrafo trece donde se continúa con las advertencias a la hora de trabajar los conceptos. Aquí se nos deja ver que no debemos confundir las causas y las consecuencias.

Los fisiólogos deberían pensárselo bien antes de afirmar que el instinto de auto conservación es el instinto cardinal de un ser orgánico. Algo vivo quiere, antes que nada, dar libre curso a su fuerza - la vida misma es voluntad de poder -: la auto conservación es tan sólo una de las consecuencias indirectas y más frecuentes de esto. (Nietzsche, 2007, pág. 36).

De igual manera podríamos pensar lo siguiente: la paz como principio de auto conservación al buscar la tranquilidad sea espiritual o física, o la misma guerra como principio de auto conservación frente a los peligros, pero no debemos olvidar que como fuere tanto la paz como la guerra siguen siendo manifestaciones de la voluntad de poder, cosa que ya se había mencionado varios párrafos arriba.

Para reforzar lo que acabamos de decir echemos un ojo al párrafo diecinueve. Aquí se nos habla de los prejuicios exagerados de ciertos conceptos. Nietzsche nos coloca el ejemplo de Schopenhauer quien exageró según él, el concepto de voluntad:

Schopenhauer no hizo más que lo que suelen hacer justo los filósofos: tomó un prejuicio popular y lo exageró. A mí la volición me parece ante todo algo complicado, algo que sólo como palabra forma una unidad, - y justo en la unidad verbal se esconde el prejuicio popular que se ha adueñado de la siempre exigua cautela de los filósofos. (Nietzsche, 2007, pág. 41).

Aquí podemos observar dos cosas, la primera de igual manera como hizo Schopenhauer en exagerar el concepto de voluntad, podemos ver que hoy en día se hace lo mismo con los conceptos de paz y guerra, sin dejarnos ver qué se esconde con ellos, se han llevado al extremo hasta el punto de desconocer que son similares, que son dos caras de la misma moneda. Lo segundo, olvidamos que la paz y la guerra son voluntad de poder, de dominio o mejor decir son producto de ello, son efecto de la voluntad y Nietzsche precisamente nos aclara en este fragmento:

Toda volición consiste sencillamente en mandar y obedecer, sobre la base, como hemos dicho, de una estructura social de muchas «almas»: por ello un filósofo debería arrogarse el derecho de considerar la volición en sí desde el ángulo de la moral: entendida la moral, desde luego, como doctrina de las relaciones de dominio en que surge el fenómeno «vida». (Nietzsche, 2007, pág. 43).

Podemos ser un poco atrevidos y afirmar que la voluntad se muestra siempre en relaciones de dominio y la paz y la guerra son efectos de ella, afirmamos por tanto que estos dos conceptos radican en las relaciones de poder que se presentan en las sociedades y, es más, dentro de los hombres mismos; es decir, podemos que ver que el que quiere la guerra o la paz solo está jugando con las relaciones de poder, unos mandan y otros obedecen, se observa una vez más que no se alejan estos conceptos entre sí.

Ya el párrafo veinte nos está diciendo precisamente esto que se afirmó al final del párrafo anterior:

Que los diversos conceptos filosóficos no son algo arbitrario, algo que se desarrolle de por sí, sino que crecen en relación y parentesco mutuos, que, aunque en apariencia se presenten de manera súbita y caprichosa en la historia del pensar, forman parte, sin embargo, de un sistema, como lo forman todos los miembros de la fauna de una parte de la tierra: esto es algo que, en definitiva, se delata en la seguridad con que los filósofos más distintos rellenan una y otra vez cierto esquema básico de filosofías posibles. (Nietzsche, 2007, pág. 44).

Ahora bien, esta precisa unidad debería hacernos entender claramente tanto un concepto como el otro, pero olvidarnos los intereses de cada quien en especial de los pueblos, de las diferentes

culturas y nos encontramos con varias interpretaciones de estos conceptos, pero siempre ocultando la voluntad de poder:

Los filósofos del área lingüística uralo-altaica mirarán con gran probabilidad «el mundo» de manera diferente que los indogermanos o musulmanes, y los encontraremos en sendas distintas a las de éstos: el hechizo de determinadas funciones gramaticales es, en definitiva, el hechizo de juicios de valor fisiológicos y de condiciones raciales. (Nietzsche, 2007, pág. 44).

Claro queda que la interpretación que se da en las diferentes culturas de estos conceptos podemos encontrarla tanto en el lenguaje propio a cada sociedad como es su relación con el mundo. Cabe aquí parafrasear lo que ya Nietzsche decía en su Zarathustra: todo pueblo tiene su propia concepción del bien y del mal, y de igual manera sobre la paz y la guerra.

Ya casi terminando la primera sección Sobre los prejuicios de los filósofos el apartado veintidós nos hace la siguiente aclaración que se extiende para todos nosotros quienes creemos encontrar la verdad de las cosas, y de igual manera aplica a este texto sobre la conceptualización de la paz y de la guerra:

Esto es interpretación, no texto; y podría venir alguien que con una intención y un arte interpretativo antitéticos supiese sacar de la lectura de esa misma naturaleza, y en relación a los mismos fenómenos, cabalmente el triunfo tiránico, despiadado e inexorable de pretensiones de poder, - un intérprete que os pusiese de tal modo ante los ojos la universalidad e incondicionalidad vigentes en toda «voluntad de poder», que casi toda

palabra, hasta la propia palabra «tiranía», acabase pareciendo inutilizable o una metáfora debilitante y suavizadora - algo demasiado humano. (Nietzsche, 2007, pág. 47).

Como podemos ver este apartado nos aclara que lo que intentamos o lo que podemos hacer es solo interpretar estos conceptos. No podemos afirmar que son tal y tal cosa, y precisamente aquí lo que buscamos es interpretar estos conceptos en la filosofía del autor. Puede que alguien con espíritu más fuerte y con mejores argumentos interprete de otra forma la paz y la guerra en la filosofía de Nietzsche.

Al final encontramos el apartado veintitrés con el cual se cierra la primera sección y es aquí donde se nos invita precisamente a ir más allá del bien y del mal; es decir, conceptualizar sin dejarnos llevar por prejuicios morales, los cuales son los que han llevado a mal interpretar estos conceptos creyendo en que uno es mejor que el otro o que el otro solo muestra lo peor del ser humano. Es aquí donde dirigimos este mensaje: no se trata de adular moralmente un concepto u otro es observarlo bien y buscar una interpretación libre de moralina.

La fuerza de los prejuicios morales ha penetrado a fondo en el mundo más espiritual, en un mundo aparentemente más frío y más libre de presupuestos - y, como ya se entiende, ha tenido efectos nocivos, paralizantes, ofuscadore, distorsivos. Una físico-psicología auténtica se ve obligada a luchar con resistencias inconscientes que habitan en el corazón del investigador, ella tiene contra sí «el corazón»: ya una doctrina que hable del condicionamiento recíproco de los instintos «buenos» y los «malos» causa, cual si fuera una inmoralidad más sutil, pena y disgusto a una conciencia todavía fuerte y animosa, - y más todavía causa pena y disgusto una doctrina que hable de la derivabilidad de todos los instintos buenos de los instintos perversos. Pero suponiendo que alguien considere que

incluso los afectos odio, envidia, avaricia, ansia de dominio son afectos condicionantes de la vida, algo que tiene que estar presente, por principio y de un modo fundamental y esencial, en la economía global de la vida, y que en consecuencia tiene que ser acrecentado en el caso de que la vida deba ser acrecentada, - ese alguien padecerá semejante orientación de su juicio como un mareo. (Nietzsche, 2007, pág. 48).

Encontramos aquí una verdad quizá un poco desagradable. Nietzsche nos invita a reconocer con este apartado que tanto la violencia como la paz hacen parte forzosa de la vida. Es reconocer tanto en la una como en la otra la necesidad de su existencia, siempre y cuando aporten a la vida misma, por lo tanto que no sea chocante para nosotros quizá rendir un culto a la guerra cuando es necesario pero de igual manera rendir tributo a la paz cuando se hace ineludible; es decir, vemos aquí un Nietzsche guerrerista sí, pero también vemos un Nietzsche con la alternativa de la paz cuando se hace necesario, ya que en la paz misma como se mencionó en el primer capítulo, aunque sea necesaria siempre se muestra como el descanso del guerrero, vuelve y juega la moneda de dos caras que se necesita que en ocasiones caiga, de un lado, y, en otra, del otro.

Aquí finaliza la primera sección y como pudimos observar en su recorrido son varias las advertencias del autor a la hora de poder realizar la conceptualización; esto es esta primera sección más que darnos definiciones claras sobre cada uno de los conceptos, nos dio luz para poderlos entender y poderlos interpretar de forma adecuada dentro de la filosofía de Nietzsche, es casi como ser orientado por la metodología del mismo autor.

Ya en la segunda parte del texto Más allá del bien y del mal, la cual comienza en el apartado número veinticuatro, titulada El espíritu libre refiriéndose a esa lucha que hay entre el espíritu de

verdad y el espíritu de la no verdad, como la ciencia producto de una fuerza de voluntad reactiva frente a una fuerza activa de la no verdad, frente a la Santa simplicidad. Es exponer una guerra a la simplicidad, la ciencia en su lucha por la verdad a cualquier precio construye mundos, recordemos anteriormente que no debemos dogmatizar o dejarnos llevar por la verdad a cualquier precio; en pocas palabras no dejarnos llevar por el espíritu de la pesadez y seguir siendo espíritus libres; es más, deseamos una ciencia que ame la vida, no que la dogmatice.

A la voluntad de saber sólo le ha sido lícito levantarse sobre el fundamento de una voluntad mucho más fuerte, ¡la voluntad de no-saber, de incertidumbre, de no-verdad! No como su antítesis, sino - ¡como su refinamiento! Aunque el lenguaje, aquí como en otras partes, sea incapaz de ir más allá de su propia torpeza y continúe hablando de antítesis allí donde únicamente existen grados y una compleja sutileza de gradaciones; aunque, asimismo, la inveterada tartufería de la moral, que ahora forma parte, de modo insuperable, de nuestra «carne y sangre», distorsione las palabras en la boca de nosotros mismos los que sabemos: sin embargo, acá y allá nos damos cuenta y nos reímos del hecho de que la mejor ciencia sea precisamente la que más quiere retenernos dentro de este mundo simplificado, completamente artificial, fingido, falseado, porque ella ama, queriéndolo sin quererlo, el error, porque ella, la viviente, - ¡ama la vida! (Nietzsche, 2007, pág. 50).

Al leer lo anterior nos preguntamos qué relación tiene esto con el tema principal sobre la paz y la guerra. En este punto nos remitiremos a M. Foucault para entenderlo mejor. Cuando este filósofo francés se refiere a la verdad, la refiere cómo una construcción del poder:

No hay ejercicio del poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcione en, a partir de y a través de esta dupla: estamos sometidos a la producción de la verdad del poder y no podemos ejercer el poder sino a través de la producción de la verdad. (Foucault, 2000, pág. 28).

Y este no lo podemos separar de la idea de la guerra y la paz, ya que a la hora de hablar de quien ejerce el poder este puede determinar tiempos de guerra o de paz. Encontramos entonces desde Nietzsche y Foucault que el discurso de verdad sobre estos conceptos parte de un impulso de una voluntad de poder, y es precisamente esto lo que busca la ciencia: determinar el mundo sea como sea, construyendo discursos guerreristas o pacifistas. En pocas palabras la verdad de la guerra y la paz para la ciencia está determinada por el poder, la ciencia y la dogmática.

Ya el apartado que le sigue, veinticinco, muy relacionado con el anterior, se hace un llamado a esos espíritus libres para escapar al amor de la verdad. En palabras de Nietzsche:

¡Como si «la verdad» fuese una persona tan indefensa y torpe que necesitase defensores! Encontramos específicamente por segunda ocasión referida la palabra Guerra, ¡Qué venenosos, ¡qué arteros, qué malos hace a los hombres toda guerra prolongada que no se puede llevar a cabo utilizando abiertamente la fuerza! (Nietzsche, 2007, pág. 52).

Realizando el acto interpretativo, encontramos que hay un tipo de guerra, que enferma al hombre, que lo envenena por dentro. Esa guerra es disfrazada con discursos de verdad y se muestra ya no violenta sino necesaria y se hace pasar como una idea pacifista. Nótese bien cuando dice que la guerra prolongada sin la utilización de la fuerza es venenosa ya que el guerrero no tiene armas,

pelea con otras condiciones; es decir con engaños, con astucia, un falso guerrero haciéndose pasar por un hombre no violento, quien vive bajo el sentimiento de una falsa paz y de una falsa guerra.

Si llevamos esto a nuestro tiempo comprendemos por que la paz contemporánea, más que un beneficio, es un engaño, ya que tan solo es el disfraz de una guerra que no puede utilizar la fuerza, sino que utiliza el lenguaje, la ciencia, una falsa guerra y una falsa paz ¿Qué nos queda? Hacer la guerra a esta farsa. Aquí, si recordamos el capítulo anterior, donde se justifica la guerra noble a esos espíritus decadentes que luchan contra el espíritu libre.

Ya en el apartado veintiséis, Nietzsche continúa con el desenvolvimiento de su idea de lo que se puede entender como espíritu libre. En cuanto su relación con nuestros conceptos, es más una invitación a escuchar y estar atentos de cómo se habla vulgarmente sobre la paz y la guerra, como lo habla el vulgo, cargado de resentimiento atacando con moralina los conceptos de paz y de guerra. Pero sí realmente queremos escuchar que se dice sobre esto debemos tener fuerza suficiente para no dejarnos seducir por el vulgo mismo:

Quien en el trato con los hombres no aparezca revestido, según las ocasiones, con todos los cambiantes colores de la necesidad, quien no se ponga verde y gris de náusea, de fastidio, de compasión, de melancolía, de aislamiento, ése no es ciertamente un hombre de gusto superior. (Nietzsche, 2007, pág. 53).

De igual manera, el apartado veintisiete continua con la construcción de la idea del espíritu libre, donde nos da entender que los diferentes pueblos hablan con su propio ritmo, con su propia idiosincrasia, y que a la hora de hablar de conceptos cargados de moral como los de la paz y de la

guerra cada pueblo tiene su idioma, esta idea ya estaba mencionada en el Zaratustra donde se dice que cada pueblo tiene su conocimiento del bien y del mal. El párrafo veintiocho continua con el desarrollo de esta idea, y se nos hace el llamado para precisamente entender la vida con pies ligeros, sin dogmatizar, solo entender como espíritus libres:

¡Qué importan, a fin de cuentas, todas las ciénagas del mundo enfermo, perverso, incluso del «mundo antiguo», cuando se tiene, como él, los pies, el soplo y el aliento, la liberadora burla de un viento que pone sanas todas las cosas haciéndolas correr! (Nietzsche, 2007, pág. 57).

Pasemos a analizar el párrafo treinta, debido a que se puede considerar como una pista más para entender los conceptos de guerra y paz. Aquí se nos invita a distinguir la visión exotérica y esotérica de ciertas cosas. La primera sería para Nietzsche la interpretación del vulgo, cargada de moral, vista desde abajo; la segunda sería una vista desprovista, sutil, desde las alturas, desde los conceptos mismos, los cuales pueden revelar cosas desagradables, verdades pesadas. Entiéndase aquí como Nietzsche estaba cargado de esto mismo, ya se decía él un hombre póstumo porque en su época no existían oídos para sus palabras, “los hombres póstumos – yo, por ejemplo- son peor comprendidos que los tempestivos, pero mejor oídos. Dicho con más rigor: no somos comprendidos jamás – y de ahí nuestra autoridad” (Nietzsche F. , 2002). Y puede que hoy en día todavía sus palabras no sean bien entendidas y se termina catalogando a este pensador como un filósofo de la guerra, palabras desagradables para el vulgo, para los bajos, para los de espíritus pesados.

Porque el exotérico se encuentre fuera y sea desde fuera, no desde dentro, desde donde él ve, aprecia, mide y juzga las cosas: lo más esencial es que él ve las cosas de abajo arriba, - ¡el esotérico, en cambio, de arriba abajo! Hay alturas del alma que hacen que, vista desde ellas, hasta la tragedia deje de producir un efecto trágico; y si se concentrase en unidad todo el dolor del mundo, ¿a quién le sería lícito atreverse a decidir si su aspecto induciría y forzaría necesariamente a la compasión y, de este modo, a una duplicación del dolor?... Lo que sirve de alimento o de tónico a una especie superior de hombres tiene que ser casi un veneno para una especie muy diferente de aquélla e inferior. (Nietzsche, 2007, pág. 58).

Para ser más claro aún debemos entender la paz y la guerra desde una perspectiva esotérica, sin prejuicios, desde las alturas, aunque las palabras aquí dichas sean desagradables para algunos: “En los lugares donde el pueblo come y bebe, e incluso donde rinde veneración, suele heder. No debemos entrar en iglesias si queremos respirar aire puro” (Nietzsche, 2007, pág. 59).

En este punto hemos dado un salto hasta el párrafo treinta y cuatro. Recordemos que se está trabajando la interpretación de aquellos que refieren a nuestros conceptos literalmente y aquellos párrafos que nos den una luz para aclarar los conceptos desde la filosofía de este autor. Ahora bien, precisamente este párrafo es uno de ellos, ya que menciona sobre el prejuicio de las verdades tomadas en serio, verdades fundamentales sobre las cuales aparentemente se construye el mundo, ocultando el hecho que lo más cierto es que dichas verdades son solo estrategias del pensamiento para aclarar precisamente este mundo lleno de apariencias:

Quien considera que este mundo, así como el espacio, el tiempo, la figura, el movimiento, son inferencias falsas: ése tendría al menos un buen motivo para aprender por fin a desconfiar de todo pensar: ¿no nos habría venido jugando el pensar hasta ahora la peor pasada de todas?, ¿y qué garantía habría de que no continuará haciendo lo que siempre ha hecho? (Nietzsche, 2007, pág. 63).

En resumen, recordemos lo que se mencionó líneas arriba cuando hablamos que las verdades están basadas en expresiones de voluntad de poder. En cuanto a la paz y a la guerra no debemos tomar una más verdadera que la otra sin olvidar que estos dos conceptos son expresiones de una voluntad de poder. Las verdades en apariencia que se puedan decir, tanto de la una como de la otra son solo prejuicios morales; es más, quien afirme que una debe prevalecer sobre la otra, solo está creyendo en supersticiones.

¿Qué es lo que nos fuerza a suponer que existe una antítesis esencial entre «verdadero» y «falso»? ¿No basta con suponer grados de apariencia y, por así decirlo, sombras y tonos generales, más claros y más oscuros, de la apariencia, - valeurs [valores] diferentes, para decirlo en el lenguaje de los pintores? ¿Por qué el mundo que nos concierne en algo - no iba a ser una ficción? Y a quien aquí pregunte: «¿es que de la ficción no forma parte un autor?», - ¿no sería lícito responderle francamente: por qué? ¿Acaso ese «forma parte» no forma parte de la ficción? ¿Es que no está permitido ser ya un poco irónico con el sujeto, así como con el predicado y el complemento? ¿No le sería lícito al filósofo elevarse por encima de la credulidad en la gramática? Todo nuestro respeto por las gobernantas: ¿mas no sería hora de que la filosofía apostatase de la fe en las gobernantas? (Nietzsche, 2007, pág. 64).

Seamos más arriesgados y preguntemos: ¿existe una antítesis entre la guerra y la paz? De igual manera como los conceptos de verdadero y falso, estos son solo matices del mundo aparente; llama la atención de la cita anterior la última frase “¿mas no sería hora de que la filosofía apostatase de la fe en las gobernantas?”. El que quiera apartarse y no ser engañado por los falsos discursos de la verdad, frente a la paz o la guerra, lo primero que debe nacer es separarse de las formas de poder que las conceptualizan y que dan una carga moral a dichos conceptos; esto es, para hoy en día

querer entender estos conceptos debemos separarlos de las verdades establecidas por los discursos en las relaciones de poder.

El párrafo treinta y seis es de gran valor para nuestra interpretación, ya que nos brinda una aclaración por parte de Nietzsche sobre lo que se entiende como voluntad de poder y cómo ella se muestra como la causalidad misma del mundo, del movimiento mismo de los conceptos. Esto nos da luces para comprender el origen o la causalidad de la guerra y de la paz. Nietzsche nos indica que, en vez de haber cosas separadas, todas surgen de una unidad, parten del mismo principio: “La voluntad de poder” la cual se expresa en muchas voluntades y de muchas formas, que causan efectos cuando se contraponen las unas con las otras. En el caso de la guerra y de la paz se pueden ver como voluntades contrarias que están en constante lucha como expresiones de la voluntad de poder y que al fin de cuentas son producto de ella; estas son voluntades que en algún momento buscan inclinar la balanza hacia su lado, haciéndose ver como única verdad necesaria. Aquí si nos preguntamos explícitamente ¿cuál es la causa de la guerra y de la paz y cuál es su contenido? podemos responder: voluntad de poder:

Suponiendo, finalmente, que se consiguiese explicar nuestra vida instintiva entera como la ampliación y ramificación de una única forma básica de voluntad, - a saber, de la voluntad de poder, como dice mi tesis [...] El mundo visto desde dentro, el mundo definido y designado en su «carácter inteligible», - sería cabalmente «voluntad de poder» y nada más. (Nietzsche, 2007, pág. 66).

Pasamos ahora al párrafo treinta y nueve que a nuestro parecer se nos muestra revelador, ya que deja claro que no podemos tomar algo como cierto o verdadero, solo por hecho de que nos dé

un grado de satisfacción o un sufrimiento. Por tanto, no podemos afirmar que la guerra como causa de sufrimiento sea una no verdad y que se pueda catalogar como algo negativo, de igual manera como la paz sea fuente de felicidad o tranquilidad no la podemos afirmar como positiva y verdadera. De esta manera debemos tener claro que para poder tomar partido por una o por la otra no debemos pensar en grados de felicidad o de satisfacción.

Algo podría ser verdadero: aunque resultase perjudicial y peligroso en grado sumo; podría incluso ocurrir que el que nosotros perezcamos a causa de nuestro conocimiento total formarse parte de la constitución básica de la existencia, - de tal modo que la fortaleza de un espíritu se mediría justamente por la cantidad de «verdad» que soportase o, dicho con más claridad, por el grado en que necesitase que la verdad quedase diluida, encubierta, edulcorada, amortiguada, falseada (Nietzsche, 2007, pág. 68).

Vemos en la anterior cita, que podría ser que lo negativo, el sufrimiento, sea lo real, y que precisamente esta lucha por la verdad misma es dolor. Vemos una vez más que la guerra no se puede catalogar como negativa, falsa o innecesaria por ser fuente de dolor; es más, quien garantice lo contrario, según Nietzsche, no tendría un espíritu fuerte, un espíritu libre capaz de soportar la verdad o el dolor necesario para superarse a sí mismo. Es aquí donde nuestro pensador da una pequeña descripción de quien sería el filósofo adecuado para la guerra, precisamente el que lucha por la verdad misma sin caer en el dogma por la verdad: “Para ser un buen filósofo hace falta ser seco, claro, sin ilusiones” (Nietzsche F. , 2007, pág. 68).

Junto a este párrafo encontramos una razón por la cual los conceptos de paz y de guerra son mal interpretados. El primero tomado como cierto y el otro como falso. El uno tomado como bueno

y el otro como malo. Nietzsche aclaró diciendo que esto se debe a que los conceptos han sido disfrazados con máscaras, superficiales, prejuicios que solo encubren su verdadero sentido. Incluso, Nietzsche llama aquí lo profundo como aquello que es encubierto con máscaras, y si lo vemos claramente los conceptos trabajados son de esta categoría, profundos que encubren fuertes verdades y que, por tanto, están bajo prejuicios groseros:

Hay acontecimientos de especie tan delicada que se obra bien al recubrirlos y volverlos irreconocibles con una grosería; hay acciones realizadas por amor y por una magnanimidad tan desbordante que después de ellas nada resulta más aconsejable que tomar un bastón y apalear de firme al testigo de vista: a fin de ofuscar su memoria. (Nietzsche, 2007, pág. 69).

Es decir, develamos aquí que las ideas son disfraces de verdades que causan dolor y que un verdadero guerrero se puede enfrentar a ello, pero dicha verdad se encubre precisamente porque no todos están listos para estos padecimientos. Preguntamos hoy en día: ¿Quién estaría dispuesto a aceptar que la guerra tiene un aspecto positivo y que el criterio que se tiene de ella es falso? Junto a esto podríamos agregar ¿Es la paz algo negativo? Solo personas con oídos no morales pueden quizá tal vez arrojar la pregunta.

Ya en el apartado cuarenta y uno encontramos una advertencia: “Tenemos que darnos a nosotros mismos nuestras pruebas de que estamos destinados a la independencia y al mando; y hacer esto a tiempo” (Nietzsche, 2007, pág. 70). Para decirlo de una forma más o menos clara, en la metodología de Nietzsche, esa que podemos llamar de los espíritus libres, de todo lo anterior sobre la paz y de la guerra, de lo bueno y de lo malo, de la verdad y de lo falso, no debemos apegarnos

aún a las verdades más claras, seguir siendo libres en el pensamiento, seguir siendo guerreros que viajan a horizontes nuevos, no apegarnos a la patria, ni siquiera dice Nietzsche a la misma idea del superhombre, no perder nuestra independencia y el goce mismo de la voluntad de poder; esto es, no adherirnos a la idea radical de la guerra por más justa y necesaria que sea como a la idea de la paz como el fundamento necesario de la conservación y la pasividad, es necesario para poder entender estos conceptos, “saber reservarse: ésta es la más fuerte prueba de independencia” (Nietzsche F. , 2007, pág. 71).

Ya el último párrafo de esta segunda parte llama la atención, precisamente el hecho de que a la hora de nombrar cómo ha surgido y ha sobrevivido el animal hombre sobre la tierra ha sido apelando al dolor, a la violencia, a los sentimientos que se pueden catalogar como malvados. Es más, vemos como la guerra o la violencia es creadora de realidades, como la voluntad de poder se manifiesta precisamente con la idea de dominación, pero esto no quiere decir que su contrario no hubiese aportado nada al hombre; es decir, esos pequeños instantes de paz, cómo se menciona en el capítulo anterior de este trabajo también han aportado a la supervivencia del hombre, claro está como manifestación de una voluntad, pero cabe destacar que para el ser humano la guerra y la violencia han traído beneficios a pesar de su sufrimiento, pero ¿Qué guerrero no estaría dispuesto a ello por el mismo goce de seguir viviendo?

Nosotros opinamos que dureza, violencia, esclavitud, peligro en la calle y en los corazones, ocultación, estoicismo, arte de tentador y diabluras de toda especie, que todo lo malvado, terrible, tiránico, todo lo que de animal rapaz y de serpiente hay en el hombre sirve a la elevación de la especie «hombre» tanto como su contrario: - y cuando decimos tan sólo eso no decimos siquiera

bastante, y, en todo caso, con nuestro hablar y nuestro callar en este lugar nos encontramos en el otro extremo de toda ideología moderna y de todos los deseos gregarios: ¿siendo sus antípodas acaso? (Nietzsche, 2007, pág. 73).

Con la cita anterior damos, final a la segunda parte y pasamos ahora a realizar el análisis de la sección denominada El ser religioso, la cual inicia en el párrafo cuarenta y cinco. Fácilmente se relaciona el tema allí tratado con el texto La genealogía de la Moral ya que se plantean ideas con el mismo sentido, tratando de develar al hombre religioso. En esta sección dejaremos algunos apartados sin analizar debido a que los encontraremos en el capítulo siguiente cuando tratemos la obra ya mencionada. Aquí buscaremos los apartados que traten de conceptualizar y contextualizar las ideas de la paz y de la guerra, por ejemplo se ha de notar y mencionar, el tipo violento contra sí mismo, el que busca negar la voluntad de poder que es instinto de vida, convirtiéndose en un producto del resentimiento; siendo uno de estos casos el hombre religioso quien niega varios de sus instintos, quien se castiga a sí mismo por su incapacidad de afirmación frente a la tragedia de la existencia: “Dondequiera que ha aparecido hasta ahora en la tierra la neurosis religiosa, la encontramos ligada a tres peligrosas prescripciones dietéticas: soledad, ayuno y abstinencia sexual” (Nietzsche, 2007, pág. 79). El hombre santo, el pacifista, el no violento contra los otros que impone castigos a su prójimo basando sus ideas en la fe, esperando que una fuerza sobre humana castigue a sus enemigos ya que no posee la fuerza para hacerlo por sí mismo demostrando la violencia que deja ver su personalidad, resentimiento puro, el deseo de castigar lo invade, pero al verse falto de fuerzas dirige sus fuerzas hacia dentro como penitencia frente a una promesa superior: la paz religiosa.

Aquí detengámonos a pensar que esta es una paz engañosa, que invita a atacarnos a nosotros mismos negando la voluntad de poder, la voluntad de exteriorizar la fuerza. Contra ella hay que atacar, ser violento, hacer la guerra a esos espíritus decadentes que niegan la vida misma, su paz es falsa y su guerra es miserable. La anterior idea se podrá comprender mejor cuando analicemos la Genealogía de la moral en el tercer capítulo.

No pasemos por alto el opuesto al hombre descrito anteriormente, frente al cuál Nietzsche contrapone al que lucha, al guerrero, el que busca la verdadera paz, que no se queda inmóvil frente a la existencia utilizando sus propias fuerzas, la paz del guerrero muestra ese espíritu libre que no se resigna, ese ser que como se describió en el Zarathustra, anhela la vida, enfrenta la tragedia de la vida y desea que se repita tantas veces como sea posible, el vitalismo nietzscheano:

El ideal del hombre totalmente petulante, totalmente lleno de vida y totalmente afirmador del mundo, hombre que no sólo ha aprendido a resignarse y a soportar todo aquello que ha sido y es, sino que quiere volver a tenerlo tal como ha sido y como es, por toda la eternidad, gritando insaciablemente da capo [¡que se repita!] no sólo a sí mismo, sino a la obra y al espectáculo entero, y no sólo a un espectáculo, sino, en el fondo, a aquel que tiene necesidad precisamente de ese espectáculo - y lo hace necesario: porque una y otra vez tiene necesidad de sí mismo - y lo hace necesario (Nietzsche, 2007, pág. 87).

En el aforismo cincuenta y ocho de esta sección encontramos un tipo de hombre que puede ayudarnos a diferenciar dos tipos de guerra negativa. Por un lado, la guerra del instinto del ser religioso contra sí mismo negando la voluntad de poder; y por el otro, la guerra del espíritu laborioso, hombres funcionales al interés del Estado, del comercio, del dinero o de algún otro ideal

que se le muestre como labor necesaria; este hombre laborioso encuentra en el trabajo, en el constante olvido de sí mismo una satisfacción, el hombre que no busca el acrecentamiento del hombre mismo sino que vive por el mundo ocupado cumpliendo tareas: es más, el hombre que hace la guerra por cualquier ideal superfluo, otra falsa guerra. Recordemos en el Zaratustra que hay un tipo de guerra que se justifica, aquella que busca el superhombre; de igual manera, este párrafo nos muestra superficialmente un tipo de paz, que quizá es necesaria, la que se consigue a través del ocio, pero la ociosidad entendida como el momento para el cultivo del hombre mismo; es decir, se nos sigue mostrando la paz como ese instante de descanso para retomar fuerzas y continuar con el combate, en la lucha por la conquista de la vida misma:

Quiero decir la ociosidad con buena conciencia, desde antiguo, de sangre, a la cual no le es totalmente extraño el sentimiento aristocrático de que el trabajo deshonra, - es decir, ¿que nos vuelve vulgares de alma y de cuerpo? Y que, en consecuencia, ¿la laboriosidad moderna, ruidosa, avara de su tiempo, orgullosa de sí, estúpidamente orgullosa, es algo que educa y prepara, más que todo lo demás, precisamente para la «incredulidad»? (Nietzsche, 2007, pág. 88).

Hasta aquí dejaremos esta sección debido a lo ya explicado párrafos arriba, y daremos paso a la más enigmática de todas las secciones, debido a que está escrita en aforismos, estilo propio de Nietzsche, que buscan en pequeños fragmentos dar sentencias claras de su pensamiento. La cuarta sección sentencias e interludio habla de temas muy diversos, y solo tocaremos aquellos que nos permitan hacer referencia a la paz y a la guerra; por tal motivo iniciamos con el aforismo sesenta y nueve: “Se ha contemplado mal la vida cuando no se ha visto también la mano que de manera indulgente – mata” (Nietzsche, 2007, pág. 99). Referimos lo anterior para dar a entender que se juzga las acciones moralmente como buenas o como malas sin tener en cuenta la necesidad de

estos actos; por ejemplo, en el caso de la guerra se juzga mal pero no se tiene en cuenta sus beneficios, si no se tiene en cuenta la finalidad de la guerra. Cuando no se entiende las razones o los discursos de verdad detrás de la guerra o la paz no se puede entender en su totalidad estos conceptos.

En cuanto a la paz, notamos el aforismo setenta y seis, donde se menciona explícitamente de manera negativa, refiriendo que en la paz prolongada, en largos tiempos de no poder usar sus fuerzas termina por abalanzarse contra sí mismo: “En situaciones de paz el hombre belicoso se abalanza sobre sí mismo”. (Nietzsche, 2007, pág. 101). Ya esto lo referíamos en la sección anterior, cuando hablábamos sobre el falso hombre pacifista que termina negándose, imponiendo culpas y logrando que los otros se culpen a sí mismos de estar vivos, una falsa paz frente al otro y una miserable guerra contra sí mismo. A esto ya dígame una y mil veces, guerra, pero guerra justa que enaltezca la vida.

Continuando con los aforismos realizamos una comparación y, de tal forma, una interpretación necesaria del siguiente fragmento: “Afectos idénticos tienen, sin embargo, un tempo [ritmo] distinto en el varón y en la mujer: por ello varón y mujer no cesan de malentenderse” (Nietzsche, 2007, pág. 102). Notamos que la mujer y el hombre que comparten instintos similares producto de la voluntad de poder, que viven a velocidades desiguales, interpretan precisamente dicha voluntad de diferentes formas logrando una confusión necesaria, haciendo pensar que el hombre y la mujer difieren en muchas cosas cuando en realidad comparten instintos similares pero interpretados de distintas formas; de tal manera encontramos la guerra y la paz, las cuales provienen de la misma voluntad de poder, pero que tienen ritmos, momentos diferentes y de tal manera se malentienden,

se contraponen y entran a mostrarse como contrarias, y vemos una confusión partir de las interpretaciones que nacen de ellas olvidando que surgen de la voluntad de poder.

Si nos detenemos en el aforismo ochenta y nueve, encontramos quizá una justificación o mejor aún, vemos desde Nietzsche por qué algunos pueblos sufren con mayor crueldad una guerra. “Las vivencias horribles nos hacen pensar si quien las tiene no es, él, algo horrible”. (Nietzsche, 2007, pág. 103). Pensamos aquí: ¿será que Nietzsche culpa quizá aquellos que sufren las crueldades de la guerra y no aquellos causantes de las mismas? Si lo analizamos desde cerca, cada pueblo es causante de sus desgracias; entre más débil sea, más sufre las consecuencias; entre menos preparado esté para la guerra, entre menos valiente sea el pueblo más duro sufrirá las consecuencias de la guerra, por su falta de fuerzas deposita sus expectativas más altas en ideales falsos, en este caso podríamos decir que el ideal de un pueblo cobarde descansa en la seguridad que aparenta el Estado y que sea este el salvador de las desgracias terrenales dando paso a la posibilidad de un despotismo; el pueblo mismo es el que más padece debido a su cobardía. Si recordamos un poco el Zarathustra donde Nietzsche hace mención al Monstruo más frío, el Estado, cuando este es cruel, cuando su pueblo es débil, precisamente la guerra traerá las consecuencias más duras; ciertamente a esto se refiere lo anterior. Y aún más, la guerra sería la oportunidad de poder surgir, de poder ser más grande, de poder pensar en la autodeterminación y pensar que la guerra a estos pueblos que sufren las consecuencias, puede tener aspectos positivos. “A fin de cuentas, pues, las guerras son saludables, son como crisis de crecimiento, pausas en el ciclo de la vida, momentos de barbarie que la cultura necesita, el reposo nocturno que lleva al nuevo día” (Linares, 2006, pág. 60). Este aspecto positivo es permitir precisamente ese nuevo día, quizá la paz que se necesita para pensar

como ideal al hombre superior, de nuevo encontramos la necesidad de la guerra como medio para la paz, podríamos aplicar quizá la metáfora del fénix.

Hemos encontrado uno de los aforismos que marcan la filosofía de Nietzsche, o más bien deberíamos decir, la atraviesa. “No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos” (Nietzsche, 2007, pág. 107). Está claramente relacionado con nuestra búsqueda, nuestra interpretación de los conceptos guerra y paz. Este aforismo, por sí solo podría permitirnos realizar un ensayo aparte, debido a su contenido, a su carga conceptual, debido a que debemos comprender que toda interpretación de antemano ya está cargada de juicios morales como se dijo anteriormente cargada de una verdad, de una voluntad de poder que quiere imponerse, y de ahí entendemos toda posible interpretación de los hechos del mundo. Fácilmente vemos que la paz y la guerra están bajo la mirada de juicios morales; son fenómenos morales; precisamente esto queremos evitar y poder entender estos conceptos desde Nietzsche; esto es sin moralina alguna.

De lo anterior deberíamos aclarar algo. Cuando hablamos de igual manera de los beneficios o perjuicios de la paz y de la guerra estamos juzgando, pero con la moral del hombre noble, del hombre que aspira a estar en las alturas; por eso en el aforismo ciento nueve, declara: “Con bastante frecuencia el criminal no está a la altura de su acto: lo empequeñece y calumnia” (Nietzsche, 2007, pág. 107). Aquel que no está preparado para cierto tipo de verdades juzga negativamente y no comprende el verdadero sentido de lo que hace, de tal manera empequeñece sus acciones, como cuando aquel que hace la guerra no está al nivel de la misma, y no aspira sino a cosas simples y banales, sin un horizonte, una guerra que no vale la pena, de igual manera una paz que podría

encubrir falsos momentos de tranquilidad y que solo busca adormilar ¿Será que hay hombre dispuestos a engrandecer tanto la paz como la guerra?

Hemos avanzado hasta el aforismo ciento treinta y uno donde se vuelve y se relaciona la mujer con la sensación pacífica o un estado de paz, pero con la diferencia que Nietzsche menciona que más bien que un ser pacífico es un ser que aparenta ser tal. ¿Por qué? Recordemos que se había mencionado en el Zarathustra que ella era el descanso para el guerrero después de la batalla. Ese momento donde el guerrero baja las armas. La importancia de este aforismo es debido a la forma explícita que nombra a la mujer como apariencia de lo pacífico. Aquí se menciona literalmente el concepto de Paz, pero disfrazado, aparente. ¿Quién más que una mujer para dominar al que se entrega en la batalla? “Así, el varón quiere pacífica a la mujer, - pero cabalmente la mujer es, por esencia, no-pacífica, lo mismo que el gato, aunque se haya ejercitado muy bien en ofrecer una apariencia de paz” (Nietzsche, 2007, pág. 111).

Cabe entender este párrafo relacionándolo con aforismos anteriores pero que hemos dejado de lado debido a que apuntan de igual manera a la relación entre hombres y mujeres pero en diferentes sentidos; en algunos tratando de entender los instintos que los mueven como parte de un voluntad de poder pero con diferentes interpretaciones, instintos sexuales, instintos de dominación del uno sobre el otro; en ocasiones el autor alemán trata de explicar las acciones desde el punto de vista que podríamos llamar la psicología de los sexos. Entre tanto la explicación de la mujer como apariencia de lo pacífico es necesaria, quien más que un ser como ella puede dar tranquilidad a un guerrero.

En la quinta sección titulada Para la historia natural de la moral encontramos en los primeros párrafos referencias o mejor martillazos contra la moral predominante en su momento y, sobre todo, contra la moral de los imperativos. Esta sección nos puede dar luces sobre la forma de entender la perspectiva moral a la hora de emitir juicios entorno a la paz y la guerra; es decir, las perspectivas morales nos permiten observar diferentes interpretaciones de los hechos. Recuérdese dos cosas aquí: no hay hechos morales y toda moral es construcción de una voluntad de poder. Veamos lo siguiente:

Incluso prescindiendo del valor de afirmaciones tales como «dentro de nosotros hay un imperativo categórico», siempre es posible preguntar todavía: una afirmación así, ¿qué dice acerca de quien la hace? Hay morales que deben justificar a su autor delante de otros; otras morales deben tranquilizarlo y ponerlo en paz consigo mismo; con otras su autor quiere crucificarse y humillarse a sí mismo; con otras quiere vengarse, con otras, esconderse, con otras, transfigurarse y colocarse más allá, en la altura y en la lejanía; esta moral le sirve a su autor para olvidar, aquélla, para hacer que se lo olvide a él o que se olvide alguna cosa; más de un moralista quisiera ejercer sobre la humanidad su poder y su capricho de creador; (Nietzsche, 2007, pág. 126).

Como vemos, entonces, los juicios morales sobre algún concepto solo están encubriendo un capricho, una voluntad de poder. Cabe resaltar la frase otras morales deben tranquilizarlo y ponerlo en paz consigo mismo del párrafo anterior, debido a la mención de las morales pacificadoras, que solo buscan adormilar, pero siempre con una verdad detrás. Junto a esta frase podemos colocar el párrafo ciento ochenta y ocho, el cual menciona: Lo que enseña el estrechamiento de la perspectiva y, por lo tanto, en cierto sentido, la estupidez como condición de vida y de crecimiento.

«Tú debes obedecer, a quien sea, y durante largo tiempo: de lo contrario perecerás y perderás tu última estima de ti mismo» (Nietzsche, 2007, pág. 128).

Nietzsche ya más adelante encuentra una definición clara para este tipo de morales y, sobre todo, en el sentido político que quizá queremos resaltar en este texto, aquel que predique una moral de paz que empequeñece al hombre solo es “La hipocresía moral de los que mandan” (Nietzsche, 2007, pág. 139), la mentira que duerme a un pueblo bajo promesas de felicidad y tranquilidad e impide el surgimiento de nuevos caminos. Aquí diferenciamos entonces una política hipócrita a la que hay que hacer necesariamente la guerra en contra posición de una política real, que abre caminos al ser humano dando el inicio a un nuevo tipo de hombre y a una nueva valoración de los conceptos de paz y de guerra. En nuestro tiempo los podríamos llamar hombres corruptos de la verdadera política, que se muestran seguidores del bien común:

El hombre gregario presume de ser la única especie permitida de hombre y ensalza sus cualidades, que lo hacen dócil, conciliador y útil al rebaño, como las virtudes auténticamente humanas, es decir: espíritu comunitario, benevolencia, deferencia, diligencia, moderación, modestia, indulgencia, compasión. (Nietzsche, 2007, pág. 140).

Un supuesto hombre de paz.

En el párrafo doscientos encontramos una aclaración de este tipo de hombres. Según Nietzsche aquel que tiene luchas internas, que sus voluntades están en constante contradicción, un hombre débil que lleva una guerra que se le muestra insoportable, anhela la paz frente a cualquier cosa hasta el punto de querer adormilar las fuerzas internas, pues busca la paz, la tranquilidad, el

reposo, por lo tanto, lo mejor que le podría suceder es esperar su estado de tranquilidad absoluta, su muerte, su paz, un hombre que le tiene miedo a la vida, un hombre que no soporta la guerra:

El hombre que, por ser tal, lleva en su cuerpo la herencia de una ascendencia multiforme, es decir, instintos y criterios de valor antitéticos y, a menudo, ni siquiera sólo antitéticos, que se combaten recíprocamente y raras veces se dan descanso, - tal hombre de las culturas tardías y de las luces refractadas será de ordinario un hombre bastante débil: su aspiración más radical consiste en que la guerra que él es finalice alguna vez; la felicidad se le presenta ante todo, de acuerdo con una medicina y una mentalidad tranquilizantes (por ejemplo, epicúreas o cristianas), como la felicidad del reposo, de la tranquilidad, de la saciedad, de la unidad final, como «sábado de los sábados» (Nietzsche, 2007, pág. 140).

Este tipo de hombres son los que predicán la falsa paz, el adormilamiento profundo; pero encontramos según Nietzsche su contrario, el hombre que no le teme a la vida y que, dentro de él, hay una guerra constante que enfrenta y soporta, tomando esta violencia interna convirtiéndola en estímulo para la vida de los hombres que le huyen a la tranquilidad de esa paz inactiva mostrándose no como hombres débiles sino como hombres que no importando su contradicción anhelan seguir viviendo, que identifican en este tipo de guerra la esencia de la existencia, el derecho de ser influjo constante y contradictorio de la voluntad de poder, es decir vemos aquí la Antítesis y la Guerra de forma positiva que fortalece al hombre mismo.

Continuando el hilo conductor de los párrafos anteriores, encontramos en el doscientos uno una consecuencia negativa de la paz expresada directamente por Nietzsche, consecuencia del hombre anteriormente descrito, ya que observa la violencia del espíritu fuerte como una amenaza. Esta paz invita a la tranquilidad del rebaño, la cual no quiere ser alterada, donde las virtudes pasan

a ser vicios del hombre, su anhelo por la pasividad, esa falta de luchas, llevan en sí mismo la decadencia del hombre, su reblandecimiento.

Finalmente, en situaciones de mucha paz faltan cada vez más la ocasión y la necesidad de educar nuestro propio sentimiento para el rigor y la dureza; y ahora todo rigor, incluso en la justicia, comienza a molestar a la conciencia; una aristocracia y una autorresponsabilidad elevadas y duras son cosas que casi ofenden y que despiertan desconfianza, «el cordero» y, más todavía, «la oveja» ganan en consideración. (Nietzsche, 2007, pág. 143).

En el siguiente capítulo entenderemos de mejor forma que este tipo de paz sería la que predica el rebaño, el renunciamiento de la vida, una paz completamente nihilista.

Nietzsche dice, que la paz, la del rebaño, se ha adueñado del mundo, una falsa paz con ideales negativos, que desprecian lo grande y al hombre grande. Es más, este filósofo menciona que la máxima representación de esta forma de paz la encontramos en el sentimiento democrático, sentimiento pacificador de pueblos y culturas, es la forma política de la moral del rebaño, es la forma como desde la política se moraliza la paz y la guerra, es la democracia la que busca negar todo conflicto, busca igualar a los hombres impidiendo la existencia del guerrero y acercarse más al hombre apaciguado, el que ve innecesario el uso de la fuerza; pero aún más, es la misma voluntad de poder de los hombres pacificadores, hombres democráticos la que se ha impuesto como beneficio de la mayoría, como fuerza que iguala y se aleja de los hombres que señorean, estos hombres se muestran peligrosos, ya que no solamente reclaman sino que viven de acuerdo a sus propios ideales:

Incluso se ha llegado, con ayuda de una religión que ha estado a favor de los deseos más sublimes del animal de rebaño y los ha adulado, se ha llegado a que nosotros mismos encontremos una expresión cada vez más visible de esa moral en las instituciones políticas y sociales: el movimiento democrático constituye la herencia del movimiento cristiano. (Nietzsche, 2007, pág. 145).

De lo anterior se sigue que la democracia, o, mejor dicho, ese pacifismo de rebaño, busca combatir y hacer la guerra a lo diferente. Ella realiza una guerra que podríamos llamar negativa a los hombres con grandes ideales, ya que se muestran como amenazas a su forma de vida pacífica. La democracia para Nietzsche es decadencia pura: “Nihilismo negativo, reactivo y pasivo: para Nietzsche se trata de una sola y misma historia jalonada por el judaísmo, el cristianismo, la reforma, el librepensamiento, la ideología democrática y socialista” (Deleuze, 1971, pág. 213).

Hasta aquí esta sección donde hemos encontrado la forma moral de como se ha entendido hoy la guerra y la paz, con morales de rebaño que han hecho la guerra a los más grandes instintos y que precisamente, esta guerra llegó a convertirse en ideal político, la democracia, que solo busca adormilar, como ya se ha dicho pacificar al hombre; pero recordemos solo es una forma moral o una interpretación desde la democracia de la paz y de la guerra. Esta quinta sección del libro Más allá del bien y del mal como su nombre lo indica “Para la historia natural de la moral” es una explicación o mejor un aporte para entender moralmente nuestros conceptos.

Antes de seguir avanzando hay una respuesta a esto que denunciamos, y más aún, Nietzsche muestra un camino. ¿Qué debemos hacer? Abrir el camino a nuevos filósofos, que tengan la fuerza

suficiente para ser espíritus libres, señores fuerte capaces de invertir o mejor transvalorar todos los valores decadentes en nuevas formas de valorar la vida, de engrandecerla, seres que se alejan de las personas del rebaño:

¿Adónde tendremos que acudir nosotros con nuestras esperanzas? - A nuevos filósofos, no queda otra elección; a espíritus suficientemente fuertes y originarios como para empujar hacia valoraciones contrapuestas y para transvalorar, para invertir «valores eternos»; a precursores, a hombres del futuro, que aten en el presente la coacción y el nudo, que coaccionen a la voluntad de milenios a seguir nuevas vías. Para enseñar al hombre que el futuro del hombre es voluntad suya, que depende de una voluntad humana, y para preparar grandes riesgos y ensayos globales de disciplina y selección destinados a acabar con aquel horrible dominio del absurdo y del azar que hasta ahora se ha llamado «historia» - el absurdo del «número máximo» es tan sólo su última forma -: para esto será necesaria en cierto momento una nueva especie de filósofos y de hombres de mando, cuya imagen hará que todos los espíritus ocultos, terribles y benévolos que en la tierra han existido aparezcan sin duda pálidos y enanos. (Nietzsche, 2007, pág. 147).

Hemos llegado a la sexta sección titulada, Nosotros los doctos, una sección que cuenta con diez aforismos, todos ellos destinados a realizar una crítica a los conceptos de la ciencia, a los hombres doctos, los cuales han menospreciado a la filosofía, quienes ven a los hombres dedicados a ello como meros jueces de conceptos. Los hombres doctos quieren ahora dictar leyes a la filosofía, precisamente ellos, los hombres de ciencia que buscan la verdad a cualquier precio se muestran como los enemigos de un verdadero espíritu libre, enemigos de los nuevos filósofos, aquellos que en la sección anterior nombramos como los hombres fuertes para soportar verdades. Según Nietzsche los filósofos se han convertido en servidores de la ciencia buscando justificarla de

cualquier manera, perdiendo su dignidad, esa capacidad de estar en las alturas y respirar el aire puro.

Sabe demasiado bien que quien se ha perdido el respeto a sí mismo no es ya, tampoco en cuanto hombre de conocimiento, el que manda, el que guía: tendría, pues, que querer convertirse en el gran comediante, en el Cagliostro y cazarratas filosófico de los espíritus, en suma, en seductor. Ésta es, en última instancia, una cuestión de conciencia (Nietzsche, 2007, pág. 153).

Esta sección, muy encadenada a la primera sobre Los prejuicios de los filósofos, nos muestra como la ciencia, o como ya se ha dicho, la voluntad de verdad, controla y manipula con una intensidad, y aquí la ciencia encuentra en los “malos filósofos” esclavos, obedientes que creen en hacer la paz o la guerra solo como mandato objetivo de los hombres científicos, pasando ellos mismos como hombres de ciencia, que dicen tener la verdad y por ella se justifica cualquier acción:

Pero el filósofo verdadero - ¿no nos parece así a nosotros, amigos míos? - vive de manera «no filosófica» y «no sabía», sobre todo de manera no inteligente, y siente el peso y deber de cien tentativas y tentaciones de la vida: - se arriesga a sí mismo constantemente, juega el juego malo” (Nietzsche, 2007, pág. 153).

Es de notar aquí la importancia de lo anteriormente nombrado para poder comprender que los que pierden el rumbo y realizan lo que hemos llamado la guerra negativa, la guerra de los doctos, la guerra del hombre objetivo terminan siendo solo esclavos y reflejos del mundo de acuerdo a unos intereses, ya que se muestran como un jarrón que se llena de las mejores flores: por tanto Un

hombre sin contenido ni sustancia, un hombre que pasa por ser un señor de altas valoraciones siendo realmente solo un esclavo, pacifista aletargador.

En el aforismo doscientos ocho encontramos ya no al hombre objetivo sino al escéptico, pacificador en sí mismo:

Así se consuela a sí mismo un escéptico; y es cierto que tiene necesidad de algún consuelo. En efecto, el escepticismo es la expresión más espiritual de una cierta constitución psicológica compleja a la que, en el lenguaje vulgar, se le da el nombre de debilidad nerviosa y constitución enfermiza. (Nietzsche, 2007, pág. 159).

Un hombre escéptico evita la guerra; por tanto, encontramos, por un lado, el hombre objetivo que disfraza su voluntad de poder llevando al renunciamiento de la vida debido a que solo observa e interpreta la vida bajo su lupa, colocando ideales no tan grandes; y, por el otro encontramos al escéptico, que en pocas palabras es un pesimista que renuncia a la vida. Dos formas de ver la paz y la guerra, pero con valoración moral negativa, entiéndase aquí esto como la moral del esclavo, que niega la existencia colocando otras ideas como finalidades del ser humano.

En este mismo aforismo encontramos una petición política para el futuro, que no se separa del tema aquí analizado ya que menciona la necesidad de implementar una guerra que tenga una meta realmente grande; aquí lo podríamos llamar la guerra de la gran política, la cual tiene metas para el hombre mismo y no para el Estado ni para ningún otro ideal:

Adquirir una voluntad propia prolongada, terrible, que pudiera proponerse metas para milenios: - para que por fin acabasen tanto la comedia, que ha durado demasiado, de su división en pequeños Estados como sus veleidades dinásticas y democráticas. El tiempo de la política pequeña ha pasado: ya el próximo siglo trae consigo la lucha por el dominio de la tierra, - la coacción a hacer una política grande. (Nietzsche, 2007, pág. 161).

Ya en el aforismo doscientos once encontramos más claramente quien es el verdadero hombre de guerra y de paz capaz de llevar a cabo la petición de Nietzsche, el verdadero filósofo aquel que pasa por episodios de violencia contra sí mismo, el que ha sido una contradicción en sí mismo y que se ha afirmado tantas veces como le sea posible. Este estado de intranquilidad que le da fuerzas para seguir lo lleva a un momento de paz, a ese momento donde puede mirar hacia abajo desde las alturas como el águila o como aquel que pisa las cumbres, que respira aire puro y que tiene un sí o un no en su boca y no tiene miedo de la existencia misma que busca en el hombre aquel atisbo de un ser superior.

Acaso para la educación del verdadero filósofo se necesite que él mismo haya estado alguna vez también en todos esos niveles en los que permanecen, en los que tienen que permanecer sus servidores, los trabajadores científicos de la filosofía; él mismo tiene que haber sido tal vez crítico y escéptico y dogmático e historiador y, además, poeta y coleccionista y viajero y adivinador de enigmas y moralista y vidente y «espíritu libre» y casi todas las cosas, a fin de recorrer el círculo entero de los valores y de los sentimientos valorativos del hombre y a fin de poder mirar con muchos ojos y conciencias, desde la altura hacia toda lejanía, desde la profundidad hacia toda altura, desde el rincón hacia toda amplitud. Pero todas estas cosas son únicamente condiciones previas de su tarea: la tarea misma quiere algo distinto, - exige que él cree valores. (Nietzsche, 2007, pág. 166).

Estos hombres solo buscan crear nuevas valoraciones morales, están destinados a legislar, son los que deben dar un nuevo sentido al hombre, son los que deben dictar el rumbo a las grandes cumbres humanas.

Ya para acercarnos al final de esta sección encontramos al hombre filósofo que no es docto, ni un escéptico a modo de pesimista sino un verdadero hombre que se encuentra en contradicción con su época. Ya grandes hombres se han visto en lucha contra su propio tiempo, ya que denuncian su decadencia y la fragilidad de los valores del rebaño. Precisamente la denuncia aquí hecha es mirar la decadencia de la moralidad contemporánea:

Conocer una nueva grandeza del hombre, un nuevo y no recorrido camino hacia su engrandecimiento. Siempre han puesto al descubierto cuánta hipocresía, espíritu de comodidad, dejarse ir y dejarse caer, cuánta mentira yace oculta bajo los tipos más venerados de la moralidad contemporánea, cuánta virtud estaba anticuada. (Nietzsche, 2007, pág. 167).

En este sentido Nietzsche habla de guerra, pero más que buscar el aniquilamiento físico de otro ser humano busca luchar contra las valoraciones negativas de la vida, la lucha contra el pesimismo decadente, contra la moral que oculta intereses ajenos al hombre mismo.

Ya después de hablar sobre cómo se interpreta la paz y la guerra bajo los ojos de los hombres doctos pasemos ahora a examinar Nuestras virtudes con la octava sección. Precisamente inicia con la pregunta:

¿Nuestras virtudes? Quizá con la intención de indagarnos si hoy en día conservamos alguna, aquí haremos referencia a lo siguiente, nosotros, si es que debiéramos tener virtudes, tendremos presumiblemente sólo aquellas que hayan aprendido a armonizarse de manera óptima con nuestras inclinaciones más secretas e íntimas, con nuestras necesidades más ardientes: ¡bien, busquemoslas de una vez en nuestros laberintos! - en los cuales, como es sabido, son muchas las cosas que se extravían, muchas las cosas que se pierden del todo. (Nietzsche, 2007, pág. 172).

Entiéndase de una forma clara: la paz aquí mostrada, esa armonía interna entre nuestras pasiones y virtudes, esa reconciliación de nuestro lado más amable con nuestras inclinaciones más oscuras, una paz interna que solo puede lograr el guerrero; los hombres de hoy se sienten cargados de muchas virtudes alardeando de ser grandes seres humanos pero en el momento de juzgar lo hacen de forma egoísta, miserable, debido a que sus virtudes están empañadas de prejuicios; ya lo mencionábamos, mejor tener una sola virtud y no muchas que se contradigan entre sí, y lo más importante que si está sola se armoniza con nuestro ser podremos alcanzar ese instante de tranquilidad.

Encontramos ahora el párrafo doscientos quince, el cual nos brinda de nuevo la idea de las diferentes interpretaciones que se pueden hacer de un hecho, en este caso de la guerra y de la paz, las cuales pueden ser vistas desde innumerables perspectivas, y más hoy en día que el hombre en sí mismo es una miserable contradicción que se muestra como el castigo divino, interpretando todo bajo la moral de rebaño, deseando la paz absoluta, pero de esto ya hablamos anteriormente:

Así nosotros los hombres modernos, gracias a la complicada mecánica de nuestro «cielo estrellado», estamos determinados - por morales diferentes; nuestros actos brillan

alternativamente con colores distintos, raras veces son unívocos, - y hay bastantes casos en que realizamos actos multicolores. (Nietzsche, 2007, pág. 173).

Nietzsche nos invita a ver y analizar al hombre que en su tiempo era una de las más elevadas representaciones de la virtud, que de igual manera podemos comparar hoy en día con la misma clase de hombre, El burgués, el hombre que se dice a sí mismo virtuoso, ya sea por su dinero, por su posición social, pero que solo podemos decir que son los bonachones de la mediocridad, de la contradicción, que atentan contra todo espíritu superior. Al ver que se colocan ideales por encima de ellos reaccionan como perros encadenados queriendo morder su presa; esto es, un enfrentamiento, un combate, una guerra entre dos tipos de valoraciones, uno que se muestra como lo que tiene que ser en contraposición con el que quiere ser excepción. El burgués busca igualar todo bajo su mirada y lucha contra el espíritu que podríamos llamar liberador.

En suma, estudiad, psicólogos, la filosofía de la «regla» en lucha con la «excepción»: ¡ahí tenéis un espectáculo que resulta bastante bueno para los dioses y para la malicia divina! O, dicho de modo más actual: ¡viviseccionad al «hombre bueno», al homo bonae voluntatis [hombre de buena voluntad]..., a vosotros! (Nietzsche, 2007, pág. 175).

Continuando con la sección sobre las virtudes encontramos una que juzga a partir del placer y del sufrimiento, que mide el valor de las cosas a partir de ello, por tanto, encontramos valoraciones negativas de la guerra y del sufrimiento que ella trae y valoramos de forma positiva la paz debido al supuesto bienestar que trae. Según Nietzsche juzgar de esta forma no son más que niñeadas ingenuas de hombres que no encuentran una valoración superior y niegan toda voluntad superior; estos buscan anular el dolor de forma radical, pero encontramos necesariamente que esto es negar

la voluntad de poder; es decir, negar el sufrimiento anhelando constantemente la paz y la tranquilidad quedando en una situación de no acción.

Vosotros queréis, en lo posible, eliminar el sufrimiento - y no hay ningún «en lo posible» más loco que ése -; ¿y nosotros? - ¡parece cabalmente que nosotros preferimos que el sufrimiento sea más grande y peor que lo ha sido nunca! El bienestar, tal como vosotros lo entendéis - ¡eso no es, desde luego, una meta, eso a nosotros nos parece un final! Un estado que enseguida vuelve ridículo y despreciable al hombre, - ¡que hace desear el ocaso de éste! La disciplina del sufrimiento, del gran sufrimiento - ¿no sabéis que únicamente esa disciplina es la que ha creado hasta ahora todas las elevaciones del hombre? (Nietzsche, 2007, pág. 183).

Aquí vuelve y se nos muestra la paz positiva y negativa. La primera se muestra como el espacio de bienestar después de la batalla, el momento de reposo es el bienestar que da satisfacción de haber ganado una batalla, debido al sufrimiento necesario. La segunda se nos muestra como un fin, entiéndase aquí en el sentido “Todo acabó”; es decir, la quietud, después de este fin no hay nada. En pocas palabras podríamos decir la muerte de la vida, de la historia de la constante superación de sí mismo y del hombre.

En este mismo fragmento encontramos otra referencia a la paz, aportando a lo anteriormente dicho, pero de una forma que solo podemos entender a la hora de tratar de interpretar las palabras de Nietzsche: “Criatura y creador están unidos en el hombre: en el hombre hay materia, fragmento, exceso, fango, basura, sinsentido, caos; pero en el hombre hay también un creador, un escultor, dureza de martillo, dioses-espectadores y séptimo día: - ¿entendéis esa antítesis?” (Nietzsche, 2007, pág. 183). Vemos precisamente que el hombre creador también tiene su descanso, ese

Séptimo día, tiene su paz luego de la creación; podemos observar igualmente que el hombre creador lleva el martillo, entiéndase este como aquel instrumento que rompe los prejuicios y que al mismo tiempo que destruye crea, pero con nuevas valoraciones, una nueva interpretación de la paz y de la guerra. El hombre creador es el que podríamos decir que conoce la verdadera paz.

Esta nueva interpretación nos tiene que llevar a valorar, según Nietzsche, a la crueldad como fuente de todo lo elevado, de todo aquello que quiere permanecer, esta crueldad constituye el eje fundamental de esta tragedia que es la vida. Tenemos que valorar la guerra como fuente de sufrimiento y a la vez como fuente de las valoraciones superiores, pero dejémoslo claro, la crueldad no significa el deleite o goce del sufrimiento del otro:

En esto, desde luego, tenemos que ahuyentar de aquí a la psicología cretina de otro tiempo, que lo único que sabía enseñar acerca de la crueldad era que ésta surge ante el espectáculo del sufrimiento ajeno: también en el sufrimiento propio, en el hacerse-sufrir-a-sí-mismo se da un goce amplio, amplísimo (Nietzsche, 2007, pág. 189).

Pero cabe notar aquí dos cosas, por un lado, esta crueldad es fuente de vitalidad del guerrero, crueldad contra sí mismo como aquel que busca un ideal más alto que sí-mismo, en esto está el goce; por el otro, podemos tener la crueldad contra nosotros mismos queriendo huirla, queriendo negar la vida misma por la crueldad misma, anhelando que pare el caos mismo interior, la paz eterna. Por tanto, vemos dos perspectivas de la guerra, de la crueldad, vitalista y otra decadente.

En esta sección cabe notar que ya en sus últimos párrafos realiza Nietzsche una exhaustiva reflexión sobre la mujer y sus virtudes, lo cual para nuestra reflexión puede aportar desde el punto

de vista que se mencionó en el capítulo anterior: la mujer como el descanso del guerrero y que, en este capítulo, párrafos anteriores, ya se había mencionado. En esta sección se refuerza y se explica ampliamente la función principal de la mujer para la cultura, Dar a luz hombres vigorosos (Nietzsche F. , 2007, pág. 201) pero hoy en día debido a la masculinización de la mujer ésta ha dejado de desatender nuestra ejercitación en el arte de las armas (Nietzsche F. , 2007, pág. 200); es decir, ya no brinda el apoyo al guerrero, no da al mundo ese hombre lleno de voluntad de poder, se ha vuelto un ser dependiente de otros ideales en este caso de la economía y de la utilidad laboral, ya no brinda descanso al guerrero desatendiéndole; la mujer misma debido a su masculinización ha perdido su esencia tranquilizadora, trayendo como consecuencia la decadencia de la cultura.

Esto es lo que hoy ocurre: ¡no nos engañemos sobre ello! En todos los lugares en que el espíritu industrial obtiene la victoria sobre el espíritu militar y aristocrático la mujer aspira ahora a la independencia económica y jurídica de un dependiente de comercio: «la mujer como dependiente de comercio» (Nietzsche, 2007, pág. 200).

De la misma manera que la mujer ha sido transfigurada por la masculinización y por el creciente espíritu económico rechazando su aporte a la vida misma, la paz y la guerra han perdido su esencia; por un lado, tenemos la dependencia de estos conceptos a la idea mercantil e industrial, y, por el otro, vemos que el ser humano no encuentra un apoyo en el espíritu femenino, esa esencia tranquilizadora después de la batalla que forja hombres fuertes y decididos de disfrutar la existencia. Por tanto, podemos estar en la época donde los conceptos de paz y de guerra se encuentran en completa decadencia; esto es, bajo ideales diferentes que la formación del hombre mismo, a los cuales les oponemos los ideales de paz y guerra nietzscheanos.

Damos inicio en este momento a la sección octava del libro, titulada Pueblos y patrias. Claramente Nietzsche nos muestra temas políticos, nos muestra su concepción de la política y de los pueblos. Primero que todo, debemos entender que aparte de la guerra o la paz que el sujeto lleva en sí mismo encontramos necesariamente estos dos conceptos relacionados con los temas políticos; es decir, la paz y la guerra con el otro, ya no solamente la del guerrero contra sus pasiones sino la del hombre que vive en comunidad. Ya hemos hablado de ello varias veces, en el sentido moral de los pueblos, y cómo la guerra y la verdad están bajo los discursos que dan diferentes perspectivas partiendo desde luego del punto de vista que tiene cada pueblo de lo bueno y de lo malo; esto se da necesariamente por la existencia del otro y de sus opiniones. De igual manera, en el capítulo anterior cuando hablábamos de la guerra a los amigos, mencionábamos que se debe hacer la guerra por y para el amigo y contra el buen enemigo sin dejar de lado nuestra guerra interna, por tanto, ya nuestros conceptos son más claros, por un lado, tenemos la guerra y la paz en el sujeto mismo, pero también la vemos necesariamente en la relación con el otro.

Notamos que Nietzsche da una advertencia de su tiempo, muestra como su Europa, y cosas que podríamos decir que hoy día se han intensificado, está bajo el influjo de las masas, las cuales no tienen criterio y que son solo objetos inconscientes de la voluntad de poder, y por tanto que permiten que en cualquier momento aparezca lo que denominamos “caudillo” y coloque ideales diferentes a los del hombre superior; es decir, que apele a guerras o a momentos de paz solo por intereses económicos, territoriales o cualquier otro ideal de rebaño como los nacionalismos o el culto a las patrias.

Estamos en la época de las masas: éstas se prosternan ante todo lo masivo. Y eso ocurre también in politicis [en los asuntos políticos]. Un estadista que a las masas les levante una nueva torre de Babel, un monstruo cualquiera de Imperio y poder, ése es `grande' para ellas: - qué importa que nosotros los que somos más previsores y más reservados continuemos sin abandonar por el momento la vieja fe, según la cual únicamente el pensamiento grande es el que da grandeza a una acción o a una causa (Nietzsche, 2007, pág. 205).

Notamos, por tanto, lo manipulable que pueden ser las masas cuando están bajo el influjo de algo que se le muestra como grande, como un nuevo monumento para llegar al cielo. Pero no podemos pensar solamente que este que ha de llegar a las masas lo hace de forma negativa; también puede llegar un hombre verdadero con el ideal claro de buscar ciertamente un camino al hombre superior, que les muestre el sentido de la sociedad, que derrumbe esos viejos pilares de monumentos inacabados y oxidados por el tiempo, hombres que lleven a la guerra o a la paz del rebaño, sino a la verdadera, que no apelan a la nación o a la comunidad y si lo hacen es en busca de un ideal más grande o, por lo menos, abrir el camino para que llegue el hombre que le dé un nuevo sentido a la existencia.

Mientras que la impresión global producida por tales europeos futuros será probablemente la de trabajadores aptos para muchas tareas, charlatanes, pobres de voluntad y extraordinariamente adaptables, que necesitan del señor, del que manda, como del pan de cada día; mientras que la democratización de Europa está abocada, por lo tanto, a engendrar un tipo preparado para la esclavitud en el sentido más sutil: en el caso singular y excepcional el hombre fuerte tendrá que resultar más fuerte y más rico que acaso nunca hasta ahora, - gracias a la falta de prejuicios de su educación, gracias a la ingente multiplicidad de su ejercitación, su arte y su máscara (Nietzsche, 2007, pág. 207).

Cuando estamos frente a hombres charlatanes solo esperamos mediocridades, pero cuando estamos frente a hombres grandes puede aparecer lo excepcional. En consecuencia, si hemos comprendido un poco a que se le hace la guerra, aquí tenemos un objetivo bélico claro, guerra contra los charlatanes, contra los que solo quieren convertir al hombre en un ser de rebaño, laborioso, esclavo y sometido bajo la creencia de un mundo liberador.

En esta sección volvemos a recordar algo el Zaratustra, cada pueblo tiene su propia forma de entender la moral: “Cada pueblo tiene su tartufería propia, y la denomina sus virtudes. - Lo mejor que uno es, eso él no lo conoce, - no puede conocerlo” (Nietzsche, 2007, pág. 217). Cada pueblo tiene su idea de lo que es la guerra y la paz, por lo que es difícil comprender desde nuestra interpretación como miembros de una sociedad las concepciones morales de la guerra y de la paz de otros pueblos; en pocas palabras, confirmamos lo dicho anteriormente: depende de la interpretación y de la voluntad de verdad de cada pueblo.

En muchas ocasiones vemos que las voluntades de los pueblos, que sus interpretaciones morales de las cosas, apuntan a la mediocridad, apuntan a la nacionalización de las masas en vez de volver grande al animal hombre, sacar de él al señor: “Es preciso resignarse a que sobre el espíritu de un pueblo que padece, que quiere padecer de la fiebre nerviosa nacional y de la ambición política - pasen múltiples nubes y perturbaciones o, dicho brevemente, pequeños ataques de estupidización” (Nietzsche, 2007, pág. 218). A este tipo de pueblos, ya es claro su porvenir, perturbaciones, sufrimientos, guerras dolorosas que mostrarán la necesidad de abrir un camino a nuevos ideales y tocar por momento esos instantes de tranquilidad, de paz.

Resumiendo, esta sección vemos por tanto un intento de Nietzsche de comparar, analizar y revelar ciertos principios de los pueblos y de las diferentes culturas; claro está de igual manera lanza una crítica a las formas negativas de las diferentes finalidades de los pueblos que distan del hombre, colocando por encima de él a la patria y a la nación y en nuestros días podríamos decir que la democracia es la finalidad de los pueblos y no el hombre. Aquí encontramos frente a la paz y la guerra complementos necesarios para poder realizar una interpretación más o menos adecuada del pensamiento de este filósofo en cuanto a estos conceptos en los diferentes pueblos, culturas y naciones.

Hemos llegado a la última sección, de Más allá del bien y del mal titulada ¿Qué es aristocrático? En este párrafo Nietzsche nos invita a darnos cuenta que es aquello a lo que podemos denotar como de gran valor, aquello que merece imponer nuevas reglas, nuevas tablas de valoración y, sobre todo, nuevas formas de interpretar la vida desde puntos más altos de lo que se ha mirado al ser humano. El tema trabajado en esta sección es el mismo que Nietzsche va a trabajar en la Genealogía de la Moral. Allí nuestro autor desenvolverá un poco más el tema, pero aquí lo relevante es saber desde qué posición o, mejor aún, si podemos encontrar o definir la paz y la guerra desde una perspectiva aristocrática. Sí somos más claros aún: ¿Cómo podemos entender la paz y la guerra desde el punto de vista aristocrático propuesto por Nietzsche?

Dejémoslo claro desde el principio, el origen de la aristocracia radica en la fuerza, pero ya sabemos cuál es esta fuerza: La voluntad de poder ya expuesta anteriormente; es decir, el origen según Nietzsche de la aristocracia es la violencia del más fuerte sobre el más débil, pero cabe la siguiente aclaración:

La casta aristocrática ha sido siempre al comienzo la casta de los bárbaros: su preponderancia no residía ante todo en la fuerza física, sino en la fuerza psíquica - eran hombres más enteros (lo cual significa también, en todos los niveles, «bestias más enteras») (Nietzsche, 2007, pág. 233).

Hombres que no solo poseían la fuerza física sino también una fuerza en el alma, una forma de interpretar la vida; esto es, con ellos encontramos la guerra no como cosa de solo hombres salvajes sino de seres mejor dotados para soportar el dolor, la tragedia misma. La guerra y la paz son valoradas desde una perspectiva superior, desde una perspectiva más allá de lo físico, desde el alma misma como necesidad.

En el párrafo doscientos cincuenta y nueve, ya dicho lo anterior, se observa una bella aclaración sobre en qué momento dentro de la violencia aristocrática puede presentarse la paz, es precisamente cuando todos aquellos que comparten un lugar común valoran de forma similar, donde todos son tratados como iguales desde la perspectiva aristocrática, donde todos tienen la fuerza suficiente, pero no solamente física sino espiritual; es decir, para este tipo de paz no todos están dispuestos, ya que si se quiere tomar como iguales o hacer la paz para todos de la misma manera sin importar dicha fuerza, solo se está rebajando al hombre mismo, al ser aristocrático.

Abstenerse mutuamente de la ofensa, de la violencia, de la explotación: equiparar la voluntad de uno a la voluntad del otro: en un cierto sentido grosero esto puede llegar a ser una buena costumbre entre los individuos, cuando están dadas las condiciones para ello (a saber, la semejanza efectiva entre sus cantidades de fuerza y entre sus criterios de valor, y su homogeneidad dentro de un solo cuerpo). Mas tan pronto como se quisiera extender ese

principio e incluso considerarlo, en lo posible, como principio fundamental de la sociedad, tal principio se mostraría enseguida como lo que es: como voluntad de negación de la vida, como principio de disolución y de decadencia (Nietzsche, 2007, pág. 234).

Pero en especial este párrafo más que mostrarnos ese momento de paz, nos indica que la guerra y los conceptos de explotación o violencia han sido moralizados hasta tal punto que solo se ven en ellos aspectos negativos que pueden ser producto de sociedades enfermas, pero Nietzsche indica lo contrario:

La «explotación» no forma parte de una sociedad corrompida o imperfecta y primitiva: forma parte de la esencia de lo vivo, como función orgánica fundamental, es una consecuencia de la auténtica voluntad de poder, la cual es cabalmente la voluntad propia de la vida. (Nietzsche, 2007, pág. 235).

Por tanto, la guerra es un aspecto natural y la paz solo se da en esos momentos de descanso entre iguales. Este aspecto negativo solo puede provenir de una valoración negativa de la vida, de seres que al no tener la fuerza para tratar entre iguales degenera todo tipo de conceptos, como la paz y la guerra. Esta aristocracia nietzscheana para nuestro tiempo quizá se muestre un poco confusa y la determinemos igualmente negativa, pero por la razón que hoy en día no tenemos la fuerza suficiente para aceptar dichas afirmaciones y que valoramos de una forma meramente esclava:

La moral de esclavos es, en lo esencial, una moral de la utilidad. Aquí reside el hogar donde tuvo su génesis aquella famosa antítesis «bueno» y «malvado»: - se considera que del mal forman parte el poder y la peligrosidad, así como una cierta terribilidad y una sutilidad y fortaleza que no permiten que aparezca el desprecio (Nietzsche, 2007, pág. 239).

El esclavo percibe la guerra aristocrática como lo peor, como el sufrimiento que se padece en manos de hombres crueles. Más aún los esclavos no pueden comprender la paz valorada desde el punto de vista aristocrático, es desconocida para los que niegan la vida valorando desde abajo todo instinto superior, pero este punto, la forma de la valoración aristocrática y esclava, se entenderá mejor al abordar La genealogía de la moral en el capítulo tres de ésta tesis.

Siguiendo con nuestro rastreo hemos llegado al párrafo doscientos setenta y tres, donde encontramos referenciada de forma explícita la palabra “Guerra, pues incluso la guerra es una comedia y sirve de ocultación, de igual modo que todo medio sirve de ocultación a una finalidad” (Nietzsche, 2007, pág. 256). Ya lo hemos dicha varias veces: la guerra y la paz son conceptos que parten de la voluntad de poder y de la forma de interpretar, y toda voluntad quiere algo, por tanto, no solo la guerra sino también la paz son formas de ocultamiento ¿Qué puede ocultar la guerra? Nuevos caminos para el hombre fuerte ¿Qué puede ocultar la paz? La preparación para nuevas guerras. Aquellos que encubren tanto en la guerra como en la paz objetivos que buscan sobrevalorar la vida y la existencia misma tiene como principio fundamental el siguiente: “El alma aristocrática se respeta a sí misma” (Nietzsche, 2007, pág. 263). El aristócrata nietzscheano valora todo concepto que nace de sí, como una causa del hombre superior, que tiene la mirada fija en un horizonte claro y más alto que él mismo, un hombre que tiene el permiso de Nietzsche para poner en su boca cantos de guerra y canciones a la paz.

Un hombre que dice: «Esto me agrada, esto yo me lo apropio y quiero protegerlo y defenderlo contra todos»; un hombre que puede sostener una causa, cumplir una decisión, guardar fidelidad a un pensamiento, retener a una mujer, castigar y abatir a un temerario;

un hombre que tiene su cólera y su espada, y al cual los débiles, los que sufren, los oprimidos, también los animales, se allegan con gusto y le pertenecen por naturaleza, en suma, un hombre que por naturaleza es señor, - cuando un hombre así tiene compasión, ¡bien!, ¡esa compasión tiene valor! (Nietzsche, 2007, pág. 266).

Ya para terminar esta sección cabe notar que Nietzsche acaba este texto con una especie de poema, donde canta para aquellos que están listos para las palabras aquí mencionadas, que desde un principio hicimos notar que no son para todo el mundo. Comprender la paz y la guerra bajo la luz de este texto es problemático, confuso y hasta peligroso para aquel que mal intérprete lo que se encuentra aquí escrito; es más, ya al terminar se puede escuchar un grito de victoria y de paz:

Ahora nosotros, seguros de una victoria conjunta, celebramos La fiesta de las fiestas: ¡El amigo Zaratustra ha llegado, el huésped de los huéspedes! Ahora el mundo ríe, el telón gris se ha rasgado, “El momento de las bodas entre luz y tinieblas ha llegado. (Nietzsche, 2007, pág. 274).

Una paz que parece que no es posible de alcanzar sin la lucha necesaria de guerras que abran el camino al ser aristocrático real, que tiene en su boca nuevas valoraciones y la fuerza del alma necesaria para continuar hacia adelante sin dejarse llevar por falsos ideales.

Por tanto, hemos visto a lo largo de este texto, siguiendo como se dijo al principio una metodología casi guiada por el mismo Nietzsche, difícil de comprender, pero si nos enfrentamos de nuevo al texto con la perspectiva aquí ya mencionadas sobre la paz y la guerra podremos descubrir una nueva forma de entender el mundo y su valoración de la guerra y la paz.

**Conclusiones parciales.**

Al iniciar el análisis del texto observamos que en el prólogo se realiza la advertencia de no dogmatizar los conceptos de paz y guerra, no tomarlos como verdades eternas, no moralizarlos con prejuicios; es más, no se debe considerar a Nietzsche como el filósofo de la guerra y que este la imponga como norma como lo que tiene que ser. Por tanto, al no tener un dogma establecido se puede hablar de la paz o la guerra sin moralizarlas. En la primera sección de los prejuicios de los filósofos, no puede tomarse la verdad por la verdad misma y mucho menos en el caso de la paz y de la guerra, no deberíamos dejarnos llevar por ese instinto del conocer a cualquier precio y sacar la verdad debajo de las piedras.

En cuanto a otro prejuicio se considera que la paz y la guerra son dos conceptos dialécticos, que uno es la antítesis del otro y se superan a sí mismos. La guerra y la paz no son dos conceptos dialécticos, sino complementarios, relacionados y emparentados, el uno requiere de la existencia de otro, se pueden considerar como productos de un constante devenir del juego de la vida que lleva a estar en situaciones de guerra o en situaciones de paz. Cabe entender que esta dinámica permite el desarrollo de las sociedades, no la dialéctica de la guerra y la paz sino el flujo constante que hay de una a la otra. Son dependientes y comparten su esencia, son productos de los instintos y las razones de algunos hombres con ganas de dominación haciendo creer que es momento de guerra y de paz, pero siempre disimulando su objetivo particular, siempre escondiendo una moral. El que quiere gobernar se vale de estos dos conceptos para apelar a sus ideales. Como en el caso colombiano donde los políticos con afán de gobernar juegan y mal interpretan estos conceptos hasta el punto de hacerlos coincidir con sus ideologías políticas dejando entre ver su instinto de

dominación escapando al sentido superior de estos dos conceptos, los cuales deben apuntar a un ideal superior de hombre.

Se observa la paz y la guerra en dos sentidos, como en el Zarathustra, primero la guerra contra aquellos que denigran la vida, que moralizan al hombre, que fundan sus creencias en apariencias, que esconden detrás de su verdad todo un discurso lleno de trasmundos y promesas, que no buscan esa paz del hombre superior; en segundo lugar, vemos la guerra que busca dejarse llevar como ya se dijo por la voluntad de verdad haciéndonos afirmar el renunciamiento a la vida la denigración de la existencia.

La guerra como la paz esconde la voluntad de dominio, y se exagera al hablar de estos dos conceptos. Cuando se habla de la guerra se dice que trae ciertas consecuencias negativas y que la paz es favorable para todos: ahora bien, es necesario entender que son manifestaciones de una voluntad de poder y en esto son similares, comparten su esencia y en ella las dos esconden un principio de auto conservación. La paz y la guerra son efectos de la voluntad de dominio y por tanto radican en las relaciones de poder que se presentan en la vida cotidiana de los seres humanos, llevando a entender porque razón algunos políticos quieren la paz o la guerra ya que solo entran dentro del juego de sus relaciones de poder. De esta manera vemos el parentesco o la relación que se encuentra entre la paz y la guerra desde Nietzsche, producto de la voluntad de poder. Ahora bien, no se olvide que los diversos discursos encubren sentidos completos, voluntades. Una forma clara de ver esto es entender las distintas formas de las culturas al interpretar cualquier concepto, ya que cada cultura encubre con su moral las verdaderas intenciones. De la misma manera cada pueblo habla de la paz y de la guerra.

Interpretar, palabra clave para poder entender la paz y la guerra; desde Nietzsche lo que se hace es interpretar estos dos conceptos sea bajo la luz de alguna cultura, bajo la luz de alguna voluntad de poder por tanto lo que se entienda como paz y guerra es producto de la interpretación tanto de sus causas y consecuencias.

De igual manera entender que la guerra y la paz son partes necesarias de la vida debido a la existencia de una está la otra, las dos tienen algo que aportar a la vida, en ocasiones la guerra y otras la paz siempre y cuando sean por el hombre. Por tanto, vemos en Nietzsche un filósofo que ve la necesidad de la alternancia de la paz y de la guerra en y para la vida del hombre como construcción necesaria de un ideal superior.

Una de las conclusiones a las que podemos llegar y que podemos encontrar en la segunda sección del libro de Nietzsche es cuando observamos que los conceptos de guerra y paz a partir de un discurso proveniente del poder o avalado por él, son catalogados como verdaderos o falsos.

Recuérdese que la verdad de la paz o de la guerra está avalada por discursos de poder; un ejemplo claro es la situación actual de nuestro país donde diferentes sectores del poder han enviado o emitido discursos tachando como verdaderos o falsos ciertos acuerdos alcanzados en una mesa de diálogo con uno de los grupos armados más antiguos de Colombia. En cuanto a esos discursos algunos sectores políticos afirman que dichos acuerdos traen una falsa paz, y dejan entrever en sus palabras intereses políticos, adjudicándose a sí mismos una verdad sobre la paz y la guerra establecida en dichos acuerdos. Por tanto, vemos que la verdad de la paz y de la guerra depende

de los discursos provenientes de diferentes voluntades de poder. Junto a esta conclusión podemos observar que los discursos de poder pueden ir dirigidos de igual manera a la falsa guerra, donde se utilizan las mentiras y los engaños para obtener cualquier otro objetivo diferente a la búsqueda de un hombre superior. Nuestra época está llena de dichos discursos que disfrazan la guerra y la paz bajo falsos ideales convocando a la falsa paz y a la falsa guerra.

Para evitar caer en lo anterior debemos estar atentos a los discursos del vulgo, los cuales están cargados de resentimiento, de moralina; observar que los diferentes pueblos tienen su propia forma de entender la guerra y la paz, para ello cada cultura tiene su propio lenguaje. Se debe tomar la paz y la guerra con un espíritu libre con los pies ligeros, no dogmatizar. Entender estos conceptos desde las alturas recuérdese, esotéricamente. No caer en los prejuicios morales pensando que una prevalece sobre la otra o, al contrario, creyendo que son dos conceptos de una antítesis, cuando una está la otra permanece latente; debemos separar la guerra y la paz de los discursos de poder si, al estilo de Nietzsche, las queremos ver tal y como son, sin apariencias, solo como la necesidad de un medio para un fin superior.

Debemos tratar de comprender desde Nietzsche que todos los conceptos o mejor aún el lenguaje, los discursos que se valen del lenguaje para manifestar una “verdad” a favor o en contra tanto de la guerra como de la paz son manifestación de la voluntad de poder, la guerra y la paz provienen de una misma causa no se diferencian en ello; algunos discursos buscan someter, otros buscan liberar, dichos discursos, provienen del mismo lugar, de la Voluntad de poder.

De igual manera encontramos los discursos sobre la paz y la guerra que apelan a una verdad teniendo en cuenta los grados de satisfacción y de dolor que causan al hombre. Observamos que

Nietzsche da cuenta que la verdad no tiene que ser precisamente fuente de la más alta felicidad. Recuérdese la idea del hombre guerrero el que tiene la fuerza para soportar el destino entre las más grandes verdades del hombre: la muerte. En este sentido aceptar la paz y la guerra no tiene nada que ver con los grados de satisfacción, que sin importar la felicidad o el sufrimiento se debe apuntar a un ideal más alto, al hombre superior. Que la verdad de la paz y de la guerra dependan del máximo ideal humano, la superación del hombre mismo, aceptar la paz o la guerra depende de ello más no de los grados de satisfacción.

La verdad de la paz y de la guerra como vemos ha sido disfrazada con varios discursos llenos de prejuicios, estos conceptos se nos muestran profundos, enmascarados y los hombres libres de moralina podrán ver los daños y beneficios de la paz y de la guerra observando detrás de la máscara, aceptando tanto la una como la otra. Por tanto, existe lo que podríamos llamar una paz negativa y positiva, igualmente con la guerra. Pero aun así no podemos apegarnos a esta idea: debemos enfrentar la guerra y la paz como espíritus libres y entender que tanto la una y como la otra son creadoras de realidades, de culturas y de nuevas formas de entender la vida del hombre en el mundo.

Un ejemplo de la paz negativa es la paz religiosa, la paz del cobarde lleno de resentimiento, una paz llena de prejuicios en contra de los hombres fuertes esperanzada en un castigo divino para sus enemigos. En contraposición a este tipo de paz encontramos la paz del guerrero, la paz que no se resigna, la paz que permite observar el espectáculo del mundo y poder actuar sin resentimiento anhelando solo la vida, la paz de la pausa en el camino para seguir el trayecto, la paz de la ociosidad creadora; esta es la paz positiva la que permite afirmar la vida.

De igual manera encontramos un ejemplo de la guerra negativa aquella que se lleva a cabo en dos sentidos: primero la que tiene el hombre en su interior que busca apaciguar negando sus instintos, una guerra contra sí mismo. Este mismo tipo de hombre anhela la falsa paz, la del descanso eterno y unificador con dios la paz del rebaño. El segundo sentido es la guerra que se lleva a cabo por el espíritu del trabajo, que sin miedo podremos llamar el espíritu globalizador donde se impone la guerra del dinero, la guerra del hombre de éxito, el hombre que vive lleno de ocupaciones, y solo piensa en la guerra para sus propios intereses; de tal manera afirmamos la guerra positiva la cual se justifica a favor del hombre y no tiene ningún otro interés que la superación de este, la guerra que sirve como estímulo de vida. De igual manera que en el capítulo anterior Nietzsche relaciona a la mujer con el concepto de paz y su función para con la cultura. Es ella la que da descanso al guerrero, pues atiende al hombre y lo prepara para la guerra; pero la mujer en nuestro tiempo ha perdido ese instinto de proveer a la humanidad grandes hombres y se ha concentrado a explotar su fuerza laboral. Ridículamente quiere parecerse al hombre perdiendo el privilegio de ser la madre de una gran cultura, esto ha sucedido, según Nietzsche, debido a la masculinización de la mujer. Por lo anterior la paz y la guerra han perdido el respaldo femenino y han aumentado su decadencia, la cultura misma está en decadencia, los pueblos se muestran cobardes y más dependientes de fuerzas distintas a las propias. Una paz que desde Nietzsche hemos encontrado como negativa es aquella que surge del sometimiento a un Estado por temor o por falta de fuerzas.

El pueblo cobarde solo espera la protección de un ser superior. En nuestra época este ser superior ahora es el Estado, quien con su fuerza somete y permite la paz, pero dentro de sus límites y

necesidades mantiene a los ciudadanos pacíficos dentro de sus intereses; de esta manera encontramos Estados despóticos que bajo la amenaza de retirar su protección someten a las personas. De igual manera sucede con las ideologías que se muestran redentoras de la humanidad, haciendo creer que la seguridad depende de ellos: “La hipocresía moral de los que manda”. A este tipo de paz se justifica una guerra, la verdadera guerra la cual traerá consigo la verdadera paz. Observamos que Nietzsche encuentra la democracia como la forma de gobierno del rebaño, donde la paz y la guerra se moralizan bajo la idea que todo conflicto es negativo. Esta moral de rebaño busca igualar y someter al hombre, apaciguarlo y domesticarlo a partir de los principios de la voluntad de la mayoría, la democracia como redentora. Junto al Estado que busca la paz negativa encontramos a los doctos y a los escépticos quienes justifican la paz que busca someter. En este caso vemos que los que promueven la paz negativa y la guerra negativa encuentran un sustento teórico y científico a sus pretensiones en cuanto a la paz y a la guerra. Vemos aquí el Estado y el hombre de ciencia unidos con la idea de mantener la paz negativa, que busca someter en vez de crear hombres verdaderamente libres. Frente a esto con Nietzsche encontramos “la guerra de la gran política” la cual apunta a combatir los falsos idearios de la paz. Una guerra que está a favor de la vida. Una guerra que no busca el aniquilamiento del otro sino luchar contra las valoraciones negativas de la vida, una guerra contra la mala valoración moral de la vida y por tanto de la paz y de la guerra.

Una de las conclusiones más relevantes que podemos encontrar es la paz reconciliadora en comparación con la paz negativa, luego de la lucha que lleva el guerrero dentro de sí, triunfa y surge la paz interna, la reconciliación de sus virtudes con su lado más oscuro. Esta paz lleva al guerrero anhelar más la vida a seguir viviendo, demostrando que la paz es posible luego de la

guerra, de la buena guerra. El guerrero se diferencia del hombre mediocre ya que coloca ideales o valoraciones por encima del hombre mismo, dinero, política, trabajo; dos formas de interpretar los conceptos de guerra y paz uno superior y otro inferior, el primero busca una nueva valoración de nuestros conceptos que nos llevan amar más la vida y el segundo invita a despreciar la existencia y someter nuestras voluntades. Nosotros hombres del siglo XXI somos altamente influenciados, hombres de masas, hombres de redes sociales, que actúan por pasiones sin criterio que al momento de ver algo aparentemente grande se muestra dispuesto a seguirlo perdiendo su libertad.

Ya para ir terminando estas conclusiones parciales cabe mencionar que toda la perspectiva nietzscheana está atravesada por su ideal de la diversidad de interpretaciones morales que se dan de los diferentes hechos en el mundo, y desde este punto de vista cabe observar que la paz y la guerra aquí analizadas se encuentran de igual manera bajo una valoración moral, entiéndase esta la que proviene de una valoración aristocrática de la vida, pero no una aristocracia del dinero o de escalafones sociales sino una aristocracia que proviene de la misma voluntad de poder. Al tener hombres de gran valor tratándose como iguales dentro de una cultura que busca un objetivo más alto, solo entre ellos podrá existir la verdadera paz.

### 3. El concepto de la paz y de la guerra en la “genealogía de la moral”

Cabe dejar claro dos cosas; primero, que la Genealogía al igual que Más allá del Bien y del Mal trabajado en el capítulo anterior se muestra como una herramienta para la interpretación del pensamiento del filósofo alemán; y, segundo, que en este capítulo nos apoyaremos del escrito también de Nietzsche titulado La voluntad de poder (Nietzsche F. , 2006) con el objetivo de ampliar las perspectivas y la interpretación de la filosofía del autor alemán.

Deleuze, en su escrito, dedica una sección a este libro titulada El plan de la genealogía (Deleuze, 1971, pág. 123) donde nos muestra los temas trabajados: “La primera disertación trata del resentimiento, la segunda de la mala conciencia, la tercera del ideal ascético: resentimiento, mala conciencia e ideal ascético, son las figuras del triunfo de las fuerzas reactivas, y también las formas del nihilismo” (Deleuze, 1971, pág. 124). Estas tres secciones nos darán claridad sobre los “hombres decadentes” y los “hombres superiores”; hablando en términos de Paz, nos mencionan cuáles son los que están preparados para la Guerra y cuáles no, cuáles están preparados para la vida y cuáles reniegan de ella.

Hemos llegado a uno de los escritos que se caracterizan por ser uno de los más estudiados y criticados, como seguro lo pretendió su autor, La genealogía de la moral. Un escrito polémico (Nietzsche, 2005). Antes de iniciar con el rastreo de nuestros conceptos y el abordaje directo del escrito de Nietzsche, una vez más nos remitimos al texto de G. Deleuze Nietzsche y la filosofía (Deleuze, 1971) donde encontramos aclaraciones sobre esta obra nietzscheana, así como del

objetivo marcado y las ideas allí planteadas. En la primera sección se nos muestra cómo el hombre bajo crea un resentimiento frente al noble, una voluntad reactiva frente a una fuerza que afirma. “Nietzsche presenta el resentimiento como «una venganza imaginaria», «una venganza esencialmente espiritual” (Deleuze, 1971, pág. 124). Cuando el hombre bajo mira hacia arriba se siente impotente y hace lo posible para estar por encima sin tener la fuerza para ello; dicho lo anterior se observa la segunda sección que es un resultado de las fuerzas reactivas: el hombre inferior al ver que no puede contra el hombre noble invierte esa fuerza hacia sí mismo. Es un resentimiento que no se puede ejercer, por tanto, se interioriza en el sujeto causándole así mismo una conciencia, pero una mala conciencia de lo que es el mundo: “La segunda disertación subraya a su vez que la mala conciencia no es separable de «hechos espirituales e imaginarios». La mala conciencia es por naturaleza antinómica, al expresar una fuerza que se vuelve contra sí misma. En este sentido, se halla en el origen de lo que Nietzsche llamará «el mundo invertido»” (Deleuze, 1971, pág. 125). Se entiende mejor lo anterior con las siguientes palabras, también de Deleuze:

El resentimiento decía: «Es culpa tuya», la mala conciencia dice: «Es culpa mía». Pero precisamente el resentimiento no se apacigua hasta que su contagio no se ha extendido lo suficiente. Su objetivo es convertir la vida en reactiva, hacer enfermar a los que gozan de buena salud” (Deleuze, 1971, pág. 186).

Ya en la última sección titulada El ideal ascético, la cual es una conclusión necesaria de los dos capítulos anteriores, en el primero es el resentimiento, el segundo la mala conciencia y el tercero nos muestra como esa mala conciencia se convierte en ideal, aquel que niega la vida el que niega la existencia misma y su tragedia, dando paso al nacimiento del sacerdote, el pacifista, el hombre incapaz de afirmar la existencia por sí mismo. Nace así el que convierte la nada en un mundo

posible, aquel que prefiere querer la nada que querer la vida, querer la tranquilidad, la ausencia de conflicto, una falsa paz, la que le quita la fuerza y la dignidad al ser humano: “El ideal ascético remite finalmente a la más profunda mixtificación, la del Ideal que comprende a todas las demás, a todas las ficciones de la moral y del conocimiento” (Deleuze, 1971, pág. 125). Es decir, engrandece la decadencia, le da dignidad al renunciamiento del mundo, justifica la pobreza de espíritu, vuelve cobarde y pacífico al hombre y le da la noción de pecado; por ello, tener fuerza y querer la guerra es pecado.

Ahora bien, sabiendo ya de forma general de que trata el texto de Nietzsche, cabe una pregunta:

¿Qué significa precisamente la palabra Genealogía? Foucault en su texto Genealogía del racismo nos dice: “He aquí, así delineada, lo que se podría llamar una genealogía: redescubrimiento meticuloso de las luchas y memoria bruta de los enfrentamientos” (Foucault, 2000, pág. 18). Por tal razón es necesario el estudio de la genealogía ya que con ella podemos entender el origen del enfrentamiento, el origen de donde surgieron las diferencias entre la Paz y la Guerra, el origen de la lucha entre aquellos hombres decadentes y los hombres que afirman la vida; en pocas palabras, el origen del miedo a la Guerra y el culto a la Paz. Pero recuérdese que si es una Paz de esclavos no es lo suficientemente valiosa como para ser tomada en cuenta.

Dando paso al texto como tal, iniciamos aclarando qué se puede entender por bueno y por malo. En el primer tratado de la Genealogía de la moral, titulado Bueno y malvado, bueno y malo (Nietzsche, 2005, pág. 33) se hace dicha explicación, y para el tema de este trabajo se hace necesario comentar este punto y así podremos hallar una interpretación más cercana a la filosofía

de Nietzsche sobre la paz y la guerra determinando cuál podría ser catalogada como buena y como mala. Nótese la diferencia entre malo y malvado, esto surge debido a la transvaloración de los valores. Nietzsche entendió lo bueno como:

«Originariamente -decretan- acciones no egoístas fueron alabadas y llamadas buenas por aquellos a quienes se tributaban, esto es, por aquellos a quienes resultaban útiles; más tarde ese origen de la alabanza se olvidó, y las acciones no egoístas, por el simple motivo de que, de acuerdo con el hábito, habían sido alabadas siempre como buenas, fueron sentidas también como buenas -como si fueran en sí algo bueno.» (Nietzsche, 2005, pág. 37).

Es decir, vemos una interpretación sobre lo bueno. No es la utilidad, no es la acción desinteresada que se convierte en hábito, no es la paz de la buena acción sino más bien la valoración de aquellos que se sentían a sí mismos como buenos. ¿Pero quiénes eran estos que se decían a sí mismos buenos?:

Antes bien, fueron «los buenos» mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos, o sea como algo de primer rango, en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo” (Nietzsche, 2005, pág. 37).

Vemos, por tanto, que la bondad no radica en las almas de “buen corazón” sino en los hombres que afirman su existencia, los que tienen el derecho de denominarse a sí mismos como buenos debido a su carácter a su posición frente a la vida. Aquí tenemos de igual manera el origen de lo malo entendido como lo bajo, como aquello que no tiene la fuerza para afirmarse como un ser

digno de llevar a la vida al punto más alto. Encontramos entonces el primer enfrentamiento de dos voluntades que se designan a sí mismas por su fuerza y deseo de vida.

En primer lugar, la voluntad del guerrero, que según Nietzsche es catalogado como el hombre bueno, fuerte, vigoroso en contraposición de una segunda voluntad, la de un hombre débil, bajo, sin fuerzas, enfermo. Notamos así que el hombre preparado para la Guerra es aquel que tendríamos que llamar como el bueno, y precisamente aquel que no tiene fuerza y apela a la Paz es el hombre bajo: “no deben confundirse dos tipos de moral: una moral con la que se defienden los instintos sanos contra la decadencia creciente, y otra con la cual esta decadencia se formula, se justifica y se avanza” (Nietzsche F. , 2006, pág. 203). Claro está que Nietzsche entiende estos conceptos, bueno y malo, a partir de un estudio filológico:

Creo estar autorizado a interpretar el latín bonus [bueno] en el sentido de «el guerrero»: presuponiendo que yo lleve razón al derivar bonus de un más antiguo duonus (véase bellum = duellum = duenlum, en el que me parece conservado aquel duonus). Bonus sería, por tanto, el varón de la disputa, de la división (dúo), el guerrero: es claro, aquello que constituía en la antigua Roma la «bondad» de un varón. (Nietzsche, 2005, pág. 43).

Como vemos entonces la fuerza de un hombre bueno radicaba en la capacidad de afirmación de sí mismo en contra de la decadencia; es decir, luchaba, hacía la Guerra contra los instintos bajos. En esto radicaba la bondad del hombre superior, “el honor, además, como reconocimiento de lo semejante y de lo equivalente” (Nietzsche F. , 2006, pág. 198).

Precisamente en el apartado siete del primer tratado de la Genealogía de la moral se expone la rivalidad entre el hombre sacerdotal de donde surgen los resentimientos contra el hombre superior. Es precisamente esa casta sacerdotal que se siente impotente por falta de fuerzas para afirmar la vida de igual manera como lo hace el hombre honorable, y es el sacerdote el que invierte la forma de valorar del hombre superior; es decir, pone la vida boca abajo como forma de defensa y ataque contra el fuerte. Tenemos entonces aquí una Guerra, un conflicto entre dos formas de valorar la vida misma:

Los juicios de valor caballeresco-aristocráticos tienen como presupuesto una constitución física poderosa, una salud floreciente, rica, incluso desbordante, junto con lo que condiciona el mantenimiento de la misma, es decir, la guerra, las aventuras, la caza, la danza, las peleas y, en general, todo lo que la actividad fuerte, libre, regocijada lleva consigo. La manera noble-sacerdotal de valorar tiene –lo hemos visto- otros presupuestos: ¡las cosas les van muy mal cuando aparece la guerra! Los sacerdotes son, como es sabido, los enemigos más malvados - ¿por qué? Porque son los más impotentes. (Nietzsche F., 2005, pág. 45)

Esa impotencia es la que invita a la Paz pero es una que nace del resentimiento; es decir, una Paz enferma contaminada de juicios de valor nacidos del odio: “A causa de esa impotencia el odio crece en ellos hasta convertirse en algo monstruoso y siniestro, en lo más espiritual y más venenoso” (Nietzsche F. , 2005, pág. 46). De igual manera lo expresa Nietzsche en La voluntad de poder: “El odio contra los privilegios del cuerpo y del alma. Estamos ante la rebelión de los odiosos, de los fracasados, contra los bellos, orgullosos y bien humorados. El odio de los mediocres contra los más dotados” (Nietzsche F. , 2006, pág. 213).

Notemos aquí la Guerra y la Paz en dos sentidos: de un lado, el tipo de Guerra contra los instintos decadentes y la Paz entre iguales que solo el hombre “Noble” entiende; y, del otro, vemos la Guerra contra estos hombres superiores y la Paz entre hombres débiles no dotados de un espíritu que afirme la existencia. Es precisamente aquí donde Nietzsche dice que quedó todo boca abajo, pues hoy se valora al hombre decadente y se desecha, o mejor aún, se le teme a la forma de valorar del hombre noble:

Esa inversión, a saber, «¡los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranza, - en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad, los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!...» (Nietzsche F., 2005, pág. 46).

Para decirlo de otra forma, esta inversión de los conceptos, donde el noble pasa a ser el maldito y donde el miserable pasa a ser el bueno, se puede entender como la Paz de los esclavos o en palabras de Nietzsche La rebelión de los esclavos (Nietzsche F., 2005, pág. 47). Es la Guerra de los impotentes disfrazada de juicios morales que con la ayuda de los sacerdotes ha ganado gran terreno en la historia de la humanidad dando por entendido una forma de valorar el mundo de abajo hacia arriba negando toda afirmación. Quizá pueda entenderse la razón por la cual en nuestro tiempo no encontramos una verdadera Paz, ya que está fundada en pensamientos de odio y resentimientos frente a una clase de hombre que no lo podemos considerar como el malvado sino como un ser que tiene un ideal para la vida, pero pareciera más aún que nuestro tiempo no está preparado para este tipo de hombre y continuamos con pastores de rebaño que hacen la Guerra a

los instintos fuertes, predicando la Paz de los mediocres. Invasión a países, con justificación moral de llevar la democracia, como si lo hicieran desinteresadamente, que ellos llevan en sí el bien, la Paz anhelada; por tanto, una Paz inventada a una guerra inventada contra los instintos fuertes, solo por el hecho de no tener la voluntad ni la fuerza suficiente para una gran afirmación.

Lo anterior nos abre la puerta a la explicación de cómo la fuerza del esclavo, del hombre bajo, es una fuerza que reacciona frente a otra fuerza; encontramos en este punto la idea que el hombre fuerte es pura fuerza activa contra la cual reacciona la fuerza del resentimiento, fuerza activa y reactiva. Pero expliquémoslo mejor, el hombre superior es fuerza activa y reactiva al mismo tiempo:

En este sentido, el tipo activo no es un tipo que contendría exclusivamente fuerzas activas; expresa la relación «normal» entre una reacción que retarda la acción y una acción que precipita la reacción. El señor es llamado a re-activar, precisamente porque activa sus reacciones. El tipo activo engloba pues las fuerzas reactivas, pero en tal estado que se definen por un poder de obedecer o de ser activadas. El tipo activo expresa una relación entre las fuerzas activas y las fuerzas reactivas, tal como estas últimas son activadas. A partir de aquí se comprende que una reacción no basta para provocar un resentimiento. El resentimiento designa un tipo en el que las fuerzas reactivas prevalecen sobre las fuerzas activas. (Deleuze, 1971, pág. 157).

De un lado, el señor es el que actúa y reacciona de forma positiva, el que podríamos entender como el que hace la verdadera Guerra y la verdadera Paz; el que reacciona a la Guerra y la retarda con un sentimiento adecuado de Paz o a la inversa, el que reacciona a la Paz y acelera la Guerra como necesidad; fuerzas activas y reactivas que se podrían llamar positivas, una afirmación de sí

mismo. De otro lado, tenemos la fuerza del hombre bajo, que se podría entender solo como hombre de fuerzas reactivas en el que no prevalece ningún actuar activo sino el actuar reactivo. Mientras el hombre noble es acción y reacción necesaria, el hombre que niega solo es fuerza reactiva: “la moral de los esclavos necesita siempre primero de un mundo opuesto y externo, necesita, hablando fisiológicamente, de estímulos exteriores para poder en absoluto actuar, - su acción es, de raíz, reacción” (Nietzsche F. , 2005, pág. 50).

El hombre bajo no es acción, no es guerra, no es determinación, en sí mismo no afirma nada. Necesita de otros para poder actuar, es un hombre que podríamos llamar estéril en su acción; en pocas palabras, quietud pura, felicidad en la quietud. Si no es por los hombres activos en sí mismos, estos seres, en comparación con las rocas, serían similares, pero por fortuna de ellos existen los grandes hombres que al mismo tiempo permiten que el hombre del resentimiento tenga por lo menos un atisbo de la existencia y quiera actuar, quiera tomar posición frente al hombre noble.

Todo esto muy en contraposición con la felicidad al nivel de los impotentes, de los oprimidos, de los llagados por sentimientos venenosos y hostiles, en los cuales la felicidad aparece esencialmente como narcosis, aturdimiento, quietud, paz, «sábado», distensión del ánimo y relajamiento de los miembros, esto es dicho, en una palabra, como algo pasivo. (Nietzsche F., 2005, pág. 52).

De lo anterior podemos encontrar una diferenciación clara entre las dos formas de ver la Paz y la Guerra, mientras el hombre superior ve estos dos conceptos como acción pura, el hombre bajo ve en la Guerra la posibilidad de la no acción, es decir ve en ella la Paz, la quietud, el descanso, el fin del camino. A partir de lo anterior el hombre decadente al verse impotente al no poder utilizar

la fuerza y teniendo como horizonte la voluntad del hombre superior denomina al fuerte como el bárbaro, mientras que se denomina a sí mismo como el bueno, el indefenso el impotente que tiene derecho a la vida y a la Paz.

Este mismo hombre, el bajo, es el que lleva consigo, sea dicho una vez más, la Guerra negativa y la Paz negativa. Este es el hombre que gobierna nuestro mundo actual. Comparemos la política mundial actual: dirigentes, pastores de rebaño, presidentes de masas, que ocultan bajo su discurso intereses propios del vicio, como la avaricia, personas que engañan, que poseen la habilidad para encubrir todo lo grande con vestuarios de miseria. Mírese los conflictos del siglo XXI, disfrazados de falsos ideales, la Paz mundial a pesar de todo, recuérdese la invasión a Irak motivada solo por intereses económicos y políticos que se mostraban como la alternativa de acabar el terrorismo en cierta parte del mundo.

En el texto *La voluntad de poder* encontramos una gran diferenciación entre los dos tipos de Paz, la del hombre noble y la del hombre decadente. Podemos decir que la paz para los dos sigue siendo la no acción, la nada, pero con la diferencia que para el hombre superior esta nada, esta negación, le permite crear a partir de ella. Para este hombre negar, por ejemplo, la existencia de valores le permite crear; negar la existencia de un dios le permite tomar la vida por sí mismo; esa Paz tomada como descanso le permite actuar nuevamente, pero el hombre bajo ama la nada entendiéndola como la posibilidad de vida. “El nihilismo tiene doble sentido: A) El Nihilismo como signo de creciente poder del espíritu: nihilismo activo. B) El nihilismo como decadencia y retroceso del poder del espíritu” (Nietzsche., 2006, pág. 45). Esta decadencia es la que está llevando a nuestro mundo al borde del abismo, a tal punto que la vida y la existencia de un ser

noble ya casi no es posible a menos que nos permitamos una nueva valoración de todos los conceptos, entre ellos las Paz y la Guerra.

Volviendo de nuevo a la Genealogía de la Moral en el párrafo once encontramos una característica del hombre noble, aquel que necesita escapar del tedio de la comunidad, ya que la ve como la construcción de hombres negativos que no se enfrentan a la vida y, por tanto, el noble tiende a escapar de dicha Paz, escapa al peligro de la selva, donde prevalece la fuerza allí donde el riesgo y la lucha se hace constante:

Allí disfrutan la libertad de toda constricción social, en la selva se desquitan de la tensión ocasionada por una prolongada reclusión y encierro en la paz de la comunidad, allí retornan a la inocencia propia de la conciencia de los animales rapaces, cual monstruos que retozan, los cuales dejan acaso tras sí una serie abominable de asesinatos, incendios, violaciones y torturas con igual petulancia y con igual tranquilidad de espíritu que si lo único hecho por ellos fuera una travesura estudiantil, convencidos de que de nuevo tendrán los poetas, por mucho tiempo, algo que cantar y que ensalzar. (Nietzsche F. , 2005, pág. 54)

Entiéndase este amor a la violencia como el amor a la vida misma, aquella que intenta ser superada. Aquí vale la pena destacar la idea de comunidad formada a partir de la Paz, pero ya se ha dicho varias veces, es una Paz de rebaño, una comunidad de sirvientes, de esclavos de hombres que niegan la existencia, por tanto se muestra aquí la comunidad como el lugar seguro de los débiles, aquel lugar donde se está a salvo de la fuerza del hombre noble y hoy en día aún más, comunidades que han sido formadas para la vida pacífica, la cual ha surgido como el producto de un acostumbamiento mediante mecanismos de formación para la Paz, mecanismos de decadencia

del hombre contemporáneo que busca huir a los peligros de la vida los cuales son buscados por el hombre de una valoración superior. Las sociedades de hoy, como lo diría Michel Foucault, son sociedades normalizadas, disciplinadas, al decir esto en pocas palabras queremos decir sociedades domesticadas, sumisas y pacíficas, comunidades que “definirán un código que no será el de la ley, sino el de la normalización” (Foucault, 2000, pág. 38); esto quiere decir apaciguamiento de las fuerzas. Las sociedades de hoy temen a la Guerra debido a que dicha normalización es arrebatarse al hombre su deseo de poder de dominio, el deseo de hacer la Guerra, hombres domésticos y débiles que ya no tienen nobleza ni afán por ser verdaderos guerreros.

Este hombre que ya no aspira a la grandeza y sí a sociedades pacíficas ha sacado del hombre mismo ese sentimiento natural, ese sentirse un animal que ama su naturaleza y lo ha vuelto muy humano, en palabras de Nietzsche lo ha vuelto Humano demasiado Humano.

Suponiendo que fuera verdadero algo que en todo caso ahora se cree ser «verdad», es decir, que el sentido de toda cultura consistiese cabalmente en sacar del animal rapaz «hombre», mediante la crianza, un animal manso y civilizado, un animal doméstico, habría que considerar sin ninguna duda que todos aquellos instintos de reacción y resentimiento, con cuyo auxilio se acabó por humillar y dominar a las razas nobles, así como todos sus ideales, han sido los auténticos instrumentos de la cultura (Nietzsche F. , 2005, pág. 56)

Ya sabemos qué tipo de hombre consiguió dicho apaciguamiento, efectivamente el hombre del resentimiento, el reactivo, el que no tiene fuerza para lograr un ideal superior, por tanto, se valió de estrategias para lograrlo y lo ha conseguido: ha transformado al animal salvaje hombre en una

oveja que teme de ser raptada y necesita de la comunidad que lo proteja porque por sí solo ya no es capaz.

Quizá lo más peligroso es que este hombre se ha puesto como ideal encontrando en sí mismo una meta que a nuestros ojos descubrimos que es falsa, que derrumba todos los instintos superiores del ser humano convirtiéndolo en un ser digno de compasión en el que no encontramos ya razón alguna para volver a creer en él.

No es el temor; sino, más bien, el que ya nada tengamos que temer en el hombre; el que el gusano «hombre» ocupe el primer plano y pulule en él; el que el «hombre manso», el incurablemente mediocre y desagradable haya aprendido a sentirse a sí mismo como la meta y la cumbre, como el sentido de la historia, como «hombre superior». (Nietzsche F., 2005, pág. 57)

En fin, la Paz y la Guerra han sido trastocadas tomando en sí mismas nuevos y falsos valores; ya nada que temer dice el hombre mediocre ya todo peligro ha pasado, son tiempos de vida, pero de vida decadente donde ya la misma vida no tiene dignidad de ser vivida todo por la falta de ese sentimiento de Guerra que engrandece al hombre noble, ese decirle sí al peligro y a la superación superior y a las grandes cosas que el hombre fuerte puede conseguir mediante la fuerza, entiéndase Voluntad de poder.

En el fondo nos sobreponemos a todo lo demás, puesto que hemos nacido para una existencia subterránea y combativa; una y otra vez salimos a la luz, una y otra vez experimentamos la hora áurea del triunfo, - y en ese momento aparecemos tal como nacimos, inquebrantables, tensos, dispuestos a conquistar algo nuevo, algo más difícil, algo

más lejano todavía, como un arco a quien las privaciones lo único que hacen es ponerlo más tirante. (Nietzsche F. , 2005, pág. 58)

Antes de terminar el primer tratado de este escrito nietzscheano cabe recordar la advertencia que se mencionó, o mejor aún, la aclaración que se realizó en el primer capítulo, precisamente no hay que confundir la guerra bélica de exterminio de una población mediante la destrucción masiva como se llevó a cabo en el siglo anterior, cuando hablamos de Guerra y Paz hacemos referencia a una Guerra y a una Paz espiritual, que esta lleve consigo quizá a un enfrentamiento entre dos poblaciones no quiere decir que precisamente sea la aniquilación del otro la forma de solucionar las diferencias entre morales o entre las formas de valorar la vida. Recordemos que Nietzsche, en vez de querer llegar a la destrucción de un pueblo mediante la barbarie, anhela y aspira a conservar la vida y llevarla a puntos más altos.

Incluso podría decirse que entre tanto la lucha ha sido llevada cada vez más hacia arriba y que, precisamente por ello, se ha vuelto cada vez más profunda, cada vez más espiritual: de modo que hoy quizá no exista indicio más decisivo de la «naturaleza superior», de una naturaleza más espiritual, que estar escindido en aquel sentido y que ser realmente todavía un lugar de batalla de aquellas antítesis. (Nietzsche F. , 2005, pág. 67)

Por tanto, hacer la Guerra bélica o la Paz mediante las armas no es la forma nietzscheana de entender esta dualidad sino más bien es una Guerra de fuerzas espirituales hablando en el sentido de quienes están mejor preparados para llevar la vida, y por eso mencionábamos anteriormente la decadencia de nuestras guerras que ocultan ideales falsos: ¿quién más que el hombre de rebaño y el resentido quiere completamente aniquilar y negar la existencia del otro? Y nos atrevemos afirmar que el hombre superior no requiere exterminar al otro, antes bien, le permite vivir para

superarlo, para tenerlo como fuente de alimento espiritual y, siendo quizá crueles, los necesita para que le sirvan.

Un hombre noble no necesita aniquilar al otro, qué le importa a él si la larva se retuerce en el fango; le interesa más bien que este animal rastrero encuentre el camino de la dignidad de la vida y le abre las puertas a una existencia superior. Recuérdese lo que ya mencionábamos en el Zaratustra, es el hombre superior el que quiere abrir caminos, el que baja al pueblo y declara la muerte de dios para que tomemos nuestra existencia por nuestra propia cuenta.

Hemos llegado al tratado segundo de la Genealogía de la moral titulado Culpa, mala conciencia y similares, del cual ya hemos hablado un poco al inicio de este capítulo, por ende, nos limitaremos a encontrar las referencias que se hacen a la Paz y a la Guerra. Cabe notar anticipadamente que la negatividad o el juicio moral que se hace de la Guerra es debido a la impotencia del hombre bajo al proyectar la fuerza hacia afuera y, consecuentemente, la interioriza ocasionando un sufrimiento interno. El hombre bajo la ve como algo perverso, ya que no tiene la fuerza ni la capacidad de realizar la Guerra contra aquello que le causa sufrimiento; es decir, tenemos la Guerra contra sí mismo.

Al inicio de este apartado se nos hace referencia a la fuerza activa del olvido, la que posee el hombre superior para seguir viviendo, el hombre que no es afectado por remordimientos el que posee la fuerza activa como tal:

Capacidad de olvido, una guardiana de la puerta, por así decirlo, una mantenedora del orden anímico, de la tranquilidad, de la etiqueta: con lo cual resulta visible en seguida que sin capacidad de olvido no puede haber ninguna felicidad, ninguna jovialidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ningún presente. (Nietzsche F. , 2005, pág. 76).

Esta jovialidad es la que le permite al hombre superior tener una Paz; es decir, vemos aquí la Paz como el olvido de algún sufrimiento y vemos esta fuerza activa como condición necesaria de la Paz positiva; nótese para nosotros un consejo necesario, para un país que se encuentra en un momento coyuntural en búsqueda de una Paz estable, verdadera y duradera.

Pero debemos tener cuidado con algo, recuérdese que el hombre superior es él mismo fuerza activa y reactiva, es decir el mismo hombre superior se forma a sí mismo una memoria para no olvidar de alguna manera los valores superiores y sus promesas.

Es un activo no-querer volver- a-liberarse, un seguir y seguir queriendo lo querido una vez, una auténtica memoria de la voluntad, de tal modo que entre el originario «yo quiero», «yo haré» y la auténtica descarga de la voluntad, su acto, resulta lícito interponer tranquilamente un mundo de cosas, circunstancias e incluso actos de voluntad nuevos y extraños, sin que esa larga cadena de la voluntad salte (Nietzsche F. , 2005, pág. 76).

Es el hombre que olvida para no mantener el sufrimiento y así no generar resentimiento alguno, pero para conservar lo grande se crea a sí mismo una memoria, que lo sigue conduciendo a metas superiores sin perder el rumbo. A este hombre, debido a su fuerza, a su querer ser y a seguir siendo el mismo, se le permite realizar promesas que apunten a un valor más alto de sí mismo. Entiéndase aquí que para las promesas se requiere dos cosas, la primera, valor para cumplirlas y, la segunda,

memoria para recordarlas. En contraposición a este ser encontramos nuevamente al hombre bajo, al que no le es lícito hacer promesas no porque no se le permita sino porque no tiene la fuerza suficiente para cumplirlas, el que pareciera que no es capaz de crear en sí mismo una memoria activa. El hombre noble crea la conciencia de sí mismo.

Cuando el hombre de gran valor se enfrenta a otro y entre los dos contraen un acuerdo se genera la promesa de cumplirlo, por tanto, el hombre que no cumple tiene que pagar de alguna manera. Si esto no llegase a suceder el hombre que incumple cae bajo el poder del otro, generalmente el hombre que no cumple es el hombre bajo y, por eso:

En la teoría clásica, el derecho de vida y muerte era uno de los atributos fundamentales de la soberanía. Pero este derecho es, a nivel teórico, muy extraño. ¿Qué significa tener derecho de vida y muerte? Decir que el soberano tiene este derecho equivale en cierto sentido a decir que puede hacer morir o dejar vivir. (Foucault, 2000, pág. 193).

De lo anterior se puede entrever que el origen de la guerra es el incumplimiento de una promesa “de la relación contractual entre acreedor y deudor” (Nietzsche F. , 2005, pág. 83) y que la Paz se entendería como el cumplimiento de la palabra entre dos tipos de hombre que valoran la vida al mismo nivel.

Cabe destacar que el incumplimiento de la promesa le da al hombre superior la oportunidad de cobrarse causando algún dolor al hombre bajo. Nietzsche descubre que en el causar dolor hay cierto placer, y en nuestras palabras podríamos decir que en la guerra hay, igualmente, cierto placer. Se liberan resentimientos, se expone al débil frente al yugo del fuerte, se le da a entender

al hombre bajo que no le es lícito hacer promesas y que debe abstenerse de ello, que lo único que le queda sino quiere sufrir algún perjuicio es darle valor a su vida, a su palabra y a sus promesas, darle sentido a la existencia porque, de lo contrario, solo se expone al sufrimiento entendido como castigo.

Preguntemos una vez más: ¿en qué medida puede ser el sufrimiento una compensación de «deudas»? En la medida en que hacer-sufrir produce bienestar en sumo grado, en la medida en que el perjudicado cambiaba el daño, así como el desplacer que éste le producía, por un extraordinario contra-goce: el hacer-sufrir, - una auténtica fiesta, algo que, como hemos dicho, era tanto más estimado cuanto más contradecía al rango y a la posición social del acreedor (Nietzsche F. , 2005, pág. 85).

Las Guerras según Nietzsche brindan goce al hombre superior. Se pregunta de igual manera este filósofo si acaso las Guerras no tenían como finalidad última brindar un espectáculo de entretenimiento a los mismos dioses; claro, esta Guerra se convierte como el perfume que agrada a los dioses, ese cruel circo de la violencia: “¿Qué sentido último tuvieron, en el fondo, las guerras troyanas y otras atrocidades trágicas semejantes? No se puede abrigar la menor duda sobre esto: estaban concebidas como festivales para los dioses” (Nietzsche F. , 2005, pág. 90).

Hasta este punto hemos hablado de la mano de Nietzsche en cuanto a la relación entre hombre, pero el párrafo nueve de la segunda sección de la Genealogía nos muestra la relación entre el hombre y la sociedad. Esta última garantiza al hombre que vive en ella un estado de tranquilidad y de Paz, un alejamiento de todo peligro siempre y cuando el hombre que vive en ella se comprometa a cumplir con su promesa de no transgredir las normas que se establecen dentro de

los muros de una ciudad, ya que si atenta contra lo establecido en su promesa será catalogado como un delincuente. Una vez más vemos que los estados de Guerra y de Paz tienen su origen en el incumplimiento de las promesas, en la falta a la palabra entre hombres que no poseen el mismo valor.

El delincuente es un deudor que no sólo no devuelve las ventajas y anticipos que se le dieron, sino que incluso atenta contra su acreedor: por ello a partir de ahora no solo pierde, como es justo, todos aquellos bienes y ventajas, - ahora, antes bien, se le recuerda la importancia que tales bienes poseen. La cólera del acreedor perjudicado, de la comunidad, le devuelve al estado salvaje y sin ley, del que hasta ahora estaba protegido: lo expulsa fuera de sí, - y ahora puede descargar sobre él toda suerte de hostilidad. La «pena» es, en este nivel de las costumbres, sencillamente la copia, el *mimus* [reproducción] del comportamiento normal frente al enemigo odiado, desarmado, sojuzgado, el cual ha perdido no sólo todo derecho y protección, sino también toda gracia: es decir, el derecho de guerra y la fiesta de victoria del *vae victis* [¡ay de los vencidos!] en toda su inmisericordia y en toda su crueldad: - así se explica que la misma guerra (incluido el culto de los sacrificios guerreros) haya producido todas las formas en que la pena se presenta en la historia (Nietzsche F. , 2005, pág. 93)

Notamos algo curioso en la cita anterior que se nos hace muy conocido, esta actitud de deuda con la sociedad cuando ésta le permite al ser humano vivir en paz y es transgredida ya se encuentra en un filósofo anterior, hablamos de J.J. Rousseau, en donde de manera muy similar en el Contrato social (Rousseau, 1979) se explica lo anterior, esto no significa que sean autores complementarios o cercanos en cuanto sus ideas:

Por otra parte, todo malhechor, atacando el derecho social, conviértese por sus delitos en rebelde y traidor a la patria; cesa de ser miembro de ella al violar sus leyes y le hace la guerra [...] Ahora bien; reconocido como tal, debe ser suprimido por medio del destierro como infractor del pacto, o con la muerte como enemigo público, porque tal enemigo no es una persona moral, sino un hombre, y en ese caso el derecho de la guerra establece matar al vencido (Rousseau, 1979, pág. 19)

Al verse la Paz de la sociedad alterada por la falta a las promesas hechas por parte de los contratantes se debe hacer la Guerra contra los que incumplen, rompen de forma negativa una construcción que sea buena o mala, refiriéndonos a la vida en sociedad, pero se justifica el hecho voluntad es comparable con la de otros individuos, no igualdad en uniformidad sino igualdad en valor. Allí la Paz es posible, mientras tanto esto no se dé la Guerra se justifica:

La guerra contra éstos (los hombres incapaces de cumplir sus promesas) realizada por poderes activos y agresivos, los cuales empleaban parte de su fortaleza en imponer freno y medida al desbordamiento del pathos reactivo y en obligar por la violencia a un compromiso. (Nietzsche F., 2005, pág. 97).

Una vez más encontramos en Nietzsche la posibilidad de la Paz conservada mediante la Guerra, la lucha de hombres fuertes y nobles frente aquellos que atentan contra principios de conservación de la fuerza superior. En este caso, sea dicho una vez más, en el guerrero es necesaria

La lucha contra los enemigos de la paz y del orden, en parte inventando, proponiendo y, a veces, imponiendo acuerdos, en parte elevando a la categoría de norma ciertos equivalentes de daños, a los cuales queda remitido desde ese momento, de una vez por todas, el resentimiento. (Nietzsche F., 2005, pág. 97).

Un argumento más a favor para la utilización de la Guerra o, mejor aún, como continuidad de lo dicho anteriormente es el siguiente: la violencia se justifica para la conservación de la Paz si es perturbada por alguna acción de un hombre que no está al nivel de una sociedad que aspira a la grandeza. En el párrafo trece del segundo tratado, habla sobre el castigo a quienes rompen las promesas, sobre la pena a recibir, entonces la Guerra se muestra también como castigo, ya no solo como la posibilidad de buscar un mejor horizonte, sino que se muestra como castigo necesario, en este caso castigo a los enemigos de la Paz, ya que los acuerdos entre hombres iguales, conlleva a la tranquilidad de la sociedad. Ya líneas arriba se mencionaba la idea de una posible Paz social dentro de una comunidad de iguales.

Pena como declaración de guerra y medida de guerra contra un enemigo de la paz, de la ley, del orden, de la autoridad, al que, por considerársele peligroso para la comunidad, violador de los pactos que afectan a los presupuestos de la misma, por considerársele un rebelde, traidor y perturbador de la paz, se le combate con los medios que proporciona precisamente la guerra. (Nietzsche F., 2005, pág. 104)

De todo lo anterior, la Guerra, la violencia o el castigo que recibe el hombre bajo del fuerte por no poder cumplir sus promesas es necesaria; por tanto, al hombre bajo le es lícito sentir culpa por no poder respetar el pacto entre iguales. Esta culpa que se muestra más como resentimiento por no poder defenderse de la fuerza del hombre fuerte lo lleva a crear en sí mismo algo llamado La mala conciencia. Precisamente en el párrafo dieciséis Nietzsche nos cuenta el origen de dicho sentimiento:

Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a que tenía que sucumbir el hombre bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz. (Nietzsche F. , 2005, pág. 108).

Esta mala conciencia es el punto que lleva al hombre bajo a sentirse bueno, su impotencia de no poder corresponder le hace crear en sí mismo un odio hacia el fuerte que no puede convertir en fuerza activa. Se priva de hacerlo y, por ende, invierte los valores, el que castiga es el malvado contra el bueno falto de fuerzas y de palabra, esta mala conciencia convierte la guerra en algo negativo y la devuelve de dicha forma contra el espíritu de grandeza: “La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en la agresión, en el cambio, en la destrucción - todo esto vuelto contra el poseedor de tales instintos: ése es el origen de la «mala conciencia»” (Nietzsche F. , 2005, pág. 109).

Mientras el hombre noble actúa por un ideal superior, el hombre bajo actúa con resentimiento pululando en él el odio, convirtiendo los valores superiores en valores bajos, llegando a negarse a sí mismo, haciendo lo contrario que el fuerte el cual se afirma. El hombre bajo se muestra entonces como el sacrificado, el que aguanta el dolor y el abuso de los fuertes; cabe aclarar el siguiente punto que quizá en párrafos anteriores quedó de manera superficial. Recuérdese la comparación entre Nietzsche y Rousseau, en sentido de los contratos. Nietzsche se aleja de esta concepción en el momento que se da cuenta que si el hombre busca la Paz lo hace interesadamente tratando de conservar su fuerza y un nivel de vida alto garantizando la supervivencia de los fuertes y despreciando, por lo cual, castiga a los hombres incapaces. Este hombre superior que solo es fuerza de voluntad y que se soporta entre iguales.

¡Qué tiene él que ver con contratos! Con tales seres no se cuenta, llegan igual que el destino, sin motivo, razón, consideración, pretexto, existen como existe el rayo, demasiado terribles, demasiado súbitos, demasiado convincentes, demasiado «distintos» para ser ni siquiera odiados” (Nietzsche F., 2005, pág. 111).

Por ende, el hombre que transvalorando los ideales superiores forma en sí la Mala conciencia, crea valores imaginarios muy lejanos de una voluntad superior arrimándose a sí mismo desde el resentimiento y como fuerza reactiva a la idea de que ellos son los que merecen vivir y los que deben dar sentido al mundo. De esto podemos notar que nuestra época está saturada, hombres que pretenden ser el destino del mundo, pero sin darse cuenta que en ellos radica el odio, el resentimiento y todos esos valores de una moral de la mala conciencia llevando a entender la Guerra y la Paz de forma negativa o errónea: “¡En el hombre hay tantas cosas horribles!... ¡La tierra ha sido ya durante mucho tiempo una casa de locos!” (Nietzsche F., 2005, pág. 120). Para evitar precisamente que nuestro mundo entre aún más en decadencia debemos apuntar con nuestras acciones y pensamientos a ideales superiores y para ello el hombre debe tener fuerza suficiente y voluntad de poder para disfrutar de un nuevo mundo, donde el odio, el resentimiento y la negación de la vida estén desechadas, pero para ello necesitamos justamente la Guerra y desde luego la Paz de la victoria para seguir el camino, por tanto estos dos conceptos se cargan de energía vital para el surgimiento de una nueva especie de hombre.

Espíritus fortalecidos por guerras y victorias, a quienes la conquista, la aventura, el peligro e incluso el dolor se les hayan convertido en una necesidad imperiosa; se necesitaría para ello estar acostumbrados al aire cortante de las alturas, a las caminatas invernales, al hielo

y a las montañas en todo sentido, y se necesitaría además una especie de sublime maldad, una última y autosegurísima petulancia del conocimiento, que forma parte de la gran salud, ¡se necesitaría cabalmente, para decirlo pronto y mal, esa gran salud!... (Nietzsche F. , 2005, pág. 123)

Con la cita anterior podemos cerrar el segundo tratado de la Genealogía de la Moral para dar paso al tercer tratado titulado ¿Qué significan los ideales ascéticos? Anticipándonos lo primero que podemos mencionar es que dichos ideales son más bien un arma contra los hombres fuertes, es la forma en que los hombres débiles pueden llegar a ponerse por encima de los hombres de gran valor. En suma, se puede afirmar de entrada que dichos ideales ascéticos son más bien el arma descubierta y privada a la vez contra los valores superiores de la humanidad y el culto a los valores del rebaño. “Se trata de hacer valer una verdad que funcione como un arma. Para el sujeto que sostiene semejante discurso, la verdad universal y el derecho general son ilusiones o trampas”. (Foucault, 2000, pág. 217).

Deleuze, en su escrito sobre Nietzsche y la filosofía, nos indica cómo el ideal ascético ha sido descubierto. Este se valió de disfraces para meterse inadvertido en la humanidad y hacerse ver como valioso y que de él parte toda verdad. Con nuestras palabras declaramos la más grande mentira: los hombres bajos se valieron de este para imponerse; pero la verdad como producto de una voluntad más fuerte a de sacar a la luz la mentira que ha llevado el hombre bajo a denigrar de la vida. Guerra a este instinto pacificador, principio de Guerra contra los más fuertes.

El ideal ascético más allá de la voluntad de verdad ya no tiene escondrijo, ya no tiene a nadie que responda en su lugar. Basta continuar la deducción, descender aún más de lo que

se nos quería hacer descender. Entonces el ideal ascético está en la calle, desenmascarado, no dispone ya de ningún personaje que haga su papel. Ni personaje moral, ni personaje sabio [...] al contrario, dice que el planteamiento de la voluntad de verdad (su interpretación y su evaluación) debe impedir al ideal ascético hacerse remplazar por otros ideales que le prolongarían bajo otras formas. Cuando denunciamos la permanencia del ideal ascético en la voluntad de verdad, retiramos de este ideal la condición de su permanencia o su último disfraz. En este sentido, también nosotros somos los «verídicos» o los «buscadores de conocimiento». Pero no remplazamos el ideal ascético, no permitimos que subsista nada del propio lugar, queremos quemar el lugar, queremos otro ideal en otro lugar, otra manera de conocer, otro concepto de verdad, es decir, una verdad que no presuponga una voluntad de lo verdadero, sino que suponga una voluntad totalmente distinta. (Deleuze, 1971, pág. 140).

Este principio pacificador que es violento en sí mismo, debido a que el hombre de la mala conciencia ha interiorizado el sufrimiento y no lo puede expresar, esa violencia se ha transformado en ideal, violencia contra sí mismo, principio negador de los instintos vitales, es la Guerra contra la naturaleza con la idea de pacificar al animal hombre, nuevamente Guerra y Paz negativa.

Remitámonos al mismo Nietzsche en su genealogía allí en el primer párrafo nos comenta precisamente que significan los ideales ascéticos:

Entre gentes fisiológicamente lisiadas y destempladas (la mayoría de los mortales), un intento de encontrarse «demasiado buenas» para este mundo, una forma sagrada de desenfreno, su principal recurso en la lucha contra el lento dolor y contra el aburrimiento; entre sacerdotes, la auténtica fe sacerdotal, su mejor instrumento de poder, y también la «suprema» autorización para el mismo; finalmente, entre santos, un pretexto para el letargo

invernal, su novissima gloriae cupido [novísima avidez de gloria], su descanso en la nada («Dios»), su forma peculiar de locura (Nietzsche F. , 2005, pág. 127).

Queda claro que el ideal ascético es una herramienta, un instrumento de guerra que busca la Paz, pero sea dicho una vez más, para que quede claro, una Paz negativa. “Un hostil apartamiento de toda elevación, rigor y disciplina del espíritu, una especie de perversidad intelectual” (Nietzsche F. , 2005, pág. 131).

El hombre bajo encuentra en el ideal ascético un refugio al sufrimiento y al dolor externo, ve en él una posible salvación una necesidad imperante, con dicho ideal envenena lo más alto, convierte la Guerra en algo negativo y no encuentra en ella la grandeza de conseguir cosas nuevas y más altas para el ser humano; es decir, encuentra la Paz en el ideal ascético, de manera tal que invierte los valores. Encuentra la nada como principio de vida, niega la existencia, niega sus fuerzas activas para poder imponerse elevando la vida a mundos ficticios contradiciéndola; encuentra en el ideal ascético la herramienta adecuada para luchar contra las fuerzas activas de la vida, “el sentido del ideal ascético es pues el siguiente: expresar la afinidad de las fuerzas reactivas con el nihilismo, expresar el nihilismo como «motor» de las fuerzas reactivas” (Deleuze, 1971, pág. 205).

Con este ideal el hombre bajo no solo busca dominar su propia naturaleza, sino que también busca dominar la naturaleza de los demás hombres. Quiere ser venerado por su fuerza reactiva; esto es, el ideal ascético para el hombre bajo solo es una fuerza reactiva que quiere imponerse sobre las fuerzas activas de la vida y quiere, junto a ello, convencer a más hombres con este ideal para someterlos; por ende, el ideal ascético se muestra como norma, como camino seguro lejos de la violencia y cerca de la Paz negativa, pero aquella que niega y busca someter.

Nos vemos entonces ante un poder que tomó a su cargo el cuerpo y la vida, o si se quiere, que tomó a su cargo la vida en general constituyendo dos polos: uno en la dirección del cuerpo, otro en dirección de la población. (Foucault, 2000, pág. 204).

Como vemos el hombre bajo ya no quiere estar solo. Quiere y necesita de aliados con el mismo ideal, hombres reactivos que buscan hacer la Guerra contra la vida misma: ¿no es esto un síntoma de nuestros tiempos? Hombres que se buscan entre sí para negar su propia existencia y la de los demás. Vemos por lo tanto un atisbo de su propia Paz, donde todos los hombres se niegan a sí mismos y viven en la uniformidad, en el rebaño todos contemplando con ojos ascéticos la vida. La Guerra se nos muestra aquí contra los espíritus fuertes aquellos que no necesitan dicho ideal para sobrevivir teniendo precisamente la vida en sus manos. Este ideal se muestra como la virtud misma, ese desapego de sí mismo para ir en busca del otro como si fuera su salvación. Veamos nuestra época, en la cual se muestran hombres como los que tienen la esperanza en sus manos, llámense políticos, sacerdotes, pastores o caudillos, todos con un ideal ascético disfrazado, pero al fin y al cabo ascetismo puro ¿Qué quieren dichos hombres hoy en día? Poder sobre los demás, sobre los territorios, sobre los recursos naturales, siempre mostrándose a sí mismo como salvadores y como aquellos que otorgan la esperanza en un mundo lleno de sufrimiento.

Representar al menos la justicia, el amor, la sabiduría, la superioridad - ¡tal es la ambición de esos «ínfimos», de esos enfermos! ¡Y qué hábiles los vuelve esa ambición! Admiramos sobre todo la habilidad de falsificadores de moneda con que aquí se imita el cuño de la virtud, incluso el tintineo, el áureo sonido de la virtud. Ahora han arrendado la virtud en exclusiva para ellos, esos débiles y enfermos incurables, no hay duda: «sólo nosotros somos

los buenos, los justos, dicen, sólo nosotros somos los homines bonae voluntatis [hombres de buena voluntad]» (Nietzsche F., 2005, pág. 159).

Aquí encontramos una justificación más del sentido que toma la Guerra en Nietzsche: hacerla precisamente contra estos seres bajos, que tienen en su boca las palabras virtuosas y de esta manera encontrar una verdadera paz:

Para defendernos así a nosotros mismos, amigos míos, al menos por algún tiempo todavía, de los dos peores contagios que pueden estarnos reservados cabalmente a nosotros, - ¡de la gran náusea respecto al hombre!, ¡de la gran compasión por el hombre! (Nietzsche F. , 2005, pág. 162).

Hasta este punto dejaremos La genealogía de la moral, ya que a nuestra consideración hemos encontrado los puntos necesarios para poder hablar de Guerra y de Paz en este tratado, al fin y al cabo, vemos la Guerra de los bajos con ideales negadores de la vida en contra de hombres libres y capaces de soportar las más duras y extremas montañas. Guerra y Paz moralizadas bajo el ideal ascético, eso parece hoy en día.

### **Conclusiones parciales**

Luego de haber analizado la obra de La Genealogía de la moral veremos las conclusiones parciales de este capítulo, las cuales resumiremos con las ideas principales trabajadas en cada uno de los tres tratados que componen esta obra.

En primer lugar, cabe recordar que La Genealogía como Más allá del bien y del mal son obras, que a nuestro parecer, funcionan como herramientas para realizar la interpretación de la filosofía de Nietzsche y sin olvidar que para este capítulo utilizamos necesariamente los aportes de otra obra de nuestro autor, la Voluntad de poder que según el mismo Nietzsche es un ensayo de la transvaloración de todos los valores, debido a su parecido con La Genealogía en su contenido y los temas allí tratados.

Precisamente nuestro problema, el problema del significado del ideal ascético, puede prescindir de ellas. - ¡Qué tiene él que ver con el ayer y con el hoy! Esas cosas las abordaré con mayor profundidad y dureza en otro contexto (bajo el título Historia del nihilismo europeo; remito para ello a una obra que estoy preparando: La voluntad de poder. Ensayo de una transvaloración de todos los valores). (Nietzsche F., 2005, pág. 201)

En segundo lugar, la Genealogía nos muestra quienes son los que están preparados para la Guerra y la Paz. El resentimiento se vuelve una causa de la Guerra como venganza contra aquellos espíritus fuertes. Es precisamente este resentimiento el que invita al pacifismo espiritual, el cual nace del ideal ascético, ya que dicho ideal es inacción pura, renunciamiento de la vida, e invita a realizar una Guerra contra los instintos activos de la vida; en pocas palabras, el resentimiento y la mala conciencia son causas necesarias para la Guerra contra los espíritus fuertes y para ello se vale del ideal ascético.

Cabe aclarar que esta Guerra que nace del odio al fuerte es una falsa Guerra ya que atenta contra los instintos creadores de la existencia y, por tanto, apunta a una falsa Paz ya que en ella solo se verán hombres decadentes sin aspiraciones algunas a superarse a sí mismos.

De esta manera observamos la utilidad de la Genealogía ya que permite observar los orígenes necesarios de la guerra, del enfrentamiento entre hombres y precisamente, este origen nos muestra que la Guerra nace de la oposición entre dos clases de hombres, unos activos que afirman la existencia y otros reactivos que niegan la vida. La Paz nace entre los hombres que tienen el mismo valor; es decir, existe una Paz verdadera que solo se da entre hombres de gran valor ya que esta permite crear, es la pausa entre las guerras para buscar nuevos horizontes, mientras que en el hombre bajo nace la Paz falsa, la inacción, el letargo, el adormilamiento de las fuerzas y de los instintos, la nada.

En tercer lugar, La Genealogía nos marca claramente la distinción en cómo se ven nuestros conceptos bajo la óptica de cada uno de los diferentes tipos de hombres; esto es, como observan la Paz y la Guerra tanto el hombre bajo como el hombre de gran valor para Nietzsche. A continuación, se comentará precisamente esto, comenzando por el hombre noble, ya que como se dijo, es él fuerza activa; sin este, el hombre bajo no actuaría ya que es fuerza reactiva.

El hombre noble es acción y reacción pura en él se crea la buena conciencia para darle precisamente valor a la existencia. Para él lo bueno es la acción frente a las dificultades de la vida, conflicto, violencia y defensa contra lo decadente, a esto le llamamos precisamente la buena Guerra, pues es una lucha constante de superación de sí mismo. Por ende, se nos muestra una verdadera Paz la cual también es acción ya que es el descanso entre los momentos de violencia, pero no es un descanso inactivo ya que permite crear. Solo se da entre hombres iguales capaces de respetar la palabra, las promesas obtenidas entre hombres y frente a la sociedad, entre iguales donde cada uno es una meta a superar, donde la última meta en comunidad es la búsqueda de un hombre de grandísimo valor.

El hombre noble se aleja de las sociedades donde se busca la Paz negativa, ya que es comunitaria, una Paz de inactividad, de rebaño, donde no se vive para crear sino para obedecer.

Por tanto, la buena Paz tiene en el hombre noble unos parámetros en sociedad, el hombre que hace promesas debe tener valor para ello, una fuerza de ánimo de espíritu y debe tener una buena memoria para recordar lo prometido. Si es en sociedad entiéndase estas promesas como el respeto y el cuidado de las leyes que procuran un camino a lo más grande, Paz entre iguales pero en igualdad de valor más no de uniformidad; de aquí la buena Guerra, la lucha y el castigo contra el que no cumple su promesa contra el que no tiene valor, ni fuerza ni memoria y se le violenta, se le castiga, no solo por no cumplir los acuerdos a los que como hombre ha adquirido en sociedad sino que de igual manera atenta contra lo más grande, contra el hombre mismo.

El hombre bajo es reacción, sin el hombre antes descrito el bajo no encuentra sentido, ya que es inacción, Paz perpetua, Paz negativa. Pero esta necesidad de inactividad se debe precisamente a su impotencia, a su falta de fuerzas para enfrentar las adversidades de la vida. Esta Paz busca el mantenimiento de la decadencia, de la servidumbre, una Paz de rebaño. Esta falta de fuerza lo lleva a reaccionar contra el hombre noble, se crea a sí mismo un resentimiento acompañado de odio, debido a que no es capaz de manifestarlo lo interioriza, se crea una mala conciencia de sí mismo y del otro. Esta Paz negativa que la ve como la escapatoria del sufrimiento, la transforma en ideal, ascetismo puro; con esto logra acostumbramiento a dicha Paz, consigue sociedades domesticadas y con ello empieza una Guerra negativa contra todo instinto noble, contra todo aquello que apunta a un ideal superior, buscando mantener la servidumbre. Esta Guerra utiliza como herramienta precisamente el ideal ascético. Ahora bien, la Paz negativa para este hombre en sociedad se

mantiene únicamente por el miedo, es una Paz que no actúa por miedo a recibir un castigo, recuérdese que en sociedad el incumplimiento de las promesas por falta de valor, fuerza y memoria lleva un castigo, el hombre bajo teme, porque le falta lo anterior, la memoria precisamente la consigue por miedo al sufrimiento, el hombre bajo quiere imponer las fuerzas reactivas a las fuerzas activas.

El valor de la Guerra y la Paz ha sido trastocado, invertido, ahora se aspira a la Paz negativa, que quizá es la de nuestro tiempo, donde se evidencia la pacificación de los pueblos ¿Por qué nos quieren tan pacíficos en un sentido negativo? ¿Cuál es el miedo a los valores más grandes? Hoy en día necesitamos una nueva valoración de estos conceptos que apunten a un mundo verdaderamente libre de odios reactivos y resentimientos y se encamine a ideales superiores.

#### 4. Conclusiones

Durante el recorrido de las obras de Nietzsche aquí analizadas en las cuales hemos buscado la concepción de la paz y de la guerra en la filosofía de este pensador hemos llevado a cabo un duro y largo trabajo, revisando atentamente aquellos apartados donde se consideraba que se percibía tintes o mejor pista para aclarar nuestro problema, interpretando su pensamiento para dar así con una respuesta.

Para poder entender las conclusiones finales se hace necesario enumerarlas de forma clara dando un orden a las ideas y de esta forma facilitar la comprensión de lo aquí expuesto. Cabe recordar que estas conclusiones por su contenido claramente aluden a un pensamiento político el cual tiene como principio el bienestar del hombre y que su crecimiento sea moral, espiritual e intelectual, en pocas palabras es una política que apunta a la superación del hombre mismo; La paz y la guerra aquí establecidas son la justificación para la consecución de un mejor ser humano que no coloque otro ideal por delante de él:

1. La guerra y la paz son producto de la voluntad de poder, no son dialécticas sino son complementarias, no existiría el concepto de paz sin su complemento; su origen es el mismo, son manifestaciones de una voluntad que quiere imponerse, cada una por lo tanto es la máscara de un principio moral, cada una es producto de unas relaciones de poder, de unos discursos que apelan a su verdad desde el poder.

La historia de la humanidad en su juego de la vida refleja como la voluntad de poder en su eterno retorno en ocasiones precisa de la paz como de la guerra, vemos como estos dos conceptos han sido necesarios para la construcción de las culturas, los momentos de crisis y de bonanza son necesarios para la construcción de un nuevo tipo de hombre; igualmente se evidencia como el hombre se ha valido de una paz y de una guerra negativa, aquella que somete en vez de liberar, aquella que esconde falsos ideales o principios particulares; aquellos que se valen tanto de la paz como de la guerra negativa hacen coincidir su moral con las necesidades de los hombres, llevándolos a su sometimiento, la falsa guerra y la falsa paz atentan contra las fuerzas creadoras del hombre. La parte positiva de estos dos conceptos son precisamente los que permiten la superación misma del hombre más no su domesticación.

2. El primer lugar donde se experimenta la guerra y la paz es en el hombre mismo, en el ser mismo del hombre; la guerra y la paz se observan como dos conceptos espirituales. La vida del hombre es una lucha trágica contra la existencia la cual brinda dos opciones: el derrumbamiento y el sometimiento de la vida o precisamente lo contrario tomar la vida por nuestras propias manos y aceptar con actitud de guerrero las más duras verdades. La paz interna debe ser una paz reconciliadora, donde las pasiones, virtudes, deseos entran en armonía y apuntan a una superación de sí mismo.

3. En cuanto al nivel comunitario cada pueblo dentro de la construcción de un tipo de hombre lleva consigo todo un discurso sobre la paz y de la guerra, cada cultura tiene su concepción, su lenguaje, su interpretación de estos conceptos, pero podemos señalar que sea la cultura que fuese la guerra y la paz deben estar destinadas a la superación o consecución de un mejor hombre.

Para poder entender lo positivo de la guerra como de la paz debemos no dogmatizarla, quitarle todo prejuicio moral, verlas desde las alturas sin apariencias, develando en ellas las verdaderas intenciones de la voluntad de poder.

4. Durante todo el escrito hemos identificado dos tipos de guerra y dos tipos de paz: unas que apuntan a falsos ideales y otras a un ideal superior. En primer lugar, encontramos La Paz espiritual positiva, la que experimenta el hombre al estar tranquilo con su mismo ser, donde sus pasiones y sus virtudes no son contradictorias y que aportan a la superación del hombre mismo, es una paz que no invita a quedarse inmóvil, es decir es una paz dinámica, creadora ya que afirma la vida y la existencia. Es una paz que no invita a la sumisión sino a la liberación del espíritu del hombre mismo, la cual da fuerza para continuar con la vida, una paz que enseña a obedecerse a sí mismo a enfrentar la vida y sus consecuencias, es una paz que por ser activa no permite el pensamiento de rebaño. El hombre y su pensamiento libre es la meta misma de la paz positiva; una de las características más de la paz en Nietzsche es la idea de que solo es posible entre hombres del mismo valor, y para ello se tiene en cuenta la afirmación de la vida como objetivo de la paz es decir, hombres verdaderamente iguales; otra característica de esta paz es su poca duración ya que la paz según Nietzsche debe ser corta, para evitar el aletargamiento del hombre y que las fuerzas que hay en el hombre mismo se abalancen contra él, teniendo de esta forma seres autodestructivos con la vida misma, negando la voluntad de poder.

La paz religiosa es uno de los ejemplos más claros de la paz y guerra negativa, por estar llena de prejuicios, mala conciencia y resentimientos contra los espíritus fuertes, este resentimiento producto de la impotencia lleva al pacifismo espiritual, al ideal ascético; una paz que busca

renunciar a la vida y una guerra que se lleva en contra de los espíritus fuertes en contra de los hombres creadores y buscadores de nuevos horizontes para la humanidad; otro tipo de paz negativa es la paz por el miedo, la cual somete a los hombres a un ser superior todo poderoso y protector de todos los males y verdugo de los hombres colocando como precio sus instintos y su libertad, la paz de rebaño.

La paz que describe Nietzsche es la que se vive luego de la batalla, ese instante de sosiego donde se alcanza la victoria, ese instante donde el guerrero contempla el teatro del mundo y desea transformarlo para el mejoramiento de la vida.

5. La guerra espiritual positiva es aquella que permite la lucha para la superación del hombre, es aquella que se lleva en contra del espíritu de la pesadez ese que solo busca someter al hombre bajo ideales indignos, ideales de domesticación de obediencia pura, donde el hombre pierde su propia voluntad para seguir a un líder entregando su libertad, líderes que moralizan y fundan con su discurso promesas vacías. La guerra positiva es la que busca que el ideal sea el hombre, no el Estado, ni el dinero, ni la política, es la guerra contra el renunciamiento de la vida.

6. Una de las conclusiones que más llama la atención dentro de este análisis es el papel social, político y humano que tiene la mujer dentro del pensamiento nietzscheano; hemos visto como el aporte de la mujer con sus diferencias y cuidados aporta en la construcción de este nuevo tipo de hombre, es ella la madre de la cultura, es por medio de ella que vienen los grandes hombres a este mundo. El papel de la mujer en la construcción de la paz y de la guerra en Nietzsche va más allá de un acto doméstico, es un acto político, un acto de bondad para con la humanidad. Nietzsche

relaciona la paz con la mujer, ella es la que permite el descanso del guerrero, trae la paz para enfrentar una nueva batalla, la mujer misma es una batalla que al ganarla se puede disfrutar, es ese instante de paz que ella solo puede brindar.

La mujer para Nietzsche tiene un papel fundamental para la construcción de grandes culturas, permite los instantes de paz de una cultura para seguir construyendo un ideal de hombre superior, la mujer en la paz prepara al hombre para la guerra. Hemos llegado al final de este escrito y nos hemos dado cuenta de la vital importancia que tienen estos conceptos para la filosofía política que puede surgir del pensamiento de Nietzsche, por un lado se reconoce ya en el pensador alemán la importancia de la guerra y del conflicto, de la lucha entre fuerzas de voluntad, pero por otro hemos descubierto que para hablar de la guerra en Nietzsche se hacía necesario aclarar el término de paz y con ello completar la dupla para así entender y ampliar el conocimiento de la filosofía de este autor.

Para la filosofía política aclarar estos términos dentro del pensamiento de Nietzsche amplía la percepción que se tiene tanto de la guerra como de la paz, tomando estos conceptos como necesarios a la hora de entender los conflictos ya sean entre las naciones o dentro de un conflicto interno nacional. La paz y la guerra en primer lugar parten del ser del hombre mismo, se manifiestan en la sociedad como voluntad de verdad y voluntad de sometimiento ya sea como paz y guerra positiva o en su defecto negativa; pero para que tanto la paz y la guerra positiva sean posibles para el crecimiento del hombre y de las sociedades se debe valorar tanto el papel de los hombres como de las mujeres, son ellas las que inspiran y educan para la guerra al buen guerrero, son ellas las que deben apostar a ser las madres de una nueva y más alta cultura.

**Referencias bibliográficas**

Bobbio, N. (2003). Paz y Guerra (P. Linares, Trad.). Madrid: Trotta.

Deleuze, G. (1971). Nietzsche y la filosofía. (C. Artal, Trad.). Barcelona: Anagrama.

Foucault, M. (1996). Genealogía del racismo (A. Tzveibel, Trad.). La Plata, Argentina: Editorial Altamira.

Llinares, J. B. (2006). Consideraciones sobre la guerra en Nietzsche (N. S. Durá, Ed.). Valencia, España: Colección Filosofías.

Nietzsche, F. (2002). Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa con el martillo (A. S. Pascual, Trad.). Madrid, España: Alianza editorial.

Nietzsche, F. (2003). Así habló Zaratustra (A. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid, España: Alianza editorial.

Nietzsche, F. (2005). Ecce homo, Cómo se llega a ser lo que se es (A. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid, España: Alianza editorial.

Nietzsche, F. (2005). Genealogía de la Moral. Un escrito polémico (A. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid, España: Alianza editorial.

Nietzsche, F. (2006). La voluntad de poder (A. Froufe). Madrid, España: Edaff.

Nietzsche, F. (2007). Más allá del bien y de mal (A. Sánchez Pascual, Trad.) Madrid: Alianza Editorial.

Rousseau, J. (1979). El contrato social. México: Porrúa.